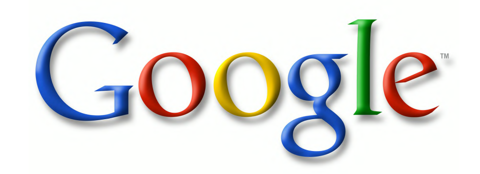
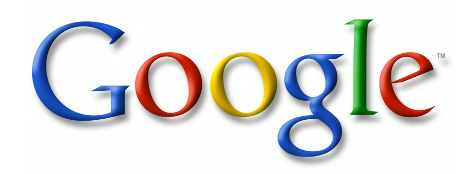
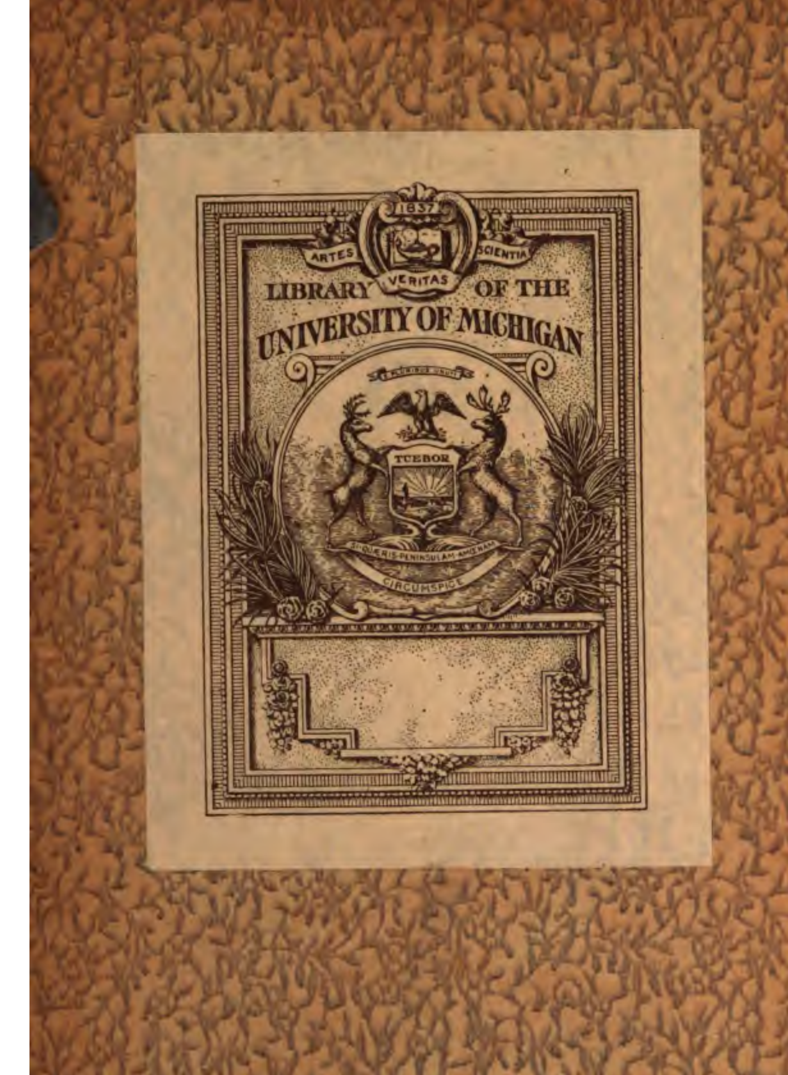





A 464707


1837
ARTES
SCIENTIA
VERITAS
LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF MICHIGAN
TUEBOR
SI QUAERIS PENINSULAM AMOENAM
CIRCUMSPICE



EN TIERRA DE SANTOS

ALBERTO INSÚA

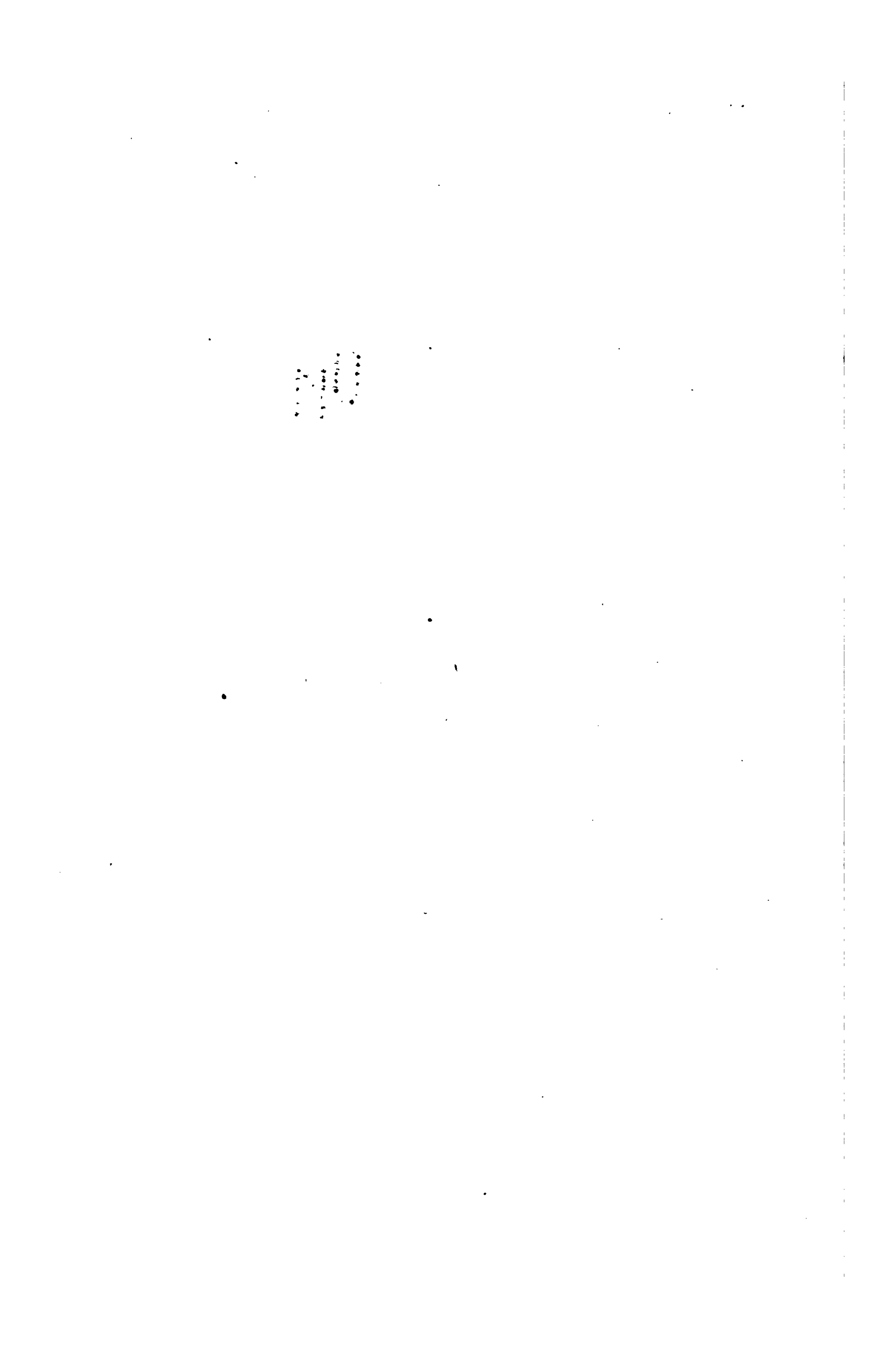
HISTORIA DE UN ESCEPTICO

EN TIERRA DE SANTOS

NOVELA



MADRID
M. PEREZ VILLAVICENCIO, EDITOR
REINA, NÚM. 33
1907



I

Paseando por el Jardín Botánico, en una tarde de Junio, Alfredo Sangil le dijo á Bermúdez:

—Amigo Bermúdez: nos vamos á ir de Madrid.

Bermúdez dejó de fumar.

—¿Adónde? ¿A París?

—No.

—¿A Marruecos?

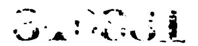
—Tampoco. Nos iremos á una ciudad castellana.

Bermúdez murmuró:

—Segovia, Toledo, Avila...

—Avila.

—¿Pero usted conoce aquello, don Alfredo? Se va usted á morir de aburrimiento.



—Imposible, ya no... Usted, mi diligente secretario, va á tomar el tren, va á llegar á Avila y allí va á alquilarme una casa con jardín.

—Está bien. ¿Podré llevar mis pájaros?

—Sí.

—¿Querrá usted sus libros?

—No.

Y don Alfredo tuvo un gran gesto melancólico.

Habían llegado al salón del Prado. Don Alfredo era hombre de unos treinta años, alto y flaco, de tez morena y grandes ojos negros. Tenía unos largos bigotes lacios y unas manos pálidas que se enredaban en los bigotes. Bermúdez era pequeño y rechoncho. Iba todo afeitado. Al aspirar el humo de su cigarro, hinchaba sus mejillas coloradas y ponía en sus ojos un adormecimiento sensual.

Don Alfredo no tenía otra profesión que la de filósofo. Bermúdez era el secretario de don Alfredo y su único amigo verdadero sobre la tierra. Don Alfredo generalmente le llamaba «amigo Bermúdez». Y el amigo Bermúdez dejaba de fumar para escucharlo.

Por aquel tiempo Alfredo Sangil había tomado la decisión de cambiar de vida. Estaba lleno de tedio y de ansiedad. Sabía perfectamente lo que le fastidiaba, pero no hubiese podido precisar lo que quería. Bermúdez trataba de adivinar azorándose ante cada uno de sus bostezos. No se explicaba cómo un hombre que lo tenía todo podía aburrirse.

—Usted, don Alfredo—le dijo junto á la fuente de las Cuatro Estaciones—, se queja de vicio. ¿Le falta á usted algo? Tiene usted juventud y dinero y una cabeza privilegiada.

Don Alfredo movió de derecha á izquierda la cabeza privilegiada, miró luego, fijamente, el agua verde de la fuente y contestó:

—Amigo Bermúdez: yo no sé si su cabeza de usted tiene algún privilegio, pero yo se la cambiaba en el acto por la mía. Saldría usted perdiendo. Pero ahora no es esta la cuestión, sino saber si va ó no va usted á Avila...

—Hombre, ¿quién manda á quién?

—Amigo Bermúdez: usted sabe que, en definitiva, quien hace su voluntad es usted, por la sencilla razón de que yo no la tengo, ó si la

tengo, es de las más pobres que se conocen. Le ruego, pues, que me complazca. Vaya á Avila, busque la casa...

—Iré, se lo juro; iré...

Estaban en la calle de Alcalá, y Bermúdez, un poco sofocado, le propuso á don Alfredo entrar en un café. Don Afredo aceptó, y dijo:

—Sí, pero á un rincón. No quiero ver á nadie. Allí decidiremos el viaje, le daré á usted mis instrucciones y usted me dará un consejo acerca de Luisita.

Ya sentados, frente á los vasos de cerveza, Don Alfredo prosiguió:

—Al abandonar esta vida de ahora hay que abandonarla dignamente. Supongo que no deberemos nada á nadie. Despedirá usted á la cocinera y al subsecretario y le llevará usted mil pesetas á Luisita de mi parte...

—Le llevaré quinientas, don Alfredo. Mire usted que le ha explotado mucho y que su fidelidad ha sido muy dudosa... Yo no tengo datos, pero...

—Le llevará usted mil quinientas, amigo Bermúdez. Yo no le pedía fidelidad á Luisita;

yo no pido imposibles. Usted va, le entrega ese dinero, y le dice: «Don Alfredo se ha muerto y le ha dejado á usted este recuerdo.» Y debe usted irse en seguida, para no obligarla á llorar.

Bermúdez concluyó su cerveza.

—Está bien, muy bien; pero yo no le llevo sino mil pesetas.

Don Alfredo repuso imperturbable:

—Le llevará usted dos mil, ó iré yo á dárselas, que será peor. El que yo sea débil de voluntad no quiere decir que sea tacaño. Ser tacaño, amigo Bermúdez, es una cosa horrible. No lo sea usted nunca. Déjese explotar, déjese robar. Yo no quisiera ser hombre, sino árbol cargado de fruta al borde de un camino, ó fuente de agua pura al pie de una montaña. Yo querría darme: ser vino para el borracho, carne para el hambriento, amor para los tristes y fajo de billetes para Luisita. Sea usted generoso, Bermúdez, y llévele las dos mil pesetas.

Bermúdez, compungido, accedió:

—Se las llevaré, ¡qué remedio! Una nueva contradicción valdría cien duros.

El filósofo y el secretario siguieron hablando algún tiempo. Don Alfredo era amigo de los discursos. Pero sus discursos nada tenían de brillantes ni apasionados; eran más bien confidencias que Bermúdez oía recogidamente, y que, en ocasiones, por irse durmiendo poco á poco, no podía oir. Don Alfredo, muchas veces, al concluir su oración, despertaba á Bermúdez:

—¡Eh! ya he acabado, amigo Bermúdez.

Y éste respondía:

—¡Ah! ¡muy bien! ¡admirable!

Era grande la confianza entre ambos. Bermúdez tenía quince años más que don Alfredo, y en gracia de ellos, y por llevar más de diez á su lado, se permitía amonestarle y conducirle por la vida. Sin embargo, Bermúdez, Bernabé Bermúdez, sentía un gran respeto y una insondable admiración por don Alfredo Sangil. Cuando no se dormía oyéndole, cuando la charla de don Alfredo era llana y humorística, Bermúdez se consideraba verdaderamente feliz y se compadecía de todos los hombres que no escuchaban á diario, como él, la voz ama-

ble y cariñosa de don Alfredo; que no veían la suave sonrisa de éste y la blancura de sus manos moviéndose en el espacio como si quisieran esculpir las ideas. Y él, Bermúdez, hacía ya doce años que acompañaba á don Alfredo; doce años de vida fraternal sin más separación que la nocturna, porque don Alfredo — y esto apenaba á Bermúdez—creía absolutamente necesario llegar á su casa de madrugada, oliendo á mujer.

Bermúdez no censuraba á don Alfredo sino por su generosidad. No llegaba á comprender cómo una misma cosa le indignaba á él y divertía á don Alfredo. Esta cosa era la explotación. «Hacer el primo» era lo más triste y exasperante para Bermúdez. En sus viajes con don Alfredo por Europa tenía en cada hotel una disputa y con cada cochero un altercado. ¡Oh, los *pourboires* le volvían loco!

Y don Alfredo pasaba por la vida «haciendo el primo». En Madrid no había truhán que no le debiese dinero ni desgraciada que, después de contarle su historia, no le llevase cinco duros. Cada dos días había una escena de éstas,

y Bermúdez iba sacando de la cartera billetes de cinco duros, como si fuesen cinco vidas las que se quitaba. Sí, él aprobaba la retirada de don Alfredo. Ya no habría más sablistas, ni más mujeres rubias y ojerosas, ni más viajes por todas partes derramando la salud y el oro. Ahora se irían á un pueblo tranquilo. Allí, don Alfredo, sin Luisitas ni Juanitas, se pondría bueno y acabaría por casarse. No era conveniente para un hombre sin familia el permanecer soltero. Tanto él como don Alfredo, tenían que casarse. Y al pensar esto Bermúdez chupaba su cigarro con erótica delectación, como si la punta húmeda del habano fuesen los labios de la mujer soñada. Había que casarse...

Pero entonces don Alfredo pensaba en algo bien distinto. Quería contrariar su temperamento sensual é irse olvidando de la mujer, y quería vivir solo, sin amigos, sin libros, sin inquietud exterior. No ambicionaba sino esto. Había gozado y había sufrido mucho. Tenía la intuición de todos los placeres y de todos los desengaños. Sus penalidades no fueron nunca sórdidas ni miserables. Ni el hambre, ni el frío,

ni la esclavitud del trabajo le atormentaron. Sus manos sólo sabían posarse sobre el piano, tomar una pluma con que escribir prosa de escéptico y acariciar los senos de las mujeres hermosas. Sus labios nunca mintieron porque nunca adularon. Jurar, entre besos, amor eterno, no era mentir, y los labios de don Alfredo habían jurado mucho. Ya los labios comenzaban á marchitarse, ya el corazón iba enfriándose, y las manos, cada día más pálidas, se desmayaban sobre los senos de las mujeres.

Era el momento de cansancio y de paz en que podía cambiarse el rumbo de la vida. Los recuerdos familiares resucitaban de pronto, la conciencia temblaba con escrúpulos de santo y el orgullo, la ambición y el egoísmo iban entibiándose, desfalleciendo en un nuevo ambiente del alma, hecho de bondad, de resignación y de tolerancia.

Alfredo Sangil estaba huérfano desde hacía diez años. Conservaba de sus padres una memoria grata y una respetable fortuna. Por la línea paterna era orgulloso y quijotesco, y de su madre había heredado un sentimentalismo

hondo y una modestia ejemplar. De sus parientes colaterales sólo tenía una noción remota, y nunca se cuidó de intimar con tíos y primos lejanos, que vivían perfectamente sin él.

Se había educado en un colegio de jesuitas y fué allí donde recibió sus primeras lecciones de escepticismo. Después del bachillerato no quiso estudiar carrera alguna. Viajó y aprendió á vivir entre las mujeres y los libros. En un tiempo creyó en la amistad, y, lleno de optimismo, pensó que no todos los hombres estaban envenenados por la envidia. Pensó que abundaban los hombres generosos, nobles y tolerantes y que, con cierta prudencia en la elección, podía uno crearse un grupo de amigos que amasen la confidencia y que supiesen auxiliarse mutuamente en las horas de soledad espiritual y aun en aquéllas de quebranto físico. Pero pronto supo que todo esto era irrealizable y que nunca se vivía mejor que cuando se estaba más solo. Comprendió la fuerza grande que la soledad encierra y se dedicó á ella, descubriendo en la misma una fuente de voluptuosidad. Viviendo solo no recibía el baboso

agasajo de los aduladores, ni la sonrisa estúpida del fatuo, ni la biliosa broma del hambriento. Viviendo solo se ahorraba la cruenta visión de los gestos humanos. Los gestos de falso desdén, de suficiencia, de dominación, de carne satisfecha, no podrían molestarle ya. En su mundo interior, las sensaciones y las ideas tendrían formas suaves y rostros beatíficos, algo inexpresivos, porque no darían importancia suma al placer ni al dolor.

En aquel mundo fantasmagórico y cerebral todo tendría un alma contemplativa y estoica. De esta suerte, recluirse voluntariamente no era un sacrificio ni una penitencia, sino un bien entendido egoísmo.

El no huía despechado ni vencido, huía ante la sospecha de que la mayor victoria humana no se merecía la preocupación de conquistarla. Por otro lado, la conquista del pan, la definitiva, no tenía que intentarla. Se la habían dado hecha. Y Alfredo Sangil comprendía entonces los afanes de media humanidad, y comprendía que las penalidades y las dudas de él tuviesen una morbidez y una distinción aristocráticas.

Eran torturas de artista, recelos de filósofo y nostalgias del poeta lírico que llevaba dentro.

También había sentido el tedio de lá carne. Su temperamento sensual supuso demasiados encantos en la mujer, y bien pronto había gustado todas las delicias y todos los refinamientos. El gesto erótico de sus labios iba trocándose en una mueca de cansancio y tal vez de repulsión. Sentía la necesidad de hacerse casto y de dar todo su justo predominio al alma. Comprendía todas las derivaciones y extravagancias carnales, pero en lo profundo sentía lástima de todos los pervertidos, como la sentía de sí mismo en los instantes de debilidad y de demencia.

En aquel mes de Junio sus nuevas ideas se concretaron. Se iría á cualquier pueblo á hacer vida conventual; se llevaría á Bermúdez, á quien estimaba de verdad. Para él Bermúdez era un ser intermedio entre la máquina y el hombre. Vivir sin Bermúdez equivalía á vivir sin la ducha, sin el timbre, sin la luz eléctrica. Bermúdez era útil, ordenado y ameno. Bermú-

dez le evitaba, además, toda la tarea monótona de la vida práctica y en muchas ocasiones lograba distraerlo con el proyecto de un nuevo viaje ó con la compra de un pájaro ó de un libro.

Lo único que entonces inquietaba un poco á don Alfredo era Luisita, su última querida, una muchacha linda y pícara, con el pelo pintado de oro y los ojos lúbricamente verdes. Don Alfredo no la amaba, y pensaba que ella no le quería como no fuese con el amor amplio y efímero de la recreación carnal. Pero él sentía algo de compasión por ella, y le daba, por esto, tantos consejos como dinero. Y sobre todo, á don Alfredo le gustaba charlar con Luisita, puesta una de las manos sonrosadas de ella entre sus manos pálidas. Luisita, como Bermúdez, sabía escucharle, sin interrumpirle, aprobando con los ojos lúbricos adormecidos. Sin él, Luisita se haría toda de carne y pronto el vicio la dominaría en absoluto. Pero don Alfredo no soñaba con regenerarla ni nunca se hubiese atrevido á hacerlo. En conclusión, se compadecía de ella por considerar imposible

que encontrase un hombre más inofensivo y bondadoso que él.

Pero una vida de santidad iba á comenzar, y todo lo profano, todo lo del siglo—los amigos, los libros, el París libertino y los ojos venenosos—debía alejarse hacia el olvido.

II

Don Alfredo y Bermúdez llegaron á Avila en los últimos días de Junio. Al apearse del tren presenciaron una reyerta entre dos mozos de la estación, que se disputaban unos baúles. Bermúdez, con sendas maletas en las manos, llamaba á voces á uno que se las cargase. Pero todos los que podían hacerlo no se ocupaban sino de asistir al lance que se desarrollaba en el andén. Los dos mozos, furiosos, entre blasfemia y blasfemia, se descargaban tremendos puñetazos. Todo era rápido, y tan enérgico, que hacía inútil la intervención pacífica de los espectadores. Al fin, uno de los mozos, congestionado, sacó de su bolsillo una navaja que hundió varias veces en el pecho de su adversario. Este cayó al suelo muerto.

Entonces, don Alfredo, en medio del tumulto, arrancó las maletas á Bermúdez y salió de la estación. Iba verdaderamente consternado. Llegaba á un pueblo con melancólicas ideas de paz; traía predispuesta el alma para la mansedumbre y para el bien, y lo primero que contemplaban sus ojos en aquel pueblo era un homicidio. La visión roja le llenó de pesimismo. Estaba aún cerca de la estación y oía un vocerío trágico. Iba por un camino pedregoso y polvoriento y el paisaje que por la derecha podía ver era seco y árido y daba una impresión de tristeza y de tedio. Sólo las manchas verdes de algunas encinas animaban aquella planicie. En primer término había unas heredades sembradas de trigo. Después se levantaban la mole ruinosa de un convento, un gran edificio de ladrillos y una vieja iglesia de sobrio campanario. Varias casas aldeanas se desparramaban en la llanura, con sus huecos sombríos en las paredes blancas. Dos hileras de encinas demarcaban una senda que parecía concluir junto á unos cipreses lejanos. Don Alfredo coligió que aquella era la ruta del cemen-

terio. Algunos otros caminos ondulaban en la árida extensión. El sol iba ocultándose, y el cielo azul, sin una nube, tenía en Poniente un resplandor de fuego. De pronto, una arboleda escondió aquel paisaje á los ojos de don Alfredo. Este se detuvo, y, abandonando las maletas en el polvo de la carretera, miró para detrás. A pocos pasos de él venía Bermúdez, jadeante, con un cabás en una mano y un atado de jaulas en la otra. Al enfrentarse gritó:

—Buena entrada, ¿eh?

Y ya acercándose á don Alfredo, que le esperaba con los brazos cruzados, prosiguió:

—Esto es horrible. Allá queda uno con siete puñaladas. ¡Va bien despachado! Los mozos de la estación debían esperar, para matarse, á dejar servidos á los viajeros. Míreme usted cargado. Y usted voló con las maletas... ¡Esto es horrible!

Don Alfredo puso una de sus manos en la espalda de su secretario.

—Vamos, amigo Bermúdez, un poco de paciencia. La víctima no es usted por venir cargado, sino el que se queda tendido en la estación.

Sigamos nuestro camino. Usted guiará. Tenga usted calma. La muerte de un hombre, por miserable que sea, es algo que obliga á reflexionar. Hay que ser humildes, amigo Bermúdez, porque pertenecemos á la muerte. La cuestión es la misma en todas partes: morir.

Bermúdez contestó:

—Sí; pero no es lo mismo morir en su cama que morir cosido á puñaladas.

—Claro que no es lo mismo, pero, en definitiva, tanto monta lo uno como lo otro. Y tal vez lo mejor es morir por sorpresa. Figúrese usted: ese mozo fué á la estación, como todas las tardes, lleno de vida, con los bíceps en tensión, dispuestos á levantar baúles. Fué pensando en ganarse unas pesetas, en tomar luego un poco de vino, en descansar más tarde honradamente. Y de pronto un compañero le arrebata el baúl que iba á darle las pesetas, el vino y el descanso. Surge la disputa, la lucha por la vida, amigo Bermúdez, y de pronto uno de los luchadores ya no tiene que luchar más, porque cae sangrando por siete heridas. La muerte no ha podido ser más rápida ni más bondadosa

con él: le ha evitado lo tremendo, que es la agonía... Pero, en conclusión, eso de la muerte, como todas las cosas, pertenece á la fatalidad. Lo que hay que hacer, amigo Bermúdez, es estar prevenido, tener descontada la muerte como un simple accidente en el que tomamos una pequeña parte. Es humanitario, por otro lado, el morirse, y, además, es ridículo tratar de no morirse...

—Entonces—interrumpió Bermúdez—, según usted, lo mejor es reirse de la medicina, de la higiene y de la seguridad pública, sin contar con los sentimientos familiares, y dejarse morir, apestado, envenenado, asesinado... ¡Ay, eso no, don Alfredo; protesto, protesto dos mil veces...!

—No; no voy por ahí, amigo Bermúdez, porque, si tal creyese, ya estaría practicando el salvajismo. No; ya que se vive hay que cuidarse, pero no por retrasar la muerte, que viene siempre á su hora, sino por no hacer la vida más horrible de lo que es. Y en cuanto á las lágrimas que suscita la muerte, le diré á usted que no remedian nada y que no vienen á

ser, en última instancia, sino un desahogo fisiológico...

—Por lo visto, llorar equivale á digerir...

—Sí, Bermúdez; el que llora, el que se queja, no hace más que digerir su dolor...

—¡Pues aviados estamos! ¿Y usted es don Alfredo Sangil, el Bueno? ¿Y usted es el que se compadece con las historias de las golfas, y el que me hace dar á cada instante limosnas de cinco duros? ¡Pues no lo entiendo á usted!

Don Alfredo y Bermúdez habían pasado por junto á la arboleda y tenían á su izquierda una especie de jardín inglés con alamedas y plazoletas limitadas por macizos de evónimos. De nuevo, á la derecha, se mostraba el paisaje árido, seco y aplanante. Por la carretera cruzaban algunos coches levantando inmensa polvareda. En la linde se erigían los mástiles del telégrafo y algunas acacias. De un callejón brotaba un grupo de mozas con el pelo partido en crenchas pegadas á las sienes y los cántaros de agua en las caderas. De la ciudad, por la acera, reposadamente, venían tres curas, uno tras de otro.

A lo último se veía un gran trozo de muralla almenada, con una puerta entre dos elevadísimos torreones. Las almenas de los salientes y de las murallas se dibujaban con firmeza en el cielo crepuscular. Varios árboles impedían ver por completo la grandeza arquitectónica de aquella construcción bélica de la Edad-Media. Don Alfredo se detuvo, volvió á abandonar sus maletas y entonces Bermúdez le dijo:

—Justamente, don Alfredo, hemos llegado.

Don Alfredo vió á la izquierda una gran tapia y al otro lado una casa de planta baja, pintada de blanco y con dos balcones. A la puerta estaba un viejo de gran cabeza cana y de piernas cortas y torcidas. Bermúdez se lo presentó á don Alfredo.

—Este es el señor Batalla, propietario de la casa.

El señor Batalla hizo una reverencia á don Alfredo y se apoderó de una de las maletas.

—Pasen ustedes; están en su casa.

Luego preguntó:

—¿Qué tal el viaje?

Y Bermúdez le dijo que la llegada no podía haber sido más desagradable.

—Ya nos ve usted, convertidos en mozos de cuerda, porque los de aquí se entretienen en matarse. ¡Es horrible!

El señor Batalla le rió la gracia á Bermúdez y contestó:

—Sí, ya estoy enterado. Es bien triste... Pero, pasen ustedes.

El señor Batalla abrió una puerta del zaguán que tenía en lo alto un Corazón de Jesús. Don Alfredo pasó con su maleta y Bermúdez con su cabás y sus jaulas. Luego, el señor Batalla comenzó á guiar:

—La sala... Un gabinete... Alcoba... Alcoba... Ropero... La cocina, hermosa, ¿verdad?... El comedor...

Don Alfredo se había sentado en la sala, y tirándose de los bigotes contemplaba una oleografía de la Sagrada Familia. Hasta él llegaban las voces del señor Batalla y de Bermúdez y sus pasos fuertes por las habitaciones y los pasillos. Se levantó, y sin darse cuenta se vió de

cuerpo entero en un gran espejo de antiguo marco de nogal. En la media luz del anochecer su figura alargada y noble era indecisa y espiritual. Las manos pálidas se desdibujaban sobre la ropa negra, el brillo de los ojos se desvanecía... Pero de pronto concluyó el misterio. El señor Batalla acababa de encender la luz é invitaba á don Alfredo á ver el jardín y el paisaje que desde la terraza se descubría, aunque ya la noche...

Don Alfredo se lo agradeció mucho.

—No, señor Batalla, gracias... Mañana; vengo cansadísimo.

El señor Batalla no insistió.

—Está bien, señor; voy á ver á Bermúdez, con sus pájaros, á disponerlo todo. Aquí, corral por medio, me tiene para lo que guste. Usted mandará.

—Muchas gracias, señor Batalla.

Don Alfredo pasó á un gabinete que tenía en frente. El gabinete daba á una alcoba. En la alcoba había una vieja cama de madera, estilo Luis XV, y en su cabecera un San Sebastián, al óleo, todo renegrido y descascarillado,

con nueve ó diez flechas clavadas. Sobre el velador pendía una pila de agua bendita. El gabinete, sobriamente amueblado, estaba lleno de santos: los dos Corazones, una Santa Teresa, un San Juan de la Cruz, un San Pedro de Alcántara, los santos de Avila. Don Alfredo los fué mirando todos fervorosamente, y en esto le sorprendió de nuevo el señor Batalla. El viejo con sus piernas torcidas y su sonrisa, tenía un aire picaresco y servil.

—¡Ah! ¿es usted creyente?—le preguntó á don Alfredo.

—¿Por qué no?—le respondió éste.

—No se parece usted al señor Bermúdez.

—¿Pues qué ha pasado?

—Que me ha hecho quitar los santos de su alcoba. ¡Es un herejote!

—¡Hombre! Ya empieza Bermúdez. No le haga usted caso. Es que se toma el trabajo de ser ateo. Ya le diré yo que estamos en tierra de santos.

—Y que lo diga usted, señor. Aquí no tengo sino unos pocos, y lo principal, que es la Santa; pero faltan San Segundo, San Vicente, Santa

Sabina y Santa Cristeta, sus hermanas; San Pedro del Barco, el pueblo de las truchas, señor; San Pascual de Tormellas, San Bernardo de Candelada...

—Sí, faltan. ¡Es una lástima!

—¿Quiere usted que se los busque por ahí? Los hay.

—No; déjelos. Ya los veré en las iglesias con Bermúdez.

—Pero ¿irá ése á las iglesias?—preguntó el señor Batalla asombrado.

—Sí, señor; ¡iré!—dijo reciamente detrás de él la voz de Bermúdez—. Iré para convencerme aún más de la hipocresía y de la mentecatez de este pueblo...

El señor Batalla se ofuscó y no sabía qué responder. Don Alfredo intervino:

—Vamos, amigo Bermúdez, no empiece usted. El señor Batalla cree y usted no cree; deben ustedes respetarse mutuamente.

El señor Batalla, ya repuesto, dijo con alguna energía:

—Yo respeto las opiniones del señor Bermúdez y reclamo la debida reciprocidad.

—No es exacto—le respondió Bermúdez—; usted se ha reído de mis pájaros y ha puesto en duda el sexo de un canario. Es canario, efectivamente canario, señor Batalla.

Este quiso hablar, pero la voz ronca y socarrona de Bermúdez prosiguió:

—Y es preciso que usted sepa que yo adoro á mis pájaros como usted á sus santos, y que para mí vale más un gorrión que ese San Sebastián embetunado que tiene usted ahí.

El señor Batalla hizo un gesto de mártir y contestó:

—Bueno, señor Bermúdez, dejemos eso. Ya no dudo de que sea canario. Vamos á ser amigos.

Y le tendió su mano, que Bermúdez no tuvo inconveniente en estrechar. Por fin, el señor Batalla, reiterando sus ofrecimientos, se despidió de los inquilinos.

Cuando éstos se quedaron solos, don Alfredo amonestó á Bermúdez:

—Hombre: modere usted sus iras anticlericales. Le advierto que este pueblo pertenece al clero y que en él todo el mundo es católico.

Deje en paz al señor Batalla, él vive aquí y le conviene tener santos en su casa y asegurarla de incendios con el *Tú reinarás* sobre la puerta. El señor Batalla es un sabio...

—No, don Alfredo, usted con su filosofía dice las cosas al revés. El señor Batalla es sencillamente un hipócrita. Ya cuando vine á alquilar la casa tuve una agarrada con él, con motivo de los tales santos. ¡Está bueno el señor Batalla! ¿Sabe usted cuántas mujeres ha tenido? ¡Cuatro! Y comenzó la carrera de cura...

—Está bien, amigo Bermúdez; pero nada de eso tiene importancia. Ni á usted ni á mí debe preocuparnos el señor Batalla. Hemos venido aquí á hacer una vida tranquila, á descansar... ¿Que usted no quiere santos? Pues pone en su lugar sus jaulas. Ciertamente un pavo real es más alegre y más decorativo que una Dolorosa. A mí me da lo mismo vivir en un bosque que en el coro de la catedral de Avila. Tanto me subyuga el graznido del cuervo como el canto llano. Aprenda usted de mí, amigo Bermúdez, acostúmbrese á encontrar un lado

agradable en todas las cosas. ¿Tiene usted obligación de indignarse ó de entusiasmarse? Creo que no. ¿Es usted político?

—No, señor.

—¿Va usted á dedicarse á la filosofía ó á la literatura?

—No entiendo de eso.

—Pues entonces, amigo Bermúdez, redúzcase á sus pájaros y considérese feliz porque nada le obliga á mentir ni á falsear sus sentimientos. ¡Si usted es un hombre de suerte! Con callarse le basta...

—Todo lo que usted quiera, don Alfredo, pero yo soy patriota.

—¡Ah!

—Sí, señor, y me indigna que no seamos como Francia. Créame usted, hay que concluir con la Iglesia. Usted, don Alfredo, en lugar de retirarse á los treinta años, debería luchar y tener fe. Yo no soy tonto, don Alfredo, y si grito es porque no sé razonar como usted, y si soy algo grosero es porque con los hipócritas hay que serlo. En fin—concluyó Bermúdez—allá usted... No soy quién para aconse-

jarle. Mañana será otro día. ¿Quiere usted cenar?

—No, gracias.

—Entonces, adiós y descansar.

—Adiós, Bermúdez.

Don Alfredo se quedó solo. Hundido en una butaca estuvo pensando largo rato. Las últimas palabras de Bermúdez, bruscas y sinceras, le habían inquietado: *debería luchar y tener fe...* ¿Luchar? ¿Por qué? ¿Por quién? ¿Por sí mismo? No era ambicioso: su escepticismo nada tenía de falso. La estimación de los demás no le inquietaba. Se estimaba á sí propio porque se discutía, porque se analizaba y porque espiritualmente se mejoraba, negándose todos los días al levantarse y haciéndose humilde ante la Naturaleza. ¿Luchar? ¿Destruir? ¿Crear? ¿Era posible mejorar á los hombres? ¿Se les hacía mejores, verdaderamente mejores, cambiándoles la religión por el derecho, agrandándoles la patria, fecundándoles los campos? ¿El bien de unos no acarreaba el mal de los otros? Y, á pesar de todo, los viejos instintos de la carne, ¿no subsistían sobre la tierra?

Don Alfredo comprendió que él no había nacido para redentor, y aun quiso creer que la raza de los redentores debía desaparecer por inútil. ¿Dónde estaba el hombre ó el dios que redimiese á los hombres del egoísmo? ¿Dónde el sabio, el legislador, el varón fuerte que respetando el egoísmo, la expansión, el triunfo orgánico de los hombres los condujese á la armonía de la vida?

Estuvo por llamar á Bermúdez y decirle:

—¿Usted sabe lo que es tener fe? ¿Usted sabe por lo que hay que luchar?

Pero en el silencio de la noche oyó la respiración sonora del secretario, que dormía entre sus pájaros.

Entonces, don Alfredo decidió acostarse. Deshaciéndose la corbata contempló el cuadro que representaba á Santa Teresa. La gran fundadora tenía las manos exangües unidas en oración, y sus ojos grandes y sus labios pálidos estaban llenos de voluntad y de misticismo. A la izquierda de la Santa, en un rompimiento de gloria, aparecía el Espíritu Santo en su forma mitológica de paloma. El cuadro era

obra de un mediano pincel que acaso demacró por demás las facciones de la Santa. En aquel cuadro, los ojos de la Virgen de Avila eran negros. Don Alfredo los contempló santamente, y en un momento de éxtasis, los ojos negros le parecieron verdes como dos esmeraldas. Después se acostó y tuvo un sueño profano y enigmático. Soñó que los ojos de la Santa eran verdes, y que ellos, como los de Luisita, irradiaban una luz viva, amorosa y sensual.

III

Don Alfredo se levantó á medio día. Por el balcón de la sala vió la carretera pedregosa y polvorienta, la tapia resquebrajada y un álamo de tronco carcomido, inmóvil bajo el sol. Al final de la carretera, sobre el cielo de un azul blanquecino, se recortaban las almenas de la muralla y más elevadas las de los torreones, entre los cuales describía su curva elegante el arco de la puerta medioeval. Por la acera pasó un mendigo viejo, sudoroso y harapiento, con báculo y zurrón. Don Alfredo le dió una limosna. Detrás del mendigo apareció una mendiga exagenaria. Don Alfredo la socorrió también, y después de la mendiga llegó un rapazuelo que alargó su mano, en la que don Alfredo puso la tercer moneda. Al poco tiempo

pasó un cura grueso con los manteos recogidos.

Don Alfredo llegó por un pasillo al comedor que daba á un patizuelo lleno de hortensias, de geranios y de claveles, entoldado por una parra que tamizaba el deslumbramiento del sol. En el patizuelo estaba Bermúdez sentado en un gran sillón de mimbre contemplando sus pájaros, ya limpios y alegres en sus jaulas llegadas de Madrid. Un cardenal brincaba altanero con el orgullo de su caperuza roja. El ruiseñor picaba distraídamente un corazón, enarcaba luego su garganta y erigía el pico sanguinario mirando á lo alto con sus pupilas redondas y brillantes. Los canarios hundían las cabezas en el alpiste resignados en su cautiverio. Dos periquitos muy verdes trepaban por los hierros de su jaula... Bermúdez iba con los ojos de una á otra. De pronto se puso á silbar de varios modos y suscitó el concierto de sus pájaros. Luego, arrullado, encendió un gran puro y miraba subir y desvanecerse el humo azul cuando los pasos de don Alfredo sobre la arena le distrajeron. Entonces

se levantó para saludarle. Don Alfredo, en otro sillón de mimbre, se sentó frente á él.

—¿Qué tal Bermúdez?—le preguntó—¿cree usted que viviremos bien en este pueblo?

—No, señor; creo ardientemente que no. Usted se aburrirá, aunque no lo piense, y yo rabiaré. Toda la mañana me la he pasado discutiendo con el señor Batalla.

—Hombre, no sea usted así.

—No; si después de todo, el señor Batalla y yo nos entendemos. El es quien nos ha facilitado la cocinera; ¿quiere usted verla?

—Ya habrá tiempo.

—Es una buena moza, con el pelo partido en dos, empegotado en las sienes, las mejillas rojas, los labios rojos... Tiemblo pensando en la comida de aldea que nos preparará. ¿Quiere usted que le enseñe el jardín?

Don Alfredo aceptó. Bermúdez lo condujo por una senda estrecha, entre dos tapias, cubierta en toda su extensión por una parra. Las tapias casi se ocultaban bajo la hiedra y la madreselva. A ras del suelo había lilas sin flor y rosales silvestres que trepaban por los troncos

sarmentosos. Sobre la arena temblaban manchas de sombra de una tonalidad azul junto á las irradiaciones de sol que atravesaban los huecos desnudos de pámpanos. Había una fuerte emanación campesina: toda la vegetación, sofocada, transpiraba su savia. Algunas abejas revolaban en torno de las rosas desfallecidas; se oía el zumbido de otros insectos y el rumor de las hojas al paso de los lagartos.

De tiempo en tiempo, una bandada de gorriones se abatía sobre la parra y picaba las uvas nacientes. Desde el patizuelo, los canarios y el ruiseñor enviaban su trino y el cardenal modulaba un silbido extraño.

Don Alfredo y Bermúdez llegaron á un cerezo cargado de fruto, en donde concluía la senda.

Esta hacía un ángulo, para formar un jardinillo cuadrangular, en cuyo centro, entre flores, una fuente disparaba el agua á regular altura por el pico enhiesto de un cisne cabalgado por un niño desnudo. Alrededor de la fuente había geranios con flores de púrpura, claveles blancos y encendidos, margaritas y hortensias,

y rosales de rosas rojas y de rosas pálidas en donde libaban las abejas. Dos arriates laterales estaban también llenos de flores y de enredaderas de campánulas que ascendían por los muros. El jardín daba paso á una terraza, entoldada por otra parra, desde la cual se divisaba un paisaje amplio, que don Alfredo y Bermúdez comenzaron á contemplar.

En primer término, se levantaban casas de aspecto campesino, con sus tejados desiguales salpicados de buhardillas, de tragaluces y de chimeneas. Por bajo de la terraza se veían algunos patios y corrales, con ropa blanca tendida al sol y con algún conejo echado sobre la hierba... Después de las primeras casas se extendía un trozo de carretera, y perpendicularmente á ella, una calle, de casas bien humildes, por la que iban algunas mujeres cobijadas en sus sombrillas, y algún carro de mulas con su toldo de hule deslustrado. Después del caserío, en el fondo de un campo de trigo, se dibujaba la mole ruinosa de un convento antiguo, ya sin carácter arquitectónico. Luego, una gran extensión pedregosa trazaba en el horizonte un

semicírculo casi perfecto. Eran terrenos baldíos, heredades sembradas y parcelas en barbecho. La extensión estaba rota por una senda arbolada, que don Alfredo reconoció por el camino del cementerio. Otros caminos ondulaban y se perdían en el límite del horizonte. En medio del paisaje una casa de labranza se destacaba, con tres carros cargados de mies y con la mancha de la parva, casi blanca bajo el sol. Un pequeño valle de encinas parecía un oasis... De entre un pedregal, como si surgiese de lo desconocido, surgió un tren que volvió á perderse y á surgir con el trepidar de sus hierros y la nube de su humareda, que subía á empañar la atmósfera radiante. El sol, desde el cenit, caía implacable sobre la tierra. Todo el paisaje daba una sensación de sequedad y aplanamiento. Los ojos sentían la fatiga de lo árido y la nostalgia de las visiones húmedas.

Don Alfredo le dijo á Bermúdez:

—Qué duro es esto, ¿verdad? Para usted y para mí, hombres del Norte, resulta agobiador este paisaje, sin un bosque, sin un río, sin una montaña. Veremos la parte de la Sierra que

desde aquí no se divisa. Hemos tenido mala suerte, amigo Bermúdez. Venir á esta terraza es venir á la tristeza; ¿no cree usted? Yo, contemplando este paisaje, no puedo creer en la fecundidad de los campos ni en la fecundidad de las ideas. Esto me pone triste, hosco, pesimista. Bajo este sol, sobre estas piedras, presenciaría yo un cataclismo sin conmoverme y nada haría para impedir la muerte de los hombres. El paisaje es inhospitalario y cruel, y su crueldad se refleja en mi alma... Pero, tal vez, amigo Bermúdez, usted no siente nada de lo que yo digo; usted es un hombre sano y tendrá la misma calma espiritual en las riberas del Miño que en las llanuras de Castilla. Si es así lo envidio.

Bermúdez respondió:

—Lo que yo sé, don Alfredo, es que en las riberas del Miño estaría distraído; que en el patio del *Lion d'or*, tomando cerveza, lo pasaría muy bien, y que aquí me aburro imperialmente.

Y puso su mano en la boca para no descubrirla en un bostezo inmenso. Luego protestó

de las moscas y del calor, y maldijo tres veces al señor Batalla. Volvió á pasar bajo la parra con don Alfredo, y en el patizuelo hizo una estación para recrearse con sus pájaros, que trinaban satisfechos en la plenitud del día.

Siguieron días de recogimiento y de meditación para don Alfredo. Se pasaba largas horas en su gabinete echado en una meridiana, llevando sus ojos distraídos de los cuadros de santos al balcón, donde las persianas extendidas ponían unas franjas de luz que los visillos y la cortina de encaje hacían algo difusa. Sobre una consola una jarra de Talavera, de vidríado multicolor y brillante, sostenía un ramo de margaritas y crisantemos.

Don Alfredo había puesto en las paredes, debajo de los santos, dos dibujos picarescos de Guillaume, dos agua-fuertes de Goya y un retrato al pastel de Luisita. Se distraía contemplando las ironías del caricaturista francés, los embrujamientos de Goya y los ojos verdes y el escote rosa de Luisita. Nada de esto le

alejaba de sus divagaciones místicas ni de sus propósitos de ascetismo. Las caricaturas eran, en buena filosofía, la realidad de la vida moderna; los trazos de Goya, un discurso sobre la superstición que aún domina á los espíritus, y las carnaciones suaves y los ojos de ajenjo de Luisita, la áurea floración del vicio... Además, si algo de todo esto solicitaba deseos pecaminosos en don Alfredo, él se inundaba de honestidad contemplando el rostro macilento de la Virgen de Avila, la sonrisa de pureza de San Juan de la Cruz y las manos lívidas de San Pedro Alcántara... Quería tener enfrente la tentación para dominarla; el hechizo de los ojos verdes para desdeñarlo.

Se internaba en su espíritu para encontrar los afectos y los recuerdos. Hacía memoria de su familia como de algo lejano que perteneciese á otro planeta. Sólo por la costumbre existía el amor familiar. Un hombre solitario, como él, no podía sentir más que grandes simpatías por las idealidades grandes. El respeto que tuvo en vida á sus padres no disminuía por el abandono en que los dejaba en sus tumbas. El día de di-

funtos evocaba la bondad de su madre y la orgullosa hidalguía de su padre, como las evocaba cotidianamente en las horas de meditación.

Sus parientes colaterales no significaban para él ni más ni menos que el resto de la gran familia humana.

No tenía un fuerte amor concreto: ni un amigo, ni una amante, ni un hijo.

No odiaba tampoco. Era el odio una preocupación demasiado intensa, y nadie había logrado inspirársela. Como no odiaba no tenía planes de venganza y no pensaba, con saña voluptuosa, en causar mal á ningún hombre. No creía en las traiciones, ni en las perfidias; le parecían éstas armas para luchar por la vida, armas que, desde luego, él no hubiese empleado nunca. Había hecho lo posible por no suscitar envidia, y cuando tenía la sospecha de que era envidiado, se preguntaba por qué le envidiarían. ¿Le envidiaban la querida, el automóvil ó la renta? Pero por la vida interior desolada, por el análisis suicida, por la duda de sí mismo, por la inquietud mortal de su alma, ¿le envidiarían también?

El no ignoraba cuánta elegancia metafísica había en su dolor... El ideal del filósofo por hambre estaba en comer. El ideal del filósofo lascivo residía en el amor sexual. Eran ambos ideales asequibles. Pero el ideal de los hombres de apariencia feliz y de alma melancólica, el ideal de los hombres reflexivos y soñadores, ¿dónde estaba? ¿Dónde estaba el remedio contra el tedio y la desilusión y la amargura? Tan sólo el obrero, el proletario y el mendigo se consideraban con derecho á un mundo mejor.

Y á la gran legión de los tristes, de los sabios y de los supremamente desengañados, ¿no le era posible soñar también con su *Utopía*? ¿No formaban los atormentados cerebrales, más allá de la de la vida y de la carne, una aristocracia del dolor?

Y don Alfredo pensaba que el ideal como fin no existía. Era sólo una peregrinación á lo desconocido, donde tal vez se encontrase lo infinito y lo absoluto. Era preciso conocer las cosas tales como preexistiesen en una suprema inteligencia primitiva, de que en la humana

sólo se percibían los más simples reflejos. Era preciso abandonar la idea del tiempo.

Don Alfredo se preguntaba si no habría en todo esto una gran inutilidad; una íntima lujuria del cerebro. ¿Pero existía algo en el mundo finito que pudiese arrancarle de sus meditaciones trascendentales? Sus esfuerzos en pro de la especie, ¿fructificarían? ¿Cuál era su misión? ¿Cuál su destino?

Si él hubiese formulado esta pregunta en alta voz delante de Bermúdez, Bermúdez le habría respondido: «Su misión consiste en pensar menos y en vivir más. Venga usted á escuchar á mis pájaros, á discutir con el señor Batalla y á charlar un rato con la cocinera. Pasée usted debajo de la parra. Coma y salga á la calle, aunque no sea más que á ver curas y conventos, porque encerrado en su gabinete, solo, no puede hacer nada bueno.» Pero don Alfredo no hablaba todavía de esas cosas con Bermúdez, y no podía recibir sus saludables consejos.

Llevaba más de dos semanas en Avila y no conocía de la ciudad sino un trozo de carre-

tera, otro de muralla y un paisaje yermo que le llenaba de tristeza, todo visto sin salir de casa. Bermúdez ya había descubierto la ciudad é intimado con la familia del señor Batalla...

El señor Batalla estaba casado en cuartas nupcias con una mujer encogida, de ojos mansos y encías descubiertas que llegó á su tálamo cuando él había entrado en franca ancianidad. Sus tres antecesoras le habían dejado sobre la tierra cada una una hija. Las tres muchachas, de treinta, de veinticinco y de veinte años, se pasaban la vida bordando bajo el techado del zaguán ó corral que mediaba entre la casa alquilada y un pabellón donde se hacinaban todos los Batallas, con la añadidura de un viejo setentón, padre político del propietario, jardinero, cocinero y aguador y de un perro de lanas lleno de años y de miseria, que andaba siempre escondido bajo un banco de piedra empotrado en el muro del corral.

La segunda mitad de éste, á cielo abierto, conducía á una gran cuadra exháusta de bes-

tias mayores, pero no de muebles viejos y de palomas y gallinas que picoteaban entre los guijarros, donde crecía la hierba.

En ambas mitades del corral había también gran cantidad de objetos inservibles, de respetable vetustez. Estaban amontonados en los rincones y en unas alacenas de pino pintarrajeado de amarillo y rojo que el señor Batalla descubrió espontáneamente á Bermúdez. No obstante los antagonismos de conciencia, se había hecho muy amigo de él, y Bermúdez pudo conocer la historia del señor Batalla leyéndola en aquellos cachivaches. Unos cuadros mohosos y algunas ruedas de bicicleta recordaban los tiempos en que tuvo un velodromo, el primero de Avila; una romana denunciaba su época de hortera, y un aristón evocaba los días lejanos en que el señor Batalla había amado la música. Era aquello una sucursal del Rastro, y Bermúdez, que prefería los bazares y el aroma del barniz, no dejaba de hallar un raro encanto ante tantas cosas viejas, envueltas en polvo y telarañas. Además, el corral del señor Batalla, según Bermúdez, se

correspondía perfectamente con la ciudad, vieja también y empolvada, con la pátina de sus conventos y sus murallas y con las telarañas de la superstición y del fanatismo en el alma. Ciudad llena de reliquias de santos tan dignas de respeto arqueológico, filosófico y místico como la romana, el aristón y las bicicletas del señor Batalla.

IV

Una mañana pudo Bermúdez invadir las habitaciones de don Alfredo, y le halló tendido en la meridiana, con los brazos en el pecho y los ojos fijos en el retrato de Luisita, colgado por bajo del de Santa Teresa.

Bermúdez tomó asiento en una butaca, encendió un cigarro, y tuvo el dolor de comprender que don Alfredo no le hacía caso, perdido como estaba en el limbo de sus meditaciones. Entonces creyó oportuno sacar de sus labios el cigarro y dejarlos en disposición de expresar cosas importantísimas.

— Entiendo yo, carísimo don Alfredo — comenzó á decir —, que está usted haciendo un disparate con eso de pasarse la vida en casa. Yo no le digo á usted que este pueblo tenga

muchos atractivos; no, señor; pero sí que un hombre como usted, amigo de las cosas viejas, puede hallar alguno. ¿Le gustan á usted las iglesias? Aquí las tiene usted de todas las marcas. ¿Le gustan á usted las faldas? Pues aquí quien no lleva enaguas es porque lleva sotana. ¿Ve usted al señor Batalla? Lleva una sotana por dentro.

Don Alfredo fingió que se asombraba.

—¿Se la ha enseñado á usted?

—No, señor; yo no quiero verle nada al señor Batalla... Me refiero á una sotana moral.

—Vamos... Yo creí que el hombre llevaba de verdad su sotana y hasta un cilicio...

—¡Quiá! Si es un redomado cuco. ¿Sabe usted lo que les dice á sus chicas?

—¿Qué?

—Las chicas parece que de vez en cuando sienten un ligerísimo deseo de contraer matrimonio. El novio no parece, y el señor Batalla les dice: «Vosotras vivís en un pueblo privilegiado: aquí la que no se casa se queda en virgen de Avila y puede llegar á ser santa. ¡Qué bueno, ¿verdad?, que lo canonicen á uno! Ade-

más, hijas mías, el matrimonio es un estado inferior, una desgracia: os lo digo por experiencia.» La hija mayor, que tiene sus treinta pasados, casi se deja convencer. La muchacha está pálida, delgada... Tiene salpicaduras de cera en la ropa... Ayuna, reza... Va para santa. La segunda, de cinco lustros, no es tan devota, pero aún, aún... Ahora bien: por la santidad de la pequeña, en plena juventud, ancha de caderás, de labios como guindas, no doy cincuenta céntimos, don Alfredo. Podrá llegar á santa, no lo dudo; pero es indudable que atraviesa los días de prueba y de tentación. Yo la tentaría, don Alfredo. ¿Qué le parece á usted?

— Las caderas, amigo Bermúdez.

Bermúdez se echó á reir.

— No, si no es por ahí. Digo que la tentaría á ver cómo se presentaba.

— Pero ¿con qué objeto?

— Con el de pasar el rato.

— No, hombre; vaya usted con seriedad. ¿Por qué no se casa usted con esa joven?

— Ahora no lo necesito. Me he casado hace tres días y estoy en el plenilunio.

Don Alfredo se inclinó en su meridiana.

— Pero, amigo Bermúdez, ¡qué se ha de haber casado usted! ¿Con quién?

— Con la cocinera...

— ¿Tan pronto?

— Sí, señor.

— ¿Y en mi casa?

— Sí, señor. He supuesto que usted no vería con malos ojos lo que la cocinera y yo...

Don Alfredo le interrumpió:

— No; yo eso no lo he de ver ni con buenos ni con malos ojos. Es un espectáculo triste para un aspirante al ascetismo.

Bermúdez comprendió que debía reirse, y se rió sonoramente:

— ¡Já! ¡já! ¡já!

Don Alfredo repuso:

— Pero usted, amigo mío, me aparta de un modo lamentable de la senda en que yo he querido colocarme. Mire usted: usted va á hacer lo que quiera, pero va á no contarme nada de lo que haga. Déjeme... No me sonsaque. Este gabinete es una celda, y es para mí. El resto

de la casa puede ser un harén, y es para usted. ¿Acepta usted el pacto?

— No, señor; ¿qué he de aceptar..?

— ¿Por qué?

— Porque lo quiero á usted y porque no me gusta verlo tan pálido, tan triste y tan fuera del mundo. Quiero que viva, que goce... Es preciso que empiece usted á pasear por Avila. Yo le guiaré. Ya lo conozco todo: las murallas por arriba y por abajo, la Catedral, San Vicente, las Madres, la Encarnación, San José, Santo Tomás, la Santa... Conozco también á unas muchachas de Madrid que han venido á veranear, y que...

Don Alfredo interrumpió por segunda vez á Bermúdez:

— Le repito que no me sonsaque. Accedo á visitar las iglesias, las casas santas; las otras las dejo para usted.

Bermúdez suspiró mirando el retrato de Luisita. Don Alfredo hizo que no comprendía la alusión. Luego Bermúdez aspiró fuerte el humo de su cigarro, y con la cabeza baja dijo adiós á don Alfredo.

Este se quedó pensando en Bermúdez. Le inquietaba su secretario por la superioridad de hombre vulgar y práctico que sobre él tenía. Sin duda la vida se había hecho para los hombres como Bermúdez: hombres intermedios entre el ideólogo y el rufián, que tomaban la vida por el lado de las pasiones y de los instintos y que, con cierta cultura y cierto régimen en sus egoísmos, llegaban á ser sabios, banqueros, ministros y filántropos. Era la raza de los despiertos, la raza útil que ponía unas veces su ilusión en extirpar á los frailes, y otras en constituir una grande sociedad por acciones. Raza pintoresca, un poco encanallada y un poco cándida, que explotaba los conceptos vacíos de progreso, de patria, de regeneración y de paz. Raza que jamás llegaba al sacrificio y que debía sus pujos progresistas al recuerdo vivo de su origen humilde. Pero estos hombres eran los necesarios: eran las hormigas, y don Alfredo encontraba justo que se enriqueciesen desde sus mostradores ó desde sus poltronas burocráticas; encontraba justo que mostrasen su toga, su bonete, su espada y su pluma

como cosas inmaculadas y nobles. En verdad lo eran: ¿había algo más noble que vivir? Y sin una toga que juzgase, sin un bonete que predicase, sin una pluma «para decir la verdad» y sin una espada para hacer con ella heroísmos, ¿se podría vivir debajo de la luna?

Y don Alfredo preguntó en alta voz:

—¿Verdad que no, Bermúdez, que sin una toga, que sin una espada...?

Bermúdez no respondió, porque se había ido de allí media hora antes de ser interrogado. Don Alfredo se quedó sin saber la opinión de Bermúdez, pero supuso que su secretario lo aceptaría todo menos el bonete. La idea del bonete le llevó á pensar en el señor Batalla. Este no aceptaría el bonete solo; querría mitras, capelos y una tiara monumental que tapase la redondez de la tierra. En esta pretensión se diferenciaba, tal vez, únicamente de Bermúdez. Y don Alfredo se preguntó si no daba lo mismo inclinarse ante una tiara, ante un gorro frigio ó ante el sombrero abollado del Anarquismo. En todos los tiempos habría que prosternarse ante la fuerza, dondequiera que residiese, y en

todos los tiempos, unos hombres amarían el deslumbramiento de los cascos guerreros y otros la luctuosidad de las tejas eclesiásticas.

—¿En todos los tiempos?—se preguntó don Alfredo. No. La evolución de las costumbres era evidente, y si en algún punto se veía despojarse á los hombres contemporáneos de su carácter ancestral era en el de las creencias. No, en todos los tiempos, no. Los hombres iban alejándose de las viejas supersticiones y comenzaban á creer más que en la Religión en el Derecho. Ya no concebían sino ideales inmediatos y de realidad terrena. La Religión no era precisa para vivir ni para mejorar. Bastaba con la Moral desprendida de ceremoniales asustadizos y de sugestiones sensuales. Y existía el Derecho, duro y fuerte, pero flexible y propicio á las grandes y justas renovaciones.

Para las almas inquietas quedaban la Filosofía y el Arte, yacimientos de todo misticismo y elevado motivo para las vidas contemplativas y espirituales.

Don Alfredo sintió que flaqueaba su escepticismo: sus pensamientos parecían los de un

apóstol moderno. ¿Era la influencia anticlerical de Bermúdez? ¿O era su juventud, que no se quería morir? Dudó. Y para distraer sus dudas, y por ver si entre las flores hallaba la solución de su secreto, se encaminó hacia el jardín.

Fué por el pasillo con paso silencioso. Por la puerta entornada de una alcoba vió á Bermúdez y á la cocinera confundidos. Esto le produjo una momentánea melancolía y le recordó á Luisita. Las medias rojas de la querida de Bermúdez, destacándose y moviéndose en la colcha blanca, traían á su memoria las medias bordadas y transparentes de Luisita. Antes de llegar al jardín escuchó un largo rugido de satisfacción. Entonces apresuró el paso, y junto á la parra se dejó caer en un sillón de mimbre.

El suegro del señor Batalla, dentro de la anchura de sus pantalones, iba de un lado á otro con su regadera. Ante los ojos de don Alfredo pasaron como una flecha dos insectos en cópula, que le recordaron á Bermúdez y su amiga. Luisita, vestida con una bata de encajes y con

los ojos verdes encendidos de lujuria, se delineó en su imaginación. Don Alfredo la rechazó. Comenzaba á caer la tarde. El sol se iba por lo alto de la parra, y los pájaros de Bermúdez habían dejado de cantar. La tristeza del crepúsculo se apoderaba de don Alfredo, y cuando el viejo jardinero le dió las buenas tardes, estaba tan abatido, que no supo contestarlas.

Ya de noche, mirando á las estrellas, Bermúdez se le apareció y le dijo:

—¿Pero en qué piensa usted, don Alfredo?

—En usted.

Bermúdez se asustó:

—¿Le he hecho á usted algo malo? ¿Cree usted...?

—No; la cuestión de su barraganía no me preocupa ni poco ni mucho. Usted necesita eso, y cuando lo encuentra á mano se aprovecha. Hace bien. Pienso en que usted, amigo Bermúdez, ha venido para distraerme y para apartarme del recogimiento en que yo quería sumirme. Yo debería decirle á usted que se vol-

viese á Madrid. Allí me cuidaría usted la casa, pondría orden en la biblioteca... Yo, aquí, buscaría una especie de seminarista que lo sustituyese... Usted aquí se aburre...

—No, don Alfredo, el que se aburre es usted, y si no lo hace hasta morirse es porque me tiene á mí para reanimarle y para obligarle á recordar que la vida es un armónico conjunto de todas las cosas. Mis mejillas rojas y esta curva llamada de la felicidad—Bermúdez pasó una de sus manos por junto á la cadena del reloj—no me impiden ser también algo filósofo. Mi filosofía me dice que hay que estar á todos los vientos para aprovecharse de todos, dando oportunos y estudiados cambios. Es preciso no despreciar ninguna voluptuosidad material, para dejarse de dudas y de ensueños y de «musarañismos», don Alfredo. ¿Le gustan á usted las truchas en vinagre? Pues, cómalas. ¿Le gustan á usted las mujeres? Pues... Y nada más. Venga á nos el pan y el champán de todos los días. ¡A vivir! Y como queda tiempo, áluchar por el progreso, á levantar á España... Yo soy patriota, sí, señor. Usted tiene la culpa

de mi patriotismo, porque me ha hecho viajar por pueblos limpios y libres, donde se come bien y se vive bien. ¡Oh, aquella Francia sin cogullas! ¡Aquel París lleno de socialistas y de cocotas!

—¡Ah! ¿Pero usted cree sinceramente que aquí en España no hay otra cosa que hacer sino acabar con el clero?

—Archisinceramente. Todo español de ahora está obligado á matar un fraile y á reunirse con cinco camaradas para dar muerte á un jesuíta. Tengo un plan de campaña, de sangre y exterminio, que comunicaré al señor Batalla un día de estos.

—Lo va usted á asustar.

—¡Lo que es á ése!..Pero, bromas aparte, es preciso cambiar de vida, don Alfredo. Desde mañana se viene usted conmigo á pasear por Avila. Le enseñaré el valle Amblés, precioso, con sus montañas azules, que parecen una miniatura de las de Suiza. Daremos una vuelta al recinto amurallado y verá usted las reliquias de Santa Teresa: un dedo, un báculo y la suela de una sandalia, que usted besará devota-

mente. Le presentaré, si lo desea, á las tres hijas del señor Batalla, que quisieran ser suelas de sandalias, y le obligaré á intimar con el padre de las tres vírgenes, para que usted, él y yo discutamos como tres teólogos.

—Todo lo acepto—repuso don Alfredo—, si usted me promete no turbar la paz casi religiosa en que deseo vivir. La visita á las iglesias contribuirá á hacerme olvidar el mundo, y es muy probable que la elocuencia y la fe del señor Batalla resuciten en mí esa virtud teologal que me hace falta. Veré, sí, señor, las reliquias de Santa Teresa y las besaré ingenuamente, y no con esa devoción irónica que usted, malévolo Bermúdez, me supone. Yo amo á los santos, como á los héroes y á los genios, y tengo una gran predilección por las mujeres célebres y exaltadas. Encuentro bellas todas las exaltaciones, las del misticismo y las de la lujuria, las del amor y las del odio. Si usted quiere, iremos hasta Alba de Tormes para ver el corazón de Santa Teresa, que un ángel traspasó con un dardo de oro, y después marcharemos al Egipto, en busca de la momia y del

corazón de Cleopatra. Yo me robaría las dos vísceras y las pondría á cada una en un altar... Aquí, un corazón que amó á Dios. Aquí un corazón que amó á los hombres. En los momentos de melancolía y de nostalgias de infinito, con la carne triste y el alma en oración, me prosternaría ante el espíritu de la virgen de Avila, y en las horas de vida tumultuosa y sensual haría sacrificios de amor en el ara de la Reina de Egipto... ¡Ay, Bermúdez, no se ría usted!.. Esto no es una locura. Esto es el culto por lo extraordinario. Los que hemos vivido mucho en la Naturaleza, en las mujeres y en los libros, lo comprendemos todo; pero, tristes y cansados, sólo ante las cosas vibrantes experimentamos sensaciones fuertes. ¿Usted cree que no hay derecho á la sensación refinada, y que una misma moral debe regir para todos los hombres? El bien y el mal, mejor que generales abstracciones, ¿no serán accidentes de reflexión diversos en cada alma?

Bermúdez respondió:

—Si á mí me dejasen definir diría que el Bien era lo agradable, y el Mal, lo molesto; esto

para mí. Para los demás llamaría Bien á lo permitido y Mal á lo prohibido. Además, yo querría ser el legislador y tener la sartén por el mango... Pero no sé á qué ese afán de hablar de cosas difíciles, don Alfredo. Yo le escucho á usted con mucho gusto cuando me habla de cuestiones palpables, cuando me hace un cuento ó cuando se le ocurre hablarme de intereses. Que aquella mademoiselle Berlitz, de Bruselas, era una Marquesa de Sade... Que la comida rústica de Avila no es tan despreciable... Que hay que escribir al *Comptoir* pidiendo dinero... De eso, don Alfredo, es de lo que conviene hablar, de lo doméstico, de lo vulgar, de lo apetitoso... Ustedes los escépticos son unos inconsecuentes. Si la vida es tan mezquina, ¿por qué no la abandonan? Pegarse un tiro es bien fácil. Yo una vez quise suicidarme, y me asusté de lo sencillo que era concluir con la vida.

— ¿Se iba usted á matar por escepticismo?

— No, señor. Por una mujer. ¡Ya ve usted si sería crédulo!

Aquella noche se la pasaron don Alfredo y Bermúdez hablando de diversas cosas. Oye-

ron las horas de la Catedral y el canto del sereno. A la una de la madrugada cruzó por la carretera un coche, en un tumulto de cascabeles y de risas.

— Usted ve — le dijo Bermúdez á don Alfredo —; aquí, como en todas partes, se vive... Esos vienen de una juerga; pasarán por los arcos antiguos con una curda muy contemporánea, y mañana irán á confesarse. ¡Lo divino y lo humano! Lo que yo le digo á usted...

La luz eléctrica comenzó á temblar. Luego fué enrojeciéndose paulatinamente, y don Alfredo y Bermúdez se quedaron á obscuras. Por frente á ellos pasó la cocinera con una vela encendida. Entonces Bermúdez dió varias vueltas por la sala, y concluyó por marcharse dando las buenas noches.

Don Alfredo, al verse solo, sintió una gran melancolía. A tientas fué hasta su gabinete. Aquí encendió una cerilla; la sostuvo, como un cirio, debajo del retrato de Luisita, y se acostó después.

V

El día del Carmen, por la tarde, don Alfredo y Bermúdez iban dando un paseo por Avila. Se habían detenido frente á la Basílica de San Vicente, un monumento nacional de estilos combinados, entre los que predominan el románico y el bizantino.

La puerta mayor causó viva admiración en don Alfredo. Una columna realiza el doble ingreso de medio punto, y sobre el capitel de ella y bajo la cornisa del dintel, que remata en dos cabezas de toro, está el Salvador sentado, muy bizantino, de una longitud y delgadez dignas del Greco. También son de un bizantinismo bellamente extremo diez apóstoles que están de pie, coronados por hermosos capiteles corintios, de donde parten cinco arquivoltas como cinco guirnaldas.

Don Alfredo contemplaba todos los motivos ornamentales é iba de un apóstol hierático á otro encogido que muestra el perfil judaico en un violento escorzo á lo Joan de Joanes. Sobre todo el relieve había el misterio de lo raro y de lo antiguo, y don Alfredo se entregaba á él mientras Bermúdez encendía un pitillo tras de otro y miraba el juego de dos muchachos que en el atrio querían escalar unos sepulcros góticos.

Habían pasado la muralla por entre los torreones de la gran puerta militar y por el portillo que se abre en el muro del fondo. Iban por callejuelas empinadas y angostas, con piso de guijarros y tortuosas aceras de granito. Allí abundaban las casas de planta baja y de aspecto campesino.

De distancia en distancia aparecía alguna, vieja y señorial, con un zaguán sombrío y con su escudo de piedra en el dintel. Por encima de alguna tapia brotaban temblorosas, bajo el cielo radiante, las copas de las acacias. De tiempo en tiempo, en el fondo de una calle ó al doblar una esquina, se destacaba la fábrica

de una iglesia, en cuyas torres habían anidado las cigüeñas.

Bermúdez se detuvo para contemplar una de estas aves que, desprendiendo sus largas patas de lo alto de un campanario, abría las alas para remontarse á lo azul.

Don Alfredo miraba entretanto una casa de severidad conventual. Las jambas y el dintel de la puerta eran de piedra berroqueña con inscripciones góticas. En el zaguán, en una hornacina enrejada, había una imagen entre dos lámparas de aceite. Una portezuela dejó entrever á don Alfredo un patio de columnas por donde pasaron, primero, un anciano de nobles barbas blancas, y después, una joven alta y pálida, vestida de negro.

Pronto abandonaron las calles solitarias y fueron por los soportales de una plaza hasta llegar á las del centro.

Los balcones estaban engalanados con viejas colchas de púrpura y con blancas cortinas de cenefa azul. En los balcones había jóvenes sonrientes y personas mayores de mirada apacible. Predominaba la ropa de luto, y los ves-

tidos claros de algunas muchachas eran una mancha de alegría.

Don Alfredo preguntó á Bermúdez:

—¿Qué es hoy?

—¿No lo sabe usted?.. El Carmen. Va á haber procesión.

Comenzaron á sonar algunos cohetes y las campanas de varias iglesias. Don Alfredo y Bermúdez se situaron en la plazoleta del Palacio Episcopal, sombreada por acacias, y esperaron la procesión. Cerca de ellos se iban colocando algunas personas: matrimonios rodeados de hijos, mujeres del pueblo con amplios refajos, mozas con el pelo lustroso partido en dos, cadetes de Administración militar, de marcial continente y fiera mirada bélica... Proseguía la detonación de los cohetes y la sonoridad de las campanas. Luego llegó el rumor de una música. La procesión se acercaba. Ya, por lo último de una calle, venía un sacerdote con cruz alzada entre otros dos conduciendo los ciriales...

Las mujeres comenzaron á santiguarse y los hombres á desprenderse de los sombreros. Ber-

múdez y los cadetes, llenos de irreverencia, permanecieron cubiertos. Don Alfredo le dijo á Bermúdez:

—¿Por qué no se quita usted el sombrero?

—Porque lo que nos pierde es la tolerancia y el respeto á esta gente.

—Hombre, eso es lo que hay que tener...

—No, señor. ¿Respetan los clericales algo que tenga aspecto liberal? Esta misma mañana, en la barbería, un cura rompió el *Heraldo*, diciendo que era una vergüenza que allí se recibiese la mala prensa. Si yo llego á ser el barbero le rompo las narices al sacerdote, se las hago tantos pedazos que no le quedan ganas...

—Bueno, cállese usted... Todos los sacerdotes no son iguales. Mire, ya tenemos aquí la procesión...

Habían pasado los ciriales y seguía una doble hilera de congregacionistas del Carmen. Todos llevaban sus escapularios y un cirio encendido, que goteaba la cera en una arandela de lata. Iban viejas gruesas, cojas y esqueléticas; vírgenes que sonreían á los cadetes, solteronas con los labios fruncidos, vestidas de há-

bito, y hombres de diversas edades llenos de seriedad. Dos carmelitas descalzos andaban de un lado á otro, dando al viento sus capas blancas, y utilizando los cirios para alinear y conducir á las ovejas.

Las imágenes, en sus andas, iban pasando por entre los fieles. Santiago, á pie, con un moro á manera de pedestal; Santa Teresa, vestida de doctora, con borla y muceta blancas, levantada la pluma sobre un libro para escribir en él los conceptos místicos que la paloma sacra le inspira; San Roque con su bordón y el perro que le lame la llaga y, por último, Nuestra Señora del Carmelo, con su niño Jesús y sus escapularios, sobre los hombros de cuatro carmelitas de grande y reluciente tonsura.

Después de los congregantes venían los padres de la orden, cabizbajos, con la blancura de sus capas y con la humildad y la miseria de sus pies, casi descalzos. Un fraile grueso lanzaba sobre la gente el humo del incienso. Algunas señoras se desvanecían. Unos dominicos, con sus capas negras, iban también en el cortejo. Detrás de todo una música de pue-

blo tocaba desconcertadamente. Algunos chíquillos la seguían... Dejó la procesión la plazuela episcopal y fué subiendo por una calle, en la que hubo una lluvia de pétalos de rosas para la Virgen del Carmen.

Cuando los espectadores acabaron de disolverse, Bermúdez le dijo á don Alfredo:

—¿No vió usted á la familia del señor Batalla?

—No la conozco.

—Pues iban el padre, la madre y las tres hijas, cada uno con su cirio. A la pequeña se le había apagado. Poca devoción tiene ésa... Pero ¿ha visto usted cuánta gente estúpida?

—¿Qué gente?

—La de la procesión.

—Yo no la creo estúpida, amigo Bermúdez. Me parece que ejercita un derecho, y todo lo que tiene apariencia de acto libre debe respetarse.

—Es que esa gente no es libre, sino esclava.

—Según usted; porque ella pensará lo contrario. Los hombres, amigo Bemúdez, son diferentes entre sí: uno acata opiniones que otro

rechaza, y éste se ríe de lo que á otro infunde religiosa veneración. Debe, pues, dejarse el juicio individual en libertad completa para que entienda cada uno la religión como le plazca y no juzgue de la piedad ó impiedad, de la buena fe ó de la perfidia de los demás, sino por sus obras. Esto, que tal vez le parezca á usted una trivialidad, lo dijo Spinoza.

Bermúdez contestó:

—No conozco á ese señor Espinoza; pero desde luego estoy conforme con lo que dice, porque la libertad de conciencia permite las conversiones recíprocas, y porque con ella pueden evangelizar los ateos y los creyentes. En la lucha entablada entre el racionalismo y la religión católica, el primero lleva todo género de ventajas. Todo racionalista es sincero, porque no habla sino de lo que comprende, y entre los católicos tanto abundan los ingenuos, esto es, los supersticiosos, los que buscan para todo la cómoda resolución de lo sobrenatural, como los hipócritas y los hábiles que se aprovechan de la gran fuerza de toda religión, que no es otra sino el temor que origina en los

espíritus mediocres y timoratos. Esto creo yo serenamente, don Alfredo, yendo al fondo de la cuestión. La lucha es de potencia á potencia. La Iglesia es el señor Batalla; el Estado soy yo. Vamos á pegarnos, á ver quién puede más...

—No; no se peguen ustedes. Contemporicen...

—No, señor. Nada de mansedumbre; nos pegaremos, y el que caiga es que no tiene razón.

—Sí, pero van ustedes á estar forcejeando mucho tiempo, y no vale la pena...

—Ya lo creo que vale...

Pasando por otra de las grandes puertas de la muralla, don Alfredo y Bermúdez habían llegado á la plaza del Alcázar. Don Alfredo miró los dos torreones y la robusta torre del homenaje, almenada en su altura y en el matacán que la circunda. Desde aquel punto se veía parte del valle Amblés, con sus montes azules recortándose en el horizonte. En el fondo de la plaza jugaban varios niños en torno á la estatua de Santa Teresa, y dos mujeres enlutadas salían de una iglesia de hermoso venta-

nal románico. Bajo las acacias del paseo había grupos de hombres y mujeres del pueblo. Algunos soldados iban de un lado á otro. Unas muchachas llegaban de la fuente con sus cántaros sobre las caderas. Por los soportales discurrían varios sacerdotes y militares, y de cuando en cuando unas señoras entraban en alguna tienda ó salían de ella agitando sus abanicos.

Comenzaba á anochecer. Las iglesias daban el toque de oración, y una tras otra iban encendiéndose las bombillas eléctricas de fluido débil y tembloroso.

Don Alfredo y Bermúdez llegaron al fondo de la Catedral y se detuvieron frente al gran ábside en forma de torreón.

En lo alto, una muchedumbre de vencejos entraba y salía por los claros de las almenas dando al aire su graznido estridente. En la luz difusa del crepúsculo todo el aspecto religioso desaparecía: quedaban los matacanes y el torreón almenados con su espíritu dominante y guerrero. Don Alfredo pensó en los tiempos bélicos de la Iglesia; pensó con admiración en

los papas conquistadores; en los obispos y en los abades que tanto subían al púlpito como á los adarves de las fortalezas. Aquellos tiempos de lucha le parecían de más franqueza, más generosos que los de ahora. En la actualidad la Iglesia, espontáneamente ó á la fuerza, se había hecho diplomática y sutil. Ganaba sus batallas en la Bolsa, en la industria y en el comercio. Hacía política como antaño, pero no se batía. El confesonario era el mejor reducto, y las bulas y pastorales, las mejores arengas. Aunque Bermúdez lo dudase, la Iglesia era todavía fuerte, y, sobre todo, era progresiva. La Compañía de Jesús creaba nuevas generaciones de creyentes. La Adoración Nocturna tenía adeptos en todas partes, y la Congregación del Reino Eucarístico triunfaba en las naciones latinas. Pero Francia...

Y cuando iba á entrar en este orden de pensamientos, Bermúdez le interrumpió para señalarle á la familia del señor Batalla, que regresaba á su casa de vuelta de la procesión. Delante del matrimonio iban las tres hijas con el hábito del Carmen y unos sombreros que

inspiraban lástima á Bermúdez. Un cura joven las acompañaba.

—Vea usted, don Alfredo; va precisamente al lado de la pequeña. ¿No podría ir junto á la mayor, que olerá más á santa?

—Es que la mayor no necesita, como la pequeña, que apuntalen su fe.

—Es simpática la tercer Batalla. Lo mejor de Avila. ¿Quiere usted que nos adelantemos para verla?

—Lo mismo me da. Vamos.

Se adelantaron, y al pasar junto al señor Batalla, éste se quitó el sombrero hasta los pies; la mujer descubrió las encías para dar las buenas noches y las tres hijas hicieron tres reverencias, acompañada de una sonrisa la de la menor. Esta muchacha tenía unos ojos negros llenos de luz, y unos labios rojos y provocadores. Contemplándola don Alfredo tuvo un estremecimiento sensual. Bermúdez debió de estremecerse también, porque dijo entre dientes:

—¡Buen bocado!

Aquella misma noche Bermúdez consiguió llevar á don Alfredo á la tertulia del señor Batalla. Se celebraba en el corral, y don Alfredo tuvo que ir por la cocina, donde, sin querer, se halló frente á frente de la cocinera. Los ojos azules de ésta le deslumbraron. En la parte descubierta del corral estaba el propietario con su familia. Las tres hijas bordaban á la luz de un quinqué, y la mujer tenía al perro de lanas en el regazo. Al ver á don Alfredo, que apareció detrás de Bermúdez, el señor Batalla se levantó, se dobló, se empinó sobre sus piernas torcidas.

—¡Cuánto honor! — exclamó —; creía no verlo nunca por aquí. Todos los días le preguntaba á Bermúdez: Pero don Alfredo, ¿por qué no viene?..

Don Alfredo respondió con atentas palabras y aceptó la silla que Batalla le brindaba. Este y Bermúdez comenzaron á hablar como antiguos amigos, y de tiempo en tiempo pedían parecer á don Alfredo. La conversación era respetuosa. La presencia de don Alfredo cohibía al señor Batalla y le llevaba á seguir la co-

rriente á Bermúdez, y casi hasta tolerarle algunas expresiones heréticas.

El corral estaba separado de la cuadra por una puerta de alambre, en la que se enredaba una trepadora, de entre la cual surgía el resplandor verde de una luz escondida. En el cielo todas las constelaciones alumbraban, y don Alfredo levantó los ojos para buscar á Syrio, á Casiopea, y para seguir el rumbo misterioso de la Vía láctea... Después miró á las tres muchachas, que seguían bordando, con las caras un poco encendidas por causa de él. Una vez, los ojos negros de la pequeña se encontraron con los suyos, y la muchacha volvió á su bordado sofocada de rubor.

Don Alfredo no atendía á la charla de Batalla y Bermúdez, que ya estaban en franca discusión religiosa. En su alma se adormecía el recuerdo de los ojos verdes. Unos ojos negros, llenos de presentimientos, le habían contemplado hasta que los suyos, soñadores y tristes, se encontraron con ellos...

VI

Don Alfredo acabó por acostumbrarse á la vida de esparcimiento inofensivo que su secretario le había propuesto.

Los dos comenzaron el rodeo de las murallas por la puerta de San Vicente. Iban un buen trecho al ras de los torreones contemplando su perspectiva. Tenían algunos los cimientos socavados y á otros iban mermando la altura montículos de tierra y de cascote. En los huecos formados por cada dos torreones hozaban algunos cerdos negros, y de vez en cuando un hombre ó un muchacho se estaba un rato en cuclillas y luego ponía orden en la ropa mirando á todas partes.

Al pie de los terraplenes, en pendiente casi recta, veían una carretera y otro camino

paralelo á ésta. Eran los arrabales del Norte de la ciudad, con tierras de sembradura y casas aldeanas. En ellos se levanta el convento de la Encarnación, sin arquitectura, con el aspecto de una granja, seguido de un huerto de frondosos álamos, bajo los cuales transcurrieron los días juveniles de Teresa de Jesús.

Cerca de la carretera, por entre los álamos, hay una torre mudéjar. Algunas otras ermitas se asientan en el valle. Un cementerio viejo, sembrado de centeno, da una impresión de paz.

Don Alfredo y su amigo entraban luego por un paseo que corre por un círculo de la muralla desde el cual se divisa un paisaje pintoresco y grato: el valle Amblés con sus tierras feraces, con parcelas amarillas y verdes y las manchas cárdenas, grises, casi negras de los barbechos; álamos y acacias señalando el límite de los caminos; ermitas blancas con un huerto al fondo; casas aldeanas de portales en arco y tejados vetustos... Un río de escaso caudal va espejeando por el valle y deja casi seco, con charcos llenos de luz, el terreno en que se de-

rrumba, poco á poco, un puente romano... Frente al paseo dos fábricas levantan sus chimeneas y una herrería da, de cuando en cuando, los relámpagos rojos de su fragua... Sobre el horizonte las montañas se erigen suavemente con sus tonos parduzcos y con sus tonos azules y luminosos en la altura.

Don Alfredo tuvo que rectificar su impresión sobre el paisaje de Avila. El que podía ver desde su terraza era triste, yermo; pero el valle Amblés, rico de color y de líneas mórbidas y enérgicas, le daba una impresión de suavidad y de optimismo.

Bermúdez también le acompañaba á los paseos de la ciudad, apacibles con sus largas alamedas y sus bancos hechos de antiguas piedras con inscripciones góticas. Al desmayar el sol ambulaban por ellos algunos ancianos enlutados que daban unas vueltas y se sentaban luego en un banco, frente al estanque de agua quieta y verde, en la que se reflejan dos niños de hierro cubiertos de musgó y de orín. Algunos chiquillos corrían de un lado á otro. Mujeres vestidas de negro hablaban sentadas

en un banco. Por las alamedas laterales aparecían grupos de curas, que después se perdían entre los árboles...

Don Alfredo se recluía en un paraje solitario para dedicarse á la meditación. Mientras hacía esto, Bermúdez se iba á la carretera, sin temor al polvo, para ver llegar los coches de la estación.

Don Alfredo experimentaba entonces la nostalgia de una mujer. Luisita, no. La mujer con que soñaba debía ser casta, debía ignorar todo vicioso sensualismo. Don Alfredo estaba hastiado de los amores de fuego, de las noches dementes, de las lujurias venenosas é infernales. No, ni los ojos de ajenjo, ni los labios de vampiresa, ni las serpientes blancas de los brazos de Luisita... Una mujer nueva, de carne pura, en la que todo fuese bondadoso y tibio. En vez de la cortesana, la esposa. En vez de la gozadora infecunda, la mujer ennoblecida por la maternidad. Y luego un hogar: el hombre redimido, amante sin lascivia, filósofo sin pesimismo... Los hijos. Y la frente que se hace venerable con las canas... Y vivir así,

una vida tranquila, de patriarca, de varón bíblico, fuerte, generoso y manso. Y vivir sin temor al pecado, del cual conocía y odiaba ya todas las voluptuosidades.

Bermúdez, regresando de la carretera, distraía de su sueño á don Alfredo.

La amistad de este último con la familia del señor Batalla se había hecho menos cumplida. Don Alfredo intervenía espontáneamente en las discusiones de Bermúdez y el propietario, y hablaba acerca del tiempo con las tres muchachas, que no dejaban de bordar. La más silenciosa de las tres era la pequeña. Raras veces levantaba los ojos negros del bordado. Cuando sabía que Don Alfredo la miraba sonreía suavemente y se ruborizaba. Don Alfredo averiguó su nombre: se llamaba Asunción.

A media tarde, las tres hermanas estaban en el corral. Las palomas se iban junto á ellas, y una muy blanca, con el pico color de rosa, se posaba en el hombro de Asunción. Asunción la acariciaba con su mano blanca, y entonces la paloma abría sus alas para sostenerse algún tiempo en el aire, como si tuviese la divinidad

del Espíritu Santo. Don Alfredo amaba á esta paloma, y al verla en el hombro de Asunción, se inflamaba de pasión por aquella virgen de ojos negros que bordaba entre arrullos y flores bajo el cielo azul de las tardes de estío.

Bermúdez, en una ocasión, le dijo:

—Usted está enamorado de Asunción...

—¡Usted qué sabe?

—¡Vaya!.. Y no está mal Asunción. Cásese usted con ella. Les conviene á los dos. La mujer propia es útil. A usted, que ya la ha corrido, le irá bien en el matrimonio. La muchacha es humilde. No le arruinará.

—Bueno, amigo Bermúdez; lo pensaré. Aún no se me ha ocurrido decirle nada á la muchacha.

—¿A qué espera?

—Para eso nunca debe haber prisa. ¡Casarse! La palabra es tremenda. ¿Sirvo yo para tal cosa? ¿Debo ir al matrimonio con el adulterio preconcebido?

—Naturalmente. El hombre debe hacer suyas cuantas mujeres pueda. A una se le dice: «Me gustas. ¿Cuánto?» A otras: «Me agrada

usted... Condiciones.» Unas piden coche, otras una mensualidad, y cierta clase pide la bendición. Pues bien: yo me dejaría echar la bendición con la misma tranquilidad con que me dejo sacar diez duros. Igual me da. Cuando una mujer me aburra he de distraerme con otra. La única ventaja que veo en el matrimonio es la seguridad, bastante relativa, de la mujer propia. ¿Usted se cansa de la querida? Pues vuelve á la mujer, y le parece nueva. Cada adulterio con que se la ofende es un bien para ella, porque el deseo nace de la comparación. Un gran adúltero es un gran marido, porque sabiendo amar á todas las mujeres no dejará de amar á la suya.

—Rechazo la teoría de usted — repuso don Alfredo —, no en general, sino en lo que á mí se refiere. Ya sabe usted que jamás extiendo mi parecer á la categoría de regla. No; á mí me conviene una cosa y á usted otra. Un hombre saludable y vicioso, aunque parezca paradójico reunir ambas cosas, como usted, no puede comprender la monogamia. Pero yo la comprendo, amigo mío, en los siguientes casos: el

mío: hombre cansado, enfermo, casi impotente; hombre que, por ley fisiológica, tiene que hacerse místico y contemplativo y casto, porque la carne ya siente la frialdad del tedio. Otro caso: el hombre fuerte, pasional, sano, de ideas limpias y rudimentarias, que se casa por amor. Un caso más: el del católico sincero que no falta por miedo á la sanción eterna, que domina, que ataraza á la carne...

—Ese no existe — interrumpió Bermúdez.

—¿Y por qué no? En la religiosidad, en el fanatismo, si usted quiere, hay una gran fuerza de contención. Un pensamiento sobre las hogueras infernales aplaca el deseo pecaminoso como una ducha de agua helada. Una oración es un salvoconducto... Un disciplinazo, una sustitución de voluptuosidad erótica, tal vez una voluptuosidad mayor.

Bermúdez se quedó reflexivo.

—Sí, hombre — continuó don Alfredo —; y queda aún la lujuria, el erotismo del cerebro para sobreponerse al sexual. Precisamente aquí, en Avila, hay un ejemplo: el de Santa Teresa. Santa Teresa fué una mujer fuerte, alta,

hermosa, si no con hermosura distinguida, con esa gracia de las caras redondas, de los ojos intensos, de las mejillas rojas y los labios gruesos. Era una mujer constituída para el amor y la maternidad; pero tenía demasiado talento. Nacida en la Edad Media habría realizado heroísmos, y en la corte de un rey casquivano y poderoso habría sido la reina. Aquella mujer tenía que sobresalir por su ansia de aventuras y por su ansia de saber. Santa Teresa, amigo Bermúdez, es el Don Quijote hembra. En lugar de una lanza, un báculo; en el sitio de la adarga, una cruz. De niña escribió un libro de caballerías, y luego, inflamada por las historias de santos y martirios, huyó de su casa hacia una tierra lejana, donde habrían de martirizarla. Su ideal, ciertamente, no era tan géneroso como el de Don Quijote. Su ideal era llegar á la vida mística: esperaba una alta vida y se moría de nostalgias de ella, porque la muerte se la retardaba. En el tránsito de la impubertad al estado núbil su naciente beatitud flaqueó. En este período la vida de la Santa se hace misteriosa y secretamente trágica. Entonces es

cuando libra la gran batalla... ¿El espíritu? ¿La carne? Considere usted... El cerebro entregado ya á sutilezas teológicas, dado á trascendentales consideraciones sobre la vida eterna. Y la materia realizando sus funciones fatales, haciendo de la niña una mujer con necesidades físicas. Se trataba de una mujer robusta. La batalla debió de ser cruel. Pero venció el cerebro, el misticismo exaltado que veía junto á un destello de gloria una llama infernal. Hubo, pues, un caso de asexuación voluntaria, de autosugestión ascética. Y todo el amor humano, todo el mundo de sensaciones físicas que derribaban la fe y el temor religiosos, se convirtió en otro de placeres místicos y de erotismos cerebrales. El cuerpo se desmayaba á los tormentos del alma, y con las enfermedades que lo debilitaron se hizo inmune para toda lujuria que no fuese ultrahumana. Quedó siempre en la Santa una preocupación erótica. En los cielos de sus especulaciones místicas habitaban ángeles de suprema belleza que le atravesaban el corazón con un dardo de oro encendido. Dice la Santa en un pasaje que re-

cuerdo de memoria: «Este me parecía meter por el corazón algunas veces, y que me llegaba á las entrañas: al sacarle me parecía las llevaba consigo, y me dejaba toda abrasada en amor grande de Dios. Era tan grande el dolor, que me hacía dar algunos quejidos, y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor, que no hay que desear que se quite, ni se contenta el alma con menos que Dios.» No parece sino que habla una mujer que ha hecho el sacrificio de su virginidad en el ara de un amor deseado. Hay en todas las palabras del pasaje una verdadera delectación, un profundo acabamiento erótico, una voluptuosidad inefable... «y me dejaba toda abrasada...» «y tan excesiva la suavidad que me pone este grandísimo dolor...» ¿No ve usted? Yo no ignoro que hablar así es cruel para oídos católicos. Pero usted, Bermúdez, no ha de denunciarme al Índice, ni yo tendría empeño en escribir estas cosas. Creo, y por eso yo, que lo respeto todo, hablo así, que todas cuantas cosas se refieren al hombre tienen puntos de vista para el psicólogo y para el fisiólogo. La

transverberación de Santa Teresa puede ser meditada al pie de los altares y estudiada en las cátedras de ciencia positiva. Los místicos deben poner sus ojos en los cielos. Los positivistas deben hablar de excitaciones nerviosas, de visiones y ensueños, de todos esos fenómenos que, siendo físicos, están llenos de misterio é indecisión para la mayor parte de los hombres.

—¿Y cómo me explica usted—dijo Bermúdez—que en el corazón que se conserva de la Santa se vea perfectamente la herida de la transverberación? ¿No está en eso el alma del asunto? ¿No está allí el milagro? Vamos, se queda usted callado: no sabe qué responderme. Pues yo resuelvo la cuestión en seguida. A mí que no me vengan con cosas sobrenaturales. Es imposible vivir con el corazón herido, y según me dijo el señor Batalla, porque ya hemos hablado largamente de esto, Santa Teresa vivió «por gracia del cielo» treinta y tres años con el corazón inútil. De manera que «por gracia del cielo» todo eso de la circulación de la sangre es una broma y se

puede vivir tranquilamente con una rasgadura que atraviese el corazón desde una aurícula hasta un ventrículo, ó sea, con menos ciencia, de parte á parte, como puede verse en el de Santa Teresa que se conserva en Alba de Tormes. Yo no he visto sino una fotografía: me la enseñó el señor Batalla. La herida se nota sin ningún esfuerzo. Y ¿sabe usted lo que yo le dije al señor Batalla de un modo brutal, devolviéndole su fotografía?..

—¿Qué?

—Le dije: «señor Batalla, esta herida ha sido hecha al realizar la autopsia ó desmembramiento de la Santa; es lo único lógico, lo único que yo puedo aceptar...» «¡Quite usted, me dijo indignado el señor Batalla; su impiedad no tiene nombre! ¡Es horrible! ¡Qué herejía! ¡Qué sacrilegio!» Las hijas y la mujer se santiguaron y Asunción me miró horrorizada. El señor Batalla besó varias veces la fotografía volviéndome la espalda.

—¡Hombre!—exclamó don Alfredo—, no debió usted decir eso. Es una ofensa, un sarcasmo para los creyentes... ¿Con qué derecho les

niega usted la eficacia de lo sobrenatural? Las teorías que usted ponga frente á las de ellos ¿no serán también dudosas? Mire usted, yo, en fuerza de ser escéptico, he llegado á pensar que no hay más realidad que la de las creencias firmes. La fe es la vida. El que cree vive mejor que el que no cree, porque vive en línea recta, porque se evita toda la ondulación, toda la variedad de la duda. Pero yo no sé si el caso está en vivir bien ó en vivir mucho y sólo el que duda hace de la vida un espectáculo lleno de diversidades... Yo diría que el primer creyente fué un gran filósofo que, cansado de investigar, se dijo: «voy á explicarme cuanto ignoro deteniéndome ante lo sobrenatural.» Luego el filósofo se prosternó y halló más cómodo vivir así que andar por la vida interrogando á todo lo que vive... El escéptico camina todavía haciendo sus interrogaciones... Pero vea usted, Bermúdez, que á lo sobrenatural no se ha llegado de pronto y piense usted que todo cuanto ha tenido una evolución laboriosa, se ha ido arraigando y fortaleciendo mientras evolucionaba. Yo vuelvo á pregun-

tarle: ¿con qué derecho niega usted la eficacia de lo sobrenatural?

—¡Con la ciencia, con el progreso, con la luz!...

—No, hombre, no; ¡si aún estamos en las tinieblas! ¡Si no hay nada más hermoso que la fe! ¡Y el milagro es tan suave, tan poético! Es una flor. No la destruya usted, implacable amigo, respétela, deje que cada uno...

—No—dijo casi indignado Bermúdez, arrojando lejos de sí la punta de su cigarro—; reclamo el derecho á ser brutal, para poder tener sinceridad y para extirpar los prejuicios supersticiosos y milagreros. Me obliga usted á recurrir á mi pobre cultura del Larrousse: hay que convertir á los hombres al panteísmo... No hay milagros. No hay santos ni réprobos. No hay más que dioses, y todo es Dios. No hay más vida que la terrena ni más inmortalidad que la de la materia, transformable é infinita. No hay más jerarquía que la de la fuerza. ¡Seamos fuertes, seamos dioses! ¡Abajo las vidas inútiles! Y tan inútil es la de usted, escéptico, como la del santo que, en resumen, se sacrifica

por el interés de la vida paradisíaca y que hace méritos para el cielo cuando todo esfuerzo se necesita para mejorar la tierra... No soy yo, hombre ignorante, sino usted quien debería hablar así.

—No—respondió don Alfredo—, nada me obliga á ello. Como no creo en la redención de los hombres, ¿para qué luchar? Me conformo con redimirme á mí mismo. Soy bueno porque soy inofensivo. Esas cosas que se llaman el Bien y el Mal van aparejadas. El dolor está en todos los pechos, y tanto respeto el de la humanidad burguesa como el de la proletaria. ¿Usted ha encontrado á un hombre más digno de compasión que á otro cualquiera? Yo no. Todos me merecen un mismo sentimiento indefinido: no sé si lástima; no sé si amor. No creo en la lucha de clases. Exteriormente veo gente limpia y gente sucia. Por dentro todas son iguales. El pueblo tiene todas las desdichas de la clase alta, y además hiede... Déjeme usted, Bermúdez, en mi paz y en mi egoísmo. ¿El señor Batalla cree en Dios? ¡Muy bien, señor Batalla! ¿Mi grande amigo y secretario

Bermúdez no cree? ¡Muy bien, señor Bermúdez! ¿El señor Batalla es amigo de los pobres según la regla de San Vicente de Paúl? Está bien. ¿El señor Bermúdez prefiere las teorías de Tolstoi ó de Emilio Zola? Me parece admirable. Yo he reducido el mundo al mundo de mis sensaciones y la patria á mi casa. ¿Que España es una nación atrasada y pobre? Pues yo vivo en Madrid con tantas comodidades exteriores como en París ó en Petersburgo. ¿Que el sufragio universal es una mentira? ¡Si yo no voto! ¿Que la Iglesia nos mata? A mí no, que ni tengo mujer que me confiese ni hijos que me eduque. ¿Se anuncia una algarada revolucionaria?, ¿los obreros se ponen belicosos? ¡Bermúdez, vámonos en el sudexpress de esta tarde! Nada... Vivir sin molestar; sin ser diputado, ni gobernador, ni autor dramático... No admirar á nadie, ni querer, ni odiar... Ven acá, mujer que me agradas, ¿eres fácil?... Sí... Pues ven. Este Don Juan no puede conquistarte... ¡Ay, Bermúdez!..

Y don Alfredo, en su asiento, tuvo un gran desmayo de pereza y de tedio. Bermúdez, re-

flexivamente, encendió otro cigarro. Estaban en el comedor. La cocinera dejaba los platos sobre la mesa y producía con ellos un ruido agradable. En el jardín los pájaros cantaban, y á lo lejos se oía el redoble de un campanario. Don Alfredo se levantó y fué á la terraza. Un tren largo y monótono describía una recta en la llanura. Por la carretera pasaba un cochecillo con un anciano enfermo. Sobre la ropa negra del criado que lo arrastraba, la faz macilenta y las barbas blancas del inválido, resaltaban y parecían una máscara antigua donde se hubiese simbolizado toda la infinita amargura de la vida.

VII

Pocos días más tarde, viendo llover, don Alfredo reflexionó acerca de su vida futura. La lluvia caía generosamente sobre la ciudad de piedra, seca y polvorienta. Refrescaba los muros, las torres señoriales, las cúpulas de las iglesias, las alturas donde triunfa el sol. Limpiaba los árboles y las techumbres, y era una gracia fecundadora para los campos agostados.

Bermúdez tuvo que quitar sus pájaros del jardín. El señor Batalla y sus hijas se habían guarecido en la parte cubierta del corral. Sobre los guijarros el agua estallaba, y luego se esparcía por las junturas, formando cauces minúsculos que iban á parar al lago que en el centro formaba el declive del suelo.

Don Alfredo fué por toda la casa. En la senda del jardín la parra desprendía las gotas y la hiedra las conservaba en sus hojas como cristales irisados. En el suelo había regueros de agua, donde temblaba la luz, difusa y apacible como resplandor de otra más viva y lejana... El agua caía sonoramente en los tejadillos y canales de cinc, y se precipitaba á tierra en chorros transparentes, que á veces se rompían sobre una rama ó sobre una hoja en mil aristas luminosas.

La carretera estaba enlodada, y por junto á la acera iba un riachuelo de agua cenicienta. Los torreones y el arco de la puerta de San Vicente ponían indeciso, sobre el cielo turbio y blanquecino, el dibujo de las almenas. Don Alfredo vió pasar á un arriero con tres mulas estremecidas bajo la lluvia. Vió pasar una diligencia con el cuero de la baca rezumante y lustroso; una mujer con los refajos en la cabeza, y un sacerdote alto que se amparaba en el paraguas inmenso.

Don Alfredo, aspirando el vaho de la tierra húmeda, pensaba en su vida futura. En el co-

rral había visto á Asunción bordando con sus dos hermanas. La había visto seguir el vuelo de las palomas al comenzar la lluvia. La paloma blanca no se apartaba de ella para esconderse con las otras en las vigas de la cuadra. Los ojos negros se levantaban de tiempo en tiempo para mirar al cielo, y luego naufragaban en los charcos, donde también podía verse el cielo reflejado...

¡Aquellos ojos negros! Don Alfredo miró el retrato de Luisita. Los ojos eran dos gotas de agua verde y venenosa, dos florecimientos de una planta de maldad y de ensueño, y comprendió que, en adelante, debería amar los ojos negros de Asunción, que eran plácidos y maternales, y que sólo tenían una tibia sospecha del amor.

La lluvia iba aplacándose. Al primer destello de sol un gallo elevó su canto por los aires. Entonces don Alfredo sintió en el alma una ráfaga de optimismo y de fe, y habría buscado á Bermúdez para decirle: «No me haga caso la mitad de las veces; tengo horas de atroz misantropía; pero, ya ve usted, una lluvia pró-

vida, un rayo de sol y el canto de un gallo me han puesto alegre, humano y humilde. Me parece que voy á amar á Asunción. Tengo celos de una paloma blanca...» Bermúdez habría oído con mucho gusto á don Alfredo; pero en aquel momento escuchaba las reflexiones de su querida acerca de la lluvia y del amor de los hombres.

Los paseos por Avila y las visitas á las iglesias seguían haciéndolos don Alfredo y su secretario al caer de la tarde.

Cuando estuvieron en San Vicente, bajo las altas bóvedas de cañón corrido, don Alfredo admiró la confusión de estilos; los arcos románicos con una suplantación ojival, los capiteles con la armonía helénica del acanto, con la fantasía mitológica de aves y de cabezas de animales quiméricos. La luz, al través de las ventanas ajimezadas, era turbia y soñolienta, y se desmayaba en los retablos dorados, ampulosos, retorcidos en toda la exaltación del gusto churrigueresco. Don Alfredo pensó, mirando

los fustes salomónicos, por los que se enroscan pámpanos de grandes racimos, las cornisas sinuosas y los ángeles portadores de guirnaldas, en que toda aquella ornamentación complicada y extraña parecía llena de un temblor teológico. Cada retorcimiento era una sutileza doctoral; cada curva atrevida, la insinuación de un cisma. ¡Oh, aquel extravagante don Juan de Churriguera fué un gran simbolista! Y don Alfredo, mirando los retablos, recordó versos raros aprendidos de memoria en París, en plena adolescencia de lirismo y de vicio, y tuvo un recuerdo de español para don Luis de Góngora.

Bermúdez, entretanto, escuchaba las referencias arqueológicas é históricas que acerca del hermoso templo le iba haciendo un sacristán corcovado, en el que don Alfredc encontró la gracia rebelde de un motivo del propio Churriguera. El sacristán explicaba el paso de los siglos por aquel templo desde que un judío converso puso la primera piedra en la época de la persecución de los cristianos hasta los días actuales, en los que se comenzaba una restaura-

ción tan detenida y sensata que exigía treguas de años enteros.

Bermúdez supo que aquel judío era un viejo desenfadado y cínico que vivió en Avila en el siglo VI vendiendo collares de dientes de cristiano. Una vez, Daciano, lugarteniente del César en España, mandó matar á tres hermanos llamados Vicente, Sabina y Cristeta, jóvenes, hijos de la comarca abulense, y todos tres encendidos en la fe de Cristo. Los soldados de Daciano martirizaron al mancebo y á las dos vírgenes, que doblegaban las cervices para recibir tan dulce muerte, y arrojaron después los tres cadáveres á un peñascal. Entonces, el judío, antes de que una bandada de cuervos se cerniese sobre ellos, se abalanzó á los cuerpos beatíficos, atraído sin duda por los dientes de marfil de las vírgenes. Pero Dios, que presenciaba entre dos nubes el espectáculo, no quiso tolerar el sacrilegio y dió orden á su antigua enemiga la serpiente para que saliese del centro de la tierra y ahogase al hebreo. La serpiente brotó por el hueco de una peña y se enroscó al judío. Éste, agonizante, abjuró de sus falsas

creencias, y en seguida la serpiente, á una nueva indicación del Señor, se desenrolló lentamente, hizo resonar sus escamas y se volvió al centro de la tierra. El judío, milagrosamente convertido, vendió cuanto marfil tenía, y con los talentos que por él le dieron levantó una ermita, donde, con sus manos de logrero, ya santas, dió sepultura á los mártires.

El sacristán ilustraba su narración mostrando á Bermúdez un sepulcro de piedra blanca con relieves que representan la vida y el martirio de los santos. El sepulcro está cubierto por un baldaquino del siglo xv. Su techo, en pirámide apuntada y de ángulos ligeramente cóncavos, hizo recordar á don Alfredo una pagoda de los arrabales de Pekín.

Bermúdez aquella tarde estaba dispuesto á admirarlo todo y se sentía lleno de amor al arte religioso. Calculaba la altura de las columnas é indagaba el mérito de las imágenes como un viajero concienzudo que proyectase escribir un libro de impresiones. Cuando el sacristán le propuso bajar á la cripta, Bermúdez aceptó en seguida. El quasimodo fué de-

lante y don Alfredo y Bermúdez le siguieron por una escalera angosta y obscura de escalones gastados por el paso de millares de fieles.

En la capilla intermedia de la cripta, en un retablo de concha, tambien churrigueresco, se detuvieron ante una imagen de la Virgen. El sacristán alumbró y dijo:

—Esta es la imagen de la Soterraña, quiere decir subterránea, porque se encontró bajo tierra hace mucho tiempo, al desprenderse una pared que tapaba el socavón de una roca. La imagen es tallada en madera, y para vestirla, porque estaba sentada, la aserraron por la mitad y...

Bermúdez dió un grito de indignación:

—¿La cortaron? ¡Qué bestias!

Don Alfredo tuvo que decirle:

—¡Hombre! contenga su ira de artista.

—¡Qué he de contener!—exclamó el secretario—. Mire usted que se necesita... De modo que encuentran una imagen de mérito, de talla primitiva, una preciosidad, quince ó veinte mil francos de manos del anticuario más ruin, y van y la cortan para vestirla. ¡Qué bestias!

Así está la imagen. Fíjese, don Alfredo... Tiene hundido el hombro de la derecha y la curva del vientre se acentúa demasiado. Es hasta un escarnio. ¡Mire qué manos le han pegado después, y qué niño Jesús!.. ¡Qué bárbaros!

El sacristán estaba asombrado y don Alfredo tuvo que sacar á Bermúdez de San Vicente y llevárselo á un café de la plaza del Alcázar, donde, incorporando el limón y la cerveza, le recomendó tolerancia y generosidad en sus ideas artísticas.

Bermúdez se echó á reir, y contestó:

—No, si después de todo á mí me importa poco. Pero, vamos, que para coger una imagen y una sierra y empezar: trás-trás-trás hasta partirla en dos mitades, se necesita...

Una tarde, don Alfredo tuvo que intervenir en una discusión de Bermúdez y el señor Batalla. Los oía desde su alcoba, por una ventana que daba al corral. Oía las dos voces distintamente, al principio tranquilas, luego socarronas, con esa ironía que presagia la ira, y,

por último, alteradas, enronquecidas y sarcásticas.

— Le digo á usted, señor Batalla — había dicho al principio Bermúdez — que no hay nada peor que los pueblos dominados por la Iglesia. Son pueblos miserables, que viven del prestigio de las piedras de sus catedrales y conventos. Pesa sobre ellos una atmósfera de ruindad y de superchería. Parece que no saben que el tiempo pasa y que los hombres se mejoran y se hacen libres. Aquí, en este pueblo de santos, no ve usted sino esas murallas que, con todo el mérito que quieran darles, son para el progreso peores que las de la China, y centenares de iglesias, capillas, oratorios, conventos, humilladeros y ermitas. ¿Usted sabe lo que yo hacía con esas murallas?

— ¿Qué? Vamos á ver.

— Pues derribarlas.

— ¡Qué locura! Si son un monumento nacional.

— Y ¿á mí qué? ¡Si yo derribaría á la nación tal cual está hoy! Sí, que me voy á detener en monumentos... Las derribaba, ¡vaya!

Y hacía casas y fábricas con ellas. ¡Y las iglesias!..

— ¿Cómo? — exclamó asombrado el señor Batalla — ¿las derribaría usted también?

— Según. Las que no tuviesen mérito, y aquí abundan, caerían también bajo la piqueta bermudesca. Las que valiesen algo, las conservaría poniendo en el atrio una taquilla... Ver el templo: un real. Ver una función: una peseta, dos pesetas, etc.

— Vamos, usted se burla. ¿Iba usted á poner precio á lo que es sagrado? Un pobre para oir su misa tendría que abonar un real; ¿y si no lo tenía?

— En mi Estado, eucarístico señor Batalla, no habrá pobres. Eso queda para el reino de Dios.

— «Siempre habrá pobres en la tierra.»

— Sí, eso es muy cómodo. Ya lo creo. Si los dejan á ustedes siempre habrá quien solicite la hedionda sopa de los conventos. Es completamente lógico. La miseria de un pueblo está en razón directa de su catolicismo. Avila es un caso. Todo el santo día están diciendo á la

puerta: *¡Alabado sea Dios!* Las calles, llenas de mendigos y curas; los atrios de las iglesias, de tullidos y ciegos. El agua escasea y todo el polvo de Castilla nos ahoga. ¡Y la miseria intelectual! En todo el pueblo no hay sino un comercio que venda libros, y es una tienda de quincalla que pone entre las estampas y los relicarios dos ó tres volúmenes polvorientos é invendibles. Eso sí, congregantes de esto y de lo otro, adoratrices de amantes divinos á falta de los humanos...

—Señor Brmúdez, eso es ofender...

—No lo crea usted, beatífico señor; ¡qué ha de ser! Es la pura verdad. Así están las adoratrices, las pobres, anémicas...

—¡Señor Bermúdez!

—¿Qué desea mi angélico amigo?

—Que me ofende usted con sus burlas... Y ahora me toca á mí. Avila, ¿oye usted? fué grande en el gran siglo español, en el siglo de Santa Teresa, y de Carlos V, cuando no se ponía el sol en los dominios de España...

—¡Qué erudición! Ni el sol ni el puchero...

—Sí, señor; no se ponía el sol. Eramos los primeros y se lo debíamos á la Iglesia, ¿oye usted? á la Iglesia.

—¿Qué le debían ustedes? ¿que no se pusiera el sol?

—Sí, señor. Que nos respetasen y nos temiesen en toda Europa.

—Pero, mi dulce amigo, si entonces estábamos peor que estamos.

—No diga usted eso. No sabe usted historia.

—Usted sí que está enterado. En ese gran siglo España contaba menos de doce millones de habitantes, y los soldados se morían de hambre en los Países Bajos. Sólo comían cuando entraban á saco en algún pueblo. ¿Dónde ha leído usted la Historia de España?

—¡Qué pregunta! Pues en la Historia.

—¡Está usted fresco! Yo la he leído en Cervantes y Quevedo.

—¡Quién hace caso de ésos!

—No lo hará usted. Pero lo hago yo, y veo lo que le dije antes «que no se ponía el sol ni el puchero», que los reyes se morían de no lavarse, que el asesinato era cosa natural, que

el Santo Oficio tostaba á los Bermúdez de aquella época por sonreirse de los Batallas...

—Bueno, bueno—interrumpió el aludido—; con usted no se puede discutir. Usted toma á broma lo más serio. No podemos entendernos. A mí con mi fe me basta. Creo, ¡oye usted? creo y tengo á orgullo haber nacido en una tierra de santos...

—De santos que no se acuerdan de ustedes...

—¿Qué quiere usted decir?

—Nada. Que los santos podían interceder cerca de Dios y colmarlos á ustedes de riquezas.

—Tenemos muchas: la conciencia tranquila, el alma pura...

—Sí... sí...

—El alma pura, la vida honrada.

—Ya... ya... Sigan ustedes viviendo con la Santa. ¡Parece mentira!

—¿Qué? — preguntó airado el señor Batalla.

—Que en pleno siglo XX haya pueblos que vivan del recuerdo de una mujer visionaria é histérica.

—¡Ah, eso no!—gritó el señor Batalla—. Eso no lo consiento; ¿oye usted? Hasta ahí podían llegar sus groserías.

—¿Cómo?—bramó Bermúdez —; ¡groserías serán las de usted, viejo hipócrita!..

—¡Que estoy en mi casa, señor Bermúdez!

—Señor Batalla, ¡voy á romperle á usted la cabeza en su propia casa!

—¿A quién? ¿á mí? Soy viejo, pero...

Entonces apareció don Alfredo.

—¿Qué van ustedes á hacer? Vamos, no se maten...

Las tres hijas y la mujer del señor Batalla estaban ya junto á éste dando suspiros y diciendo:

—¡Dios mío!

—¡Ave María Purísima!

Don Alfredo vió la mirada implorante de Asunción, y dijo:

—Esto no es nada. Una discusión un poco agria. No hay resentimientos personales... Usted, Bermúdez, y usted, señor Batalla, van á estrecharse las manos...

Los contendientes protestaron, aclararon conceptos, se ratificaron, se rectificaron y concluyeron por darse las manos.

—Ya sabe usted, señor Batalla...

—Ni que decir tiene, señor Bermúdez.

Aquella tarde don Alfredo amonestó largamente á su secretario, paseando por la carretera entre álamos y eucaliptos.

—No; no se puede ser así. Los tiempos de la franqueza no han llegado. No llegarán nunca. Mientras los hombres no piensen todos de un mismo modo, la sinceridad será una cosa cruel é inoportuna. Hay que ser tolerante, amigo Bermúdez. Nadie le obliga á usted á apostatar, pero nadie le exige que apostolice. Calma. Interjecciones, no. Sonrisas. Un poco de ironía. Esa flor!..

—Soy irreductible, don Alfredo. Sigo creyendo en la necesidad de la franqueza y aun de la grosería, como armas de combate. Y sigo creyendo que ustedes los escépticos, los inútiles, son criminales de lesa vida. Hay que luchar, y no pasarse el tiempo en una mística contemplación del ombligo.

Don Alfredo no quiso contestar á Bermúdez. Al través de los árboles, en el fondo de la ciudad, veía la puesta del sol: en el Poniente grandes nubes de oro, franjas violáceas y lívidas y rasgaduras de un azul moribundo. En Oriente, sobre el cielo pálido, en un resplandor de amaranto, la luna, inmensa, de cobre encendido, con toda la belleza de su plenitud.

Don Alfredo cogió, al paso, una hoja de eucalipto y aspiró su aroma medicinal. Bermúdez miró á un franciscano que se perdía por el jardín de San Antonio, como una sombra sólo denunciada por el cordón blanco del hábito. Una campana llamaba al rosario. Don Alfredo murmuró:

—Hay que ser tolerantes...

—No, señor — le contestó Bermúdez solemnemente —; la tolerancia es quietud y, créame usted, don Alfredo, hay que luchar por algo, es preciso luchar...

VIII

Una tarde, don Alfredo y Bermúdez se encontraron en la calle con un amigo de Madrid, antiguo compañero de don Alfredo. Era diputado: Ruiz-Prieto, diputado por... Don Alfredo no recordaba el distrito ni siquiera el partido en que figuraba aquel joven de grandes bigotes y mirada vivaz que le detenía para saludarle familiarmente:

—¡Hola! querido Alfredo. Al fin hay quien te vea... Por allá se habló de tu suicidio, de tu fuga inesperada, sin despedidas... ¡Y estás á cuatro horas de Madrid! ¿Veraneando? ¿Tienes aquí á Luisita Amor?

—No — contestó don Alfredo —; hemos venido Bermúdez y yo á ver esto. Tal vez sirva para vivir definitivamente.

—¡Qué horror!

—Tú, ¿á qué vienes?

—Por aquí está mi distrito. Doy una vuelta. Luego cerca de la corte, á hacer política de verano. ¿Quieres que entremos en este café?

—Bueno.

Mirando la transparencia de oro de la cerveza, Ruiz-Prieto prosiguió:

—Pues en Madrid no se ve á Luisita Amor desde el mismo día en que tú desapareciste. Oí decir que se retiraba, que se moría de pena por tu abandono. Alguien dijo que se había ido contigo. No sé. Debías traértela, yo en tu lugar lo haría, para hacerte más tolerable la vida aquí...

—No. He venido para vivir en paz. Tal vez me case...

—No, hombre.

—Ya veré. Bermúdez y yo nos vamos acostumbrando á Avila; ¿verdad Bermúdez?

Bermúdez desmintió cruelmente á don Alfredo:

—No, señor. Yo no me acostumbro. Procuro distraerme. No me gusta estar con los brazos cruzados. Debíamos hacer algo...

Ruiz-Prieto dijo:

—Claro. Tú deberías hacer algo, Alfredo.

—¿Qué?

—Lo que yo, por ejemplo; hacerte político. ¿Por qué no te presentas en las próximas?...

—¿En qué próximas?

—En las próximas elecciones.

—Nunca he pensado en eso. No tengo sino una vaga noción de la política. Creo que hay dos ó tres familias, ocho ó diez caballeros que la tienen acaparada y que es preciso estar á su lado para conseguir algo. Yo no necesito nada. No sé si ese Maura, de quien oigo hablar, es un genio ó una vulgaridad, pero sé que todos sus diputados tendrán que reconocerle por lo primero. No sé una palabra de los demás. ¿Quiénes son los ministros que nos gobiernan? Pues lo ignoro. Algún nombre pintoresco, visto de repente en un periódico, se me queda: La Cierva, por ejemplo. Yo jamás noto el cambio de partido. Vivo siempre igual, tranquilo, libre de irme adonde quiera. Mi patria es la vía férrea. ¿Diputado? ¿Y llamarle genio á una medianía? ¿Y bromear respetuosamente con los

hijos, los sobrinos y los yernos de las medianía? No, hombre... Alfredo Sangil, retraído, con dinero para asegurar la dignidad y con el talento preciso para tener mil voluptuosidades de filósofo que disculpan la manía de vivir.

Ruiz-Prieto contestó:

— Vamos, tú eres de los que viven en el limbo. La política es una comedia y la dignidad del cómico no padece, sea cualquiera el papel que represente.

— Eso es un buen sofisma; pero á mí no me convence.

— Además, la política da prestigio, fuerza.

— Yo no los necesito. Tengo mi prestigio personal. Aunque soy escéptico, creo en el rubor que debe de causar la adulación. ¿Tú sabes lo grande que es no deberle nada á nadie? ¿Me harían diputado bajo mi palabra de honor de que tengo talento? No creo. Pues el sistema que queda — sin hablar del único lógico que ya no existe: la verdad del sufragio — no me conviene. ¿Convertirme en mesnadero? No, querido Ruiz-Prieto. No hablemos de eso.

— Como tú quieras, Alfredo.

— Yo -- dijo de pronto Bermúdez, limpiándose los bigotes — sería diputado de buena gana. Para serlo, haría lo que hiciese falta: gastar dinero, reverenciar á gobernadores y alcaldes imbéciles, hacer antesalas, aguantarle los chistes á un prohombre y á otro las desvergüenzas, y aplaudir, aplaudir siempre diciéndole al coadulador de al lado: «¡Qué grande es el jefe!» Luego me hacían diputado y yo iba al Congreso, y una vez desinfectada mi acta, pedía la palabra, y entonces me daba el gustazo de decir lo que me diera la gana, sin hacer caso de cómo había llegado allí. Diría cuanto creyese justo y necesario. Envolvería en retórica los insultos, para que no me echasen; pero al ladrón le llamaría bandido, y al imbécil, cretino. No aceptaría componendas. El señor Bermúdez sería irreductible, un verdadero patriota, una fiera...

Ruiz-Prieto sonrió largamente.

—No haría usted nada de eso. El acta se le subiría á la cabeza, deslumbrándole, y usted se avendría á todo. La experiencia me da la razón. Pero, aun aviniéndose, se pueden hacer cosas...

—No, no—interrumpió Bermúdez—; yo sería una fiera.

—Con las uñas limadas.

—¡Quiá!

—¡Vaya! ¡Si sabré yo!..

—Y dime, Ruiz-Prieto—preguntó don Alfredo—, ¿tú vas ahora á Madrid?

—Sí.

—Si ves á Luisita Amor dale recuerdos.

—¿Y usted no cree—dijo Bermúdez—en eso de la Solidaridad?

—Yo, no, señor—respondió el diputado.

—Pues yo sí. Voy á ver si animo á don Alfredo y entre los dos hacemos la Solidaridad española.

—Ya sabes—insistió don Alfredo—; si la ves le dices que estoy aquí; que si necesita algo, me lo pida. Y le das á entender que es posible que me case.

—Pero, hombre; ¿con quién?

—Tal vez con una muchacha de aquí.

Bermúdez apuró su cerveza y dijo:

—Es preciso, señor Ruiz-Prieto, fundar un nuevo partido de luchadores, de hombres que

vayan á la política con la ilusión de reformar el mundo. Sin esto, sin ingenuidad, sin fe, sin corazón, no vamos á ninguna parte. No, todo no está bien, como pretende don Alfredo; todo está muy mal y es absolutamente necesario ir á la revolución. Don Alfredo y yo estamos conspirando aquí en Avila.

Ruiz-Prieto se despidió al poco rato. Don Alfredo pensó si aquel hombre á la moderna, fino, correcto, lleno de mundanidad y diplomacia no merecía un gran desprecio, ó si, por el contrario, siendo un vividor elegante y descreído era digno de admiración. Dudó, y luego, secretamente, se dijo que Ruiz-Prieto y él, uno en la vida pública y otro en el retraimiento, pertenecían á la raza de los inútiles y de los escépticos. Ningún ideal altruísta les animaba. El porvenir de España y de la humanidad no les producía la menor inquietud. Eran los hijos de una época de lamentable decadencia moral. ¿Qué había que hacer?.. Los que como él podían ser apóstoles se dedicaban, desengañados, sin ir á la lucha, á la esterilidad de la vida contemplativa, En España los hombres de ta-

lento, los intelectuales, desdeñaban la acción. La neurosis de algunos estetas extranjeros hacía prosélitos en la juventud culta, y el Estado, por fuerza, se entregaba á los hombres vulgares. Los soñadores ya no forjaban utopías, sino paraísos artificiales, un poco trasnochados. ¿Tendría razón Bermúdez? ¿Habría que inventar una legión de hombres rudos, fuertes, primitivos y creyentes que amasen á las mujeres y á la Patria?

Don Alfredo volvió á dudar. Se había hecho de noche, y Bermúdez propuso:

—¿Quiere usted que vayamos al rosario?

—¿Dónde?

—En San Vicente. Se reza en la cripta ahora, á las ocho. Allí van el señor Batalla y las hijas.

Don Alfredo, encantado con la idea de ver á Asunción, aceptó.

La iglesia casi estaba en tinieblas. En un altarito de mano, á la luz de un solo cirio, un San Roque al óleo, bajo un cielo muy azul y entre unos árboles muy verdes, mostraba la llaga roja y purulenta de su pierna. El perro

le ofrecía un pan. El baldaquino, en la sombra, dibujaba la silueta de una casa de bambú, y bajo el palio el sepulcro desvanecía su blancura. En otro altar, una llama débil é indecisa aleteaba en las columnas y en los frisos, tenía un destello sobre un capitel y luego iba por el fuste serpenteante hasta posarse en el ara. En los otros retablos había acaso algún reflejo que era un luminoso y vivaz punto de oro. En la obscuridad se perdían las imágenes. Las grandes columnas brotaban á ras de tierra, para desvanecerse luego en la altura tenebrosa de las naves. Sólo el sacristán corcovado alteraba la soledad del templo. Se oían sus pisadas, el chisporroteo de los cirios, algún grito exterior lleno de opacidad y de misterio al llegar á la iglesia. Una lámpara de aceite señalaba el descenso á la cripta. Don Alfredo y Bermúdez bajaron despacio la angosta escalera resbaladiza, escuchando el murmullo de las preces. En la capilla de la Soterraña, bajo la concavidad dorada del retablo y frente á la imagen, revestida de azul pálido, un sacerdote en sotana dirigía el rosario. La luz de cuatro

cirios vibraba en las lentejuelas del manto de la Virgen. Los fieles estaban de rodillas en la penumbra. En la pared frontera al altar había unos espejos, deslustrados y luctuosos, del siglo xvii. Por una puerta lateral, frente á la que estaban don Alfredo y su secretario, se adivinaba la imagen doliente del Cristo atado á la columna.

El sacerdote desgranaba las cuentas de su rosario sumida la cabeza gris entre los hombros. Los fieles, prosternados, elevaban su murmullo sibilante, y la Virgen, mutilada bajo su manto azul, recibía el resplandor de los cirios en el rostro macilento de una belleza amarga.

La escena hizo evocar á don Alfredo los tiempos primitivos de la religión cristiana. La figura del señor Batalla, vista de pronto, le distrajo y le llevó á buscar entre las enlutadas á Asunción. Asunción rezaba con un rosario de nácar. En el fondo obscuro de su hábito, las manos blancas tenían un temblor de santidad y de pureza. Entonces don Alfredo anheló con toda su alma una mirada de los ojos negros,

Asunción no los levantaba del rosario de nácar: parecía adormecida en un éxtasis. Don Alfredo la contempló largo tiempo. Al concluirse el rosario buscó á Bermúdez, pero Bermúdez había desaparecido.

Don Alfredo lo encontró en el pórtico, con el cigarro en la boca, al lado del sacristán. Por los arcos del intercolumnio se veía el cielo con el triunfo de la luna llena. Don Alfredo se acercó á Bermúdez.

—Se fué usted sin decirme nada.

—Lo vi á usted á punto de arrodillarse y lo dejé... Aquí, el amigo — y Bermúdez señaló al sacristán —, es organista de la parroquia. Estamos hablando de la cuestión religiosa nada menos; pero es hombre curtido y no se asusta de mis herejías.

—No me asusto — murmuró el sacristán —. Estoy acostumbrado á tratar con protestantes y con ateos que vienen aquí sólo por la parte artística.

—El día que yo acabe con la Iglesia — dijo Bermúdez — convertiré las catedrales en museos. Así el arte no padecerá. Mis nietos verán

las imágenes católicas con la misma estupefacción con que yo he visto en las colecciones arqueológicas los ídolos chinos, y se emocionarían ante algunas de ellas si toda la escultura cristiana hubiese hecho una tan augusta, tan humana y tan amplia como la Venus de Milo.

— Yo creo — repuso don Alfredo — que el arte del paganismo no debe compararse con el cristiano. El primero es la vida sensual, y es, además, el panteísmo. Todas las cosas y todas las pasiones tienen un símbolo, y cada símbolo es un dios. El arte cristiano es triste, y su principal motivo es la existencia aventurera y sombría de Jesús. Y Jesús, amigo Bermúdez, es tan admirable en un lienzo de Rubens como el más admirable de los desnudos griegos.

El sacristán, con suficiencia, asintió á lo dicho por don Alfredo, y Bermúdez, encendiendo un nuevo cigarro, pasó á otro asunto.

— ¿Sabe usted, don Alfredo, cuántas parroquias hay en Avila?

— ¿Cuántas?

— Ocho para once mil habitantes. Nos sale cara Avila. Obispado, seminario, cabildo, pá-

rrocos, todo en abundancia, y á cargo, no sólo de los devotos abulenses, sino de todo el pueblo español. Ve usted, una ciudad como ésta no puede ser más dañina. Le bastaba con dos parroquias y hay que sostenerle el cuádruplo. Es un feudo eclesiástico, y los dominadores extreman la grosería y la intransigencia. Estos refugios de frailes y de fanáticos habría que abrasarlos. ¡Y cuántos así hay en España! España entera es un refugio de frailes. A Avila sola, no, sino á España entera, le pegaba yo fuego.

El sacristán se echó á reir. Don Alfredo dijo:

—Volverían á nacer los frailes...

—¡Quiá! Ya los calcinaría yo bien.

—Pero, ¿los sentimientos religiosos? —se atrevió á preguntar el sacristán.

—¡Bah! ¿Usted cree en eso? Es natural; le conviene. Los sentimientos religiosos irían desapareciendo si no hubiese hombres que abusasen de la credulidad de los demás. Se creería ó no se creería en un Dios despreocupado de empresas redentoras que viviese en el fuego, en el

agua, en la luz. Los hombres, en lugar de leer devocionarios para ser buenos, leerían los Códigos para calcular hasta qué punto, impunemente, podrían hacer el mal.

— No — contestó don Alfredo—; los hombres, como ahora, como siempre, seguirían con todos sus fanatismos y supersticiones; con todo su genio y su clarividencia, porque el mundo del cerebro y de los sentimientos humanos es inmutable. Las fuertes pasiones, el amor y el odio son hoy las mismas que en los tiempos prehistóricos. Al fondo del alma no llega el progreso. El progreso es una cosa limitada que mejora un poco la vida material de una clase afortunada.

— Sí— interrumpió el secretario —, pero el progreso ha concluído con la esclavitud y ha proclamado la libertad de conciencia. Esto es algo, creo yo...

—Bien poco.

—Es la base para continuar, don Alfredo. Si los hombres del pasado hubiesen sido escépticos en absoluto, usted y yo no estaríamos hablando aquí ahora.

— Tal vez la equivocación esté en querer vivir.

— ¡Qué ha de estar! No hay otro remedio. El árbol y el hombre viven en obediencia á la misma ley. Pero vamos á dejar esta conversación demasiado trascendente para mí. Ya sabe usted que mi filosofía se reduce á ser muy español y á ver en cada hábito y en cada sotana un enemigo de mi patria.

Don Alfredo encontró lógico á Bermúdez: Este no se perdía en especulaciones ultra-cerebrales y concretaba su ideal de acuerdo con su época y con el pedazo de tierra en que había nacido. ¿Era español? Pues á hacer de España una gran nación. Y Bermúdez creía con firmeza que, para hacer en el siglo xx una nación grande, bastaba con desterrar de ella á la Iglesia.

La luna plateaba las columnas del pórtico reunidas en haces de gran esbeltez.

Don Alfredo y Bermúdez, frente á un sepulcro gótico, se despidieron del sacristán. El sacristán traspuso una puerta de siete arcos con las jambas exornadas de santos, y se perdió en la sombra.

IX

En una mañana de Agosto, entre las flores del jardín, don Alfredo resolvió declararle su amor á Asunción. El niño desnudo de la fuente, caballero en su cisne, le parecía el símbolo de su amor. Un amor blanco, de sosiego y de paz: un amor de romántico—de romántico aún...

Y don Alfredo, bajo la tersura del cielo azul, se consideró feliz porque el escepticismo no le había pasado de la superficie del alma. Entonces no pensó sino en el modo de contarle su amor á Asunción. Le dió miedo la idea de acercarse á ella y de decirle: «Asunción... yo...» No había hablado nunca, directamente, con ella. No sabía cómo era su voz, porque Asunción no cantaba y porque no hablaba, sino que

murmuraba. Sin embargo, podía ser temerario y acercarse y hablar... Pero así, ya no era un amor de romántico, ya desaparecía el encanto del temor... Escribiría.

«Asunción — comenzó á escribir —: tengo que hablar con usted de un asunto que puede llamarse serio ó risueño, según la manera de tomarlo. El amor, ¿cree usted que es una cosa sencilla? O ¿piensa usted que es algo complicado que debe tratarse con mucho tino? Yo no sé. ¿Cómo le gustaría á usted que le dijesen que la amaban? Perdón, porque ignoro si usted desea ó no ser amada. Pero suponiendo que lo desease, ¿cómo preferiría que se lo dijesen? ¿Con gran cortedad? ¿Como si usted fuese una reina — de hermosura lo es — y el apasionado un vasallo? ¿O le gustaría más que su adorador fuese un don Juan atrevido que le hablase así, de pronto: «Asunción, la adoro á usted. »Mi suerte ó mi desdicha dependen de sus la»bios», ó de modo parecido? Dígnese usted responderme. Lo necesito. Tengo idea de que voy á amarla á usted, Asunción... Asunción, estoy seguro de que la adoro á usted.

»He aquí hecha mi declaración. ¿Usted quiere saber quién soy yo? ¿Usted quiere saber qué méritos tengo para adorarla á usted? Ah, yo ninguno. Ser triste, ¿es un mérito? Estar solo en el mundo, ¿es otro mérito? No ser malo, ¿es una virtud? Pues tal soy yo. Vivo solo y triste y hasta hoy he sido feliz con mi soledad y mi tristeza. No he hecho mal á nadie. Viviendo solo no es posible hacerlo. Tengo treinta años: he tenido muchos amigos, he viajado mucho, he sufrido mucho, he sido dichoso algunas veces... Pero todo solo, solo, solo. Ningún amigo ha llegado á ser mi hermano. ¿Bermúdez? tal vez pregunte usted. Bermúdez y yo nos queremos, pero no nos comprendemos. El dice que daría su vida por mí. No. Que viva. Además, yo no necesito su vida, sino la de un ser delicado y bondadoso que me quiera y me disculpe. La vida de usted, no para sacrificio, sino para amor, para vivirla junto á la mía, en la mía misma, las dos vidas en una. A mí lo que me falta es eso. Cuando se murió mi madre yo tenía veinte años, y como toda sonrisa de mujer me parecía buena, no

supe amar las de mi madre, que eran puras, como debí amarlas. No tuve una hermana. ¡Cuánto habría amado yo á mi hermana! ¡Qué santa pasión debe de ser la que inspire una hermana! Yo hubiese querido una hermana muy linda, con los ojos azules, para hacer de ella un ídolo. Ya ve usted: ni madre — porque no supe quererla —, ni hermana — porque no hice más que soñarla —, ni mujer, porque ni una sola me convenció de su amor. Yo solo: sin ternura, sin fe.

»Por eso la vida me parece un desierto. Y el desierto no es la vida: soy yo. ¡Si usted quisiera! Usted podría ser mi madre, mi mujer y mi hermana. Usted podría admirarme y quererme, y decirme en las horas crueles que padecemos los hombres: «¿No me tienes á mí?
»¿No valgo más que el amigo que te traiciona,
»que la adversidad que te hiere?» Y usted, en el desierto de mi vida, levantaría una palmera para consolarme con su sombra. Y usted, en el desierto de mi vida, haría correr una fuente clara y perfumada en que bebiese mi inquietud y se hiciera menos tirana y menos cruel.

»Quiero decir con todo esto, Asunción, que yo me casaría con usted. No se lo digo irreflexivamente. No soy un colegial ni un hijo de familia. Hasta ahora no había pensado en casarme; pero al pensarlo, nadie, como no sean usted y los suyos, puede tomar parte en mis pensamientos y en mis decisiones.

»¿Qué le ofrezco? Mi vida con su experiencia, mi nombre obscuro y la seguridad de que nuestros hijos recibirían de su padre lo que él recibió de los suyos. Me conocen muchas personas. Algunas, gratuitamente, dicen que tengo talento. No lo he creído nunca. Además, no he dado pruebas de nada grande. No tengo ninguna carrera: no he obtenido ningún triunfo. Jamás se dijo: «Alfredo Sangil se ha batido en »Cuba como un león; Alfredo Sangil ha escrito »una obra notable; Alfredo Sangil ha salvado la »vida á un semejante.» Una vez subí en globo, y de haber subido solo hubiese subido hasta la gloria, hasta la asfixia. El aeronauta me devolvió á la vida. Otra vez un amigo, frente á frente, me hirió en el pecho. Yo se lo agradecí, pero los médicos me salvaron. Luego, muchas

veces, Bermúdez me ha distraído como un payaso muy ocurrente, muy amenazador y muy inofensivo, y con el espectáculo de sus pasiones y de sus entusiasmos me ha llenado de melancolía.

»Hace tiempo que estoy enfermo. Es imposible que no sea una enfermedad este miedo á la vida; esta incomprensible amargura de no desear ya nada y de temerlo todo. Empiezo á redimirme: ya deseo algo; ya deseo mucho: la deseo á usted.

»Vine á Avila como quien va á un sepulcro. ¿Usted creerá que allá, en Madrid, en cualquier parte, me pasó algo trágico, algo que me hiciera anhelar la fuga y el destierro? No; no me pasó nada. Mi mal es una cosa mansa é injustificada. En definitiva, lo que me falta es amor. La neurastenia — ¿ha llegado á sus oídos que la enfermedad de ahora se llama así? — no se me curará sino con un amor grande, de fanático. Yo no conozco una idea digna de ese amor. Y, sin embargo, para ser feliz, tengo que crearme un fanatismo. He pensado en usted, Asunción. ¿Debo esperar?»

Don Alfredo leyó su carta. No sabía qué hacer con ella. Pensaba que tal vez fuese demasiado filosófica ó demasiado confidencial. ¿No la encontraría ridícula Asunción? Todo aquel lirismo del desierto, de la palmera y de la fuente, ¿no la haría reir? Sin duda era mejor hablar con la muchacha y proponerle el matrimonio. Pensó también en escribir otra carta. Pero, igual daba. Todas las cartas de amor, leídas con frialdad, hacen reir. Entonces guardó la que había escrito y no dudó de su triunfo. Sin quererlo reflexionó como hombre de su tiempo. Tenía juventud y dinero. Muchas mujeres le habían besado los ojos y las manos afirmándole que lo adoraban. Era, pues, adorable. Asunción no debería dudar. El señor Batalla tampoco. Las hermanas envidiarían á Asunción. Pensando así, don Alfredo se ruborizó, se consideró lamentablemente pretencioso é hizo lo posible por no pensar de aquel modo calculador y prosaico, propio, si acaso, de Bermúdez.

En lo que podía pensar sin miedo era en su vida futura, de salud, de calma y de bondad,

Ya había un sueño: el sueño familiar; el amor sin lascivia; como un rito, y no como un placer. El amor para cumplir la ley eterna de la reproducción. Y don Alfredo presintió su hogar y vió una figura blanca y maternal que le sonreía, y vió una mano santa que se apagaba en los bucles de oro de un niño... Don Alfredo sintió que su espíritu se inundaba en las aguas del optimismo. Miró á todas partes en su gabinete. En los ojos turbios y extáticos de los santos creyó ver una sonrisa amable. Las caricaturas de Guillaume no le parecieron crueles, sino remotamente irónicas, y los rasgos satánicos de Goya no le inquietaron como otras veces.

En las flores frescas del jarrón de Talavera temblaba una vida de color y de perfume. Los ojos verdes y el escote rosa de Luisita se habían hecho inexpresivos. Fuera, se rendía el sol. Por la carretera, entre el polvo, los que iban de paseo llevaban reflejada en los rostros la alegría de vivir. Don Alfredo sintió un gran amor por los hombres y las cosas. Amó el camino polvoriento, los álamos secos y los ni-

ños. Tres curas que iban departiendo en voz baja le inspiraron una gran simpatía. Unos segadores pasaron hiriendo la acera con sus abarcas, al hombro las hoces relucientes y don Alfredo contempló sus caras asoleadas y terrosas, y los hombres abatidos le parecieron felices porque lo era él.

Buscó á Bermúdez para dar un paseo, y, como en otra ocasión, lo sorprendió con su querida. La escena, entrevista sólo, le hizo sonreir como un cuento de Bocaccio y le inspiró luego una sana nostalgia de mujer. ¿Cómo sería la íntima belleza de Asunción? Y pensó en un cuerpo blanco y en unos ojos negros que, desfallecidos de rubor, se entregaban en la paz y en el misterio de la noche nupcial.

Fué el paseo aquella tarde á una altura donde se levantan dos molinos de viento, ya inútiles, sin la gracia clásica de sus aspas, con la base socavada y las muelas inmensas caídas en la hierba. Desde el alto se contempla, en círculo, todo el paisaje de Avila: el valle Amblés; la

ciudad, tras la muralla, con la torre gótica de la catedral; la extensión yerma; los jardines de San Antonio; la vía férrea en la hondonada.

Don Alfredo recreaba la vista en los montes azules de la sierra, en los terrenos sembrados, en la ondulación del Adaja, casi seco, entre los álamos. Y miraba uno de los costados del convento de Santo Tomás y, en su frondosa huerta, el ir y venir de unos hábitos blancos.

—¿Qué es aquello, Bermúdez?

—Son los dominicos que se divierten. ¡Lástima de gemelos!

Al través de los árboles se veían las siluetas blancas, empequeñecidas por la distancia, extendiendo los brazos en actitudes gimnásticas y corriendo con agilidad infantil.

—¡Qué buena vida!—exclamó Bermúdez.

—Buena—repuso don Alfredo—, pero no en el sentido en que usted lo dice. Buena, porque es sencilla y contemplativa y humilde. Muchos de los que ahora juegan frente á nosotros son hombres iniciados en todas las ciencias. Y mire usted si son dichosos que en lugar de la tristeza han encontrado en los libros

la fe. Y, además, no tienen esa pequeñez de los del siglo, que es la vanidad.

—La vanidad, que hace grandes y que hace útiles á los hombres. La vanidad, que es fuerza... Ah, don Alfredo: ¡qué cambiado está usted! Ya no es tan escéptico como antes; pero ha empezado á creer en tales cosas, que mejor sería que no hubiese salido de su escepticismo.

Don Alfredo no quiso contestar á Bermúdez, y con una sonrisa le dió su asentimiento. Luego se entregó á la dulzura del crepúsculo, y fué recorriendo todo el paisaje. Por una carretera, al pie del valle, paseaban mujeres enlutadas, y cerca de ellas sacerdotes de reposado andar. Por entre las piedras graníticas iban algunas familias, y los niños trepaban por los cerros, riendo. Algunas personas miraban la entrada y salida de los trenes y bajaban desde el altozano á la vía. De una gran heredad de trigo se retiraban los segadores. Por junto á don Alfredo pasaron varias muchachas vestidas de blanco, y luego se perdieron cuesta abajo. Un niño vestido de rojo, en la cima de una piedra,

recortándose sobre el cielo pálido, era en el paisaje una explosión de vida.

Se oían distintamente los silbidos del tren y los escapes del vapor á lo lejos, algún grito, alguna voz, el paso de un caballo al trote, las esquilas de un rebaño en retirada. Y dominante el repique de las campanas de San Antonio convocando al rosario.

Las sombras se alargaban sobre la tierra. Subía de ésta, con la brisa del anochecer, el aroma grato del tomillo y el cantueso. En el lado de las montañas todo el paisaje adquiría una tonalidad azul, propicia al ensueño. Los hábitos blancos habían desaparecido de la huerta. Ya de noche, don Alfredo y Bermúdez regresaron á la ciudad.

En la plaza del Alcázar ó Mercado Grande era la hora del paseo. Las luces eléctricas amarilleaban de trecho en trecho. El obelisco y la estatua de Santa Teresa permanecían en la penumbra, y los torreones y el arco de la puerta del Alcázar se erigían sobre las copas de los árboles y se marcaban austeramente en el cielo.

Don Alfredo pasó entre los niños y fué por una calle estrecha, muy pobre de luz. Bermúdez le seguía. De pronto, una vieja enlutada los detuvo.

—¿Son de Madrid los señores?

—Sí.

—Pues si no saben... yo puedo ofrecerles. Lo mejor de aquí. Tengo una rubia...

Don Alfredo no hizo caso de la vieja, pero Bermúdez se fué con ella.

—Bueno; veremos á esa rubia.

Había cerrado la noche. Las calles por que iba don Alfredo estaban casi en tinieblas.

Algunos brazos de hierro, brotando de los muros, sostenían una bombilla eléctrica de fluido débil.

En el silencio de las callejuelas tenían las pisadas una hueca resonancia. De un balcón iluminado, á lo lejos, llegaba la música de un piano, indistinta, quebrada por el viento. Una voz de mujer cantaba una romanza antigua...

Don Alfredo tuvo entonces un momento de melancolía. Pero luego volvió á su optimismo. La noche estaba llena de serenidad, y en la al-

tura la luminaria astral vibraba majestuosamente... En su casa don Alfredo esperó, soñando, á Bermúdez. Bermúdez apareció á media noche, alegre, casi ebrio... Habló un largo rato, en una voz dudosa, de la vida, de la muerte y de una mujer rubia á quien acababa de poseer.

X

Don Alfredo vió emigrar los vencejos con su carta de amor en el bolsillo. Eran los últimos días de Agosto. Una tarde hizo el propósito de entregársela á Asunción y espió la hora en que ella pudiese estar sola en el zaguán. Sabía que algunas veces no acompañaba á su familia al rosario de la Soterraña. Aquella tarde, anochecido, desde su gabinete, vió pasar al señor Batalla con su mujer y las dos hijas mayores. Entonces fué en busca de Asunción, atemorizado. Pero Asunción estaba acompañada de un sacerdote viejo. El sacerdote, en la sombra, movía sus grandes manos y sus palabras eran un suave rumor que Asunción escuchaba con la cabeza humilde en una actitud de santidad.

Don Alfredo, con la pesadumbre de una duda en el alma, se retiró sin ser visto. Se preguntó si no habría un misterio en aquella plática de Asunción y el sacerdote. ¿De qué podría hablar éste con ella en la hora de penumbra y de silencio del anochecer? Tal vez la joven se confesase... ¿Pero ahí, en el corral, bajo las vigas donde las palomas dormían, sin testigos, sin luz?.. Don Alfredo creyó conveniente interrogar á Bermúdez. Bermúdez le dijo:

—Hace una temporada, don Alfredo, que vengo notando gran revuelo de sotanas en casa del señor Batalla... No, señor; no hay misterio más que para usted y para mí. La familia deja de intento á Asunción sola para que ese sacerdote viejo hable con ella. Ahora bien: ¿para qué le habla? Un cura, y esto es axiomático, don Alfredo, no puede hablar á una joven para nada bueno... ¿Se ríe usted?.. Para nada bueno. Si la joven tiene amores contrariados, le aconsejará que los abandone. Los curas odian los noviazgos, quieren á todas las muchachas libres, por si acaso. Además, les da rabia pensar en el matrimonio, porque la barra-

ganía de ellos no se realiza sin quebraderos de cabeza. Si la joven confiesa que ha amado ya de un modo práctico y carnal, los confesores se escandalizan, y, sin perjuicio de sonsacar la historia galante para regodearse con ella, pintan á las jóvenes un cuadro del infierno lleno de azufre y de fuego. Claro que las muchachas confiesan aquello porque, aunque no lo crean, renuevan el placer confesándolo...

— Bien, Bermúdez — interrumpió don Alfredo —; ya sabe usted que no le hago caso. En ninguna organización de los hombres está vinculada la virtud que moralmente la caracteriza. Ni todos los militares son héroes, ni todos los jueces justos, ni todos los sacerdotes honestos y prudentes... A mí lo que me interesa ahora, en este caso concreto, es saber si las visitas de ese sacerdote á Asunción tienen algo que, hidalgamente, debamos censurar.

— Una aclaración: yo, bermudescamente, censuro toda acción sacerdotal. Soy clerófobo, pero tengo el sentimiento, el dolor profundo de verme obligado á decir á usted que, hidalgamente, nada de censurable hallo en esas visi-

tas... Tengo una sospecha; si se confirma, diré que esas visitas no han sido más que la preparación de un gran crimen.

— Me asusta usted. ¿Qué sospecha y qué crimen son esos?

—La sospecha es que el sacerdote no esté sino á vueltas con el monjío de Asunción.

—¿Cómo? — exclamó palideciendo don Alfredo —. ¿Asunción, monja?

—Sí, señor. ¿Es muy extraño? Todos los caracteres son los de una catequización. La muchacha, por otro lado, no es difícil... Está ya convencida...

—¡Usted qué sabe!

—¡Vaya! ¿No es contra lo que usted y yo pensábamos?..

—No, yo no he pensado nada con usted...

— ... ¿Contra lo que yo pensaba la más devota de las tres? ¿Puede usted decirme si correspondió alguna vez á las miradas de usted, y si le dió ocasión para conversar con ella?

—Tiene usted razón; no puedo decir nada de eso. En mi última aventura soy bien desgraciado. ¿Qué hemos de hacer?

—Impedir que se consuma el delito de arrancar la juventud al amor. Conseguir á Asunción para usted. Luchar...

—¿Luchar?—dijo desmayadamente don Alfredo —. No sé. Además, tal vez no haga falta luchar, porque baste con hablarle á Asunción... Pero yo no me atrevo... No la conozco.

—Hablar con ella no es difícil; no hay más sino proponérselo. Ninguna mujer á los veinte años es intratable.

—¿Y si hay vocación?

—¡Ah, todas las niñas de Avila, educadas entre monjas, tienen vocación mientras un hombre no las convence de que, para el amor, vale más él que Jesucristo. Es preciso sondear á esa joven. Bermúdez va á arrancar una víctima á la Iglesia... No, señor: la cintura de Asunción no es para martirizarse con ayuno y cilicio, sino para ensancharse y ennoblecerse con la maternidad... Y, como la de Asunción, las cinturas de todas las jóvenes... Hoy comienza la lucha. ¡Qué felicidad! Luchar. Vivir. Asunción va los sábados, hoy es viernes, á la Salve

en Santa Teresa. Usted y yo iremos también mañana. La perseguiremos; la salvaremos, se lo juro á usted.

—¿Salvarla? Sin duda ella prefiere el claustro á todas las dichas que yo pueda ofrecerle... Yo iré á la Salve, sí, señor; y procuraré ahí, ó en cualquier parte, poner mi carta en sus manos... Pero ya sin fe, sin ilusión... Yo creí que no habría que luchar... Mis treinta años son demasiada edad. Mi vida ha sido intensamente reflexiva y fisiológicamente arbitraria. ¿Luchar ahora? Cuando yo esperaba la paz y el sosiego; cuando iba á vivir discretamente; cuando iba á empezar á creer... No. Luchar, no. Permítame usted, Bermúdez, que me sienta fatalista. Yo no soy honda que dispara su piedra; yo soy piedra que aguarda á que la recojan... Asunción, ve usted, yo soy una piedra; tómela en su mano blanca; ¿es de oro? ¿es un trozo de granito y usted la desprecia?

—Vamos, don Alfredo—interrumpió Bermúdez—; usted no está bueno. ¿Qué entenderá Asunción de pedrerías ni de metáforas? ¿Se me irá usted á volver loco? Que no se di-

gar... Calma. Mañana á la Salve. No hay nada perdido.

Don Alfredo quedó verdaderamente desconsolado después de aquella conversación con Bermúdez. No tenía, como su secretario, ningún optimismo. Fatalmente debía retornar á la vida desolada, de íntimas torturas, de inútil contemplación. Había pensado en aturdirse, en dejarse vivir entre los afectos familiares que se crease y entre los apasionamientos que por ciertas ideas lograse levantar en su espíritu. ¿Iba á ser esto posible?

El sábado fué con Bermúdez á la Salve. Pasaron ambos por una plazuela de acacias frondosas que tiene en el centro un toro desastado de piedra. Siguieron por una calle, al ras de una tapia y frente á la fachada de un convento de monjas, antigua casa nobiliaria con gran escudo en el dintel. En otra plazoleta, desde el atrio, contemplaron la iglesia de la Santa, siglo XVII, y de traza barroca. El ático triangular se delineaba sobre el fondo del cielo con

sus tres pilares erigidos en los vértices, y en su hornacina, sobre el mayor de los tres arcos del pórtico, blanquea la imagen de la Santa con su libro y su báculo. Por la puerta de la muralla, frontera á la iglesia, entraban algunas personas que luego se dirigían al templo. En el muro que corre por uno de los extremos del atrio estaban sentados tres ancianos de ropa negra. Dentro del pórtico Bermúdez leyó en una lápida de mármol esta inscripción:

BIENHEUREUSE MÈRE THÉRÈSE, PRIEZ POUR LA FRANCE QUE VOUS AVEZ AIMÉ.

Acurrucadas en la puerta había tres viejas pordioseras, que alargaron sus manos esqueléticas á don Alfredo y Bermúdez. La iglesia estaba casi á obscuras. En el altar mayor, á la luz de dos cirios, se veía á Santa Teresa entre la Virgen y San José, y debajo de unas nubes que sostienen á la Santísima Trinidad. En el

coro, los frailes carmelitas elevaban sus voces litúrgicas. En una capilla lateral el Cristo de la columna pone su expresión de mansedumbre y martirio. En un lienzo de pared unos azulejos representan la transverberación de la Santa. Está la Santa en actitud de voluptuoso misticismo. El ángel que va á herirla con un dardo de oro tiene aspecto demasiado humano. Junto á este retablo hay una puertecita por la que entraron Bermúdez y don Alfredo á la capilla de la Santa, donde nació. Recibía esta capilla la luz por una vidriera, en la que un caballero sobre un caballo blanco da alcance á dos niños fugitivos. El caballero del caballo blanco es un tío de Santa Teresa; los niños fugitivos, Santa Teresa y su hermano don Rodrigo, que se van camino del Africa para ser martirizados. La imagen de la Santa brota de su hornacina entre los florecimientos y las ondulaciones del retablo churrigueresco. Hay una luz de aceite en una lámpara roja. Su resplandor llega al rostro dolorido de la Santa y temblorea en las nervaturas y en la hojarasca de los fustes. A ambos lados, sobre el zócalo, unas pinturas

murales apenas pueden distinguirse: son pasos de la vida de Teresa de Jesús.

Bermúdez levantó el manto de la imagen y descubrió la talla en madera.

— ¿Ve usted? — le dijo á don Alfredo—, está vestida. Viene á ser lo de la Soterraña. ¡Qué ignorancia!

— Eso es frecuente. En Sevilla los santos del primer imaginero español, de Martínez Montañés, están vestidos...

— ¡Pobre Martínez Montañés!

— ¿Por qué?

— Porque esculpió sus santos para que se los vistiesen las solteronas. Yo las odio.

—No se debe odiar á nadie, y menos á las solteronas.

—Sí, señor; las odio, porque no saben entretener su celibato forzoso sino haciendo vaciedades. La solterona es una resultante de la monogamia católica. Odio á la monogamia, al catolicismo y á las solteronas...

Don Alfredo se rindió. En aquel momento entraba en la capilla un hermano, acompañado de tres señoras vestidas de negro.

Bermúdez quiso suponer que eran solteronas para despreciarlas. El hermano abrió una puerta, y las tres mujeres enlutadas le siguieron á una reducida estancia, donde se veneran las reliquias de Santa Teresa. Bermúdez hizo entrar con él á don Alfredo. El lego mostraba ya las reliquias á las señoras. Primero, «el dedo índice de la mano derecha de la Santa», en un tubo de cristal sostenido por un pie de bronce. Luego, «el báculo que acostumbraba llevar en sus viajes», resguardado en una caja de cristal. Después, un rosario que usó frecuentemente y «la suela de una de sus sandalias». Las señoras se enternecían contemplando el dedo sacro, amojamado, con la gala póstuma de dos ó tres sortijas de amatistas y topacios; el báculo, exornado de lacitos de seda; la suela de la sandalia, con una cenefa bordada. Las tres señoras besaron la suela al través del vidrio y pusieron sus manos en algunos exvotos. Un gran corazón de bronce, con sus llamas, les preocupó, porque no estaba traspasado. Bermúdez, lleno de indignación contra el lego, que sólo atendía á las señoras, empezó á murmurar:

—Pues es lo lógico, ridículas beatas... ¿Ve usted, don Alfredo? Este exvoto, ó lo que sea, tiene una inscripción en francés. En Francia, *malgré* Lourdes, no son tan...

Don Alfredo le suplicó que se callase. En una bandeja las señoras habían dejado tres monedas de plata. Don Alfredo puso también una.

—Eso es—dijo Bermúdez—. ¡A peseta la entrada! Pues yo no pago...

Y salió delante del lego.

La iglesia iba llenándose de fieles. En el coro los frailes continuaban el canto.

Bermúdez dejó vagar á don Alfredo por las naves y se situó al lado de un confesonario. Algunos muchachos esperaban turno para confesarse. El confesor los atraía cariñosamente. Los pecadores doblaban la cabeza, y sólo se veían unas manos pálidas y paternales sobre los hombros infantiles. Luego, los muchachos, absueltos, se arrodillaban en un altar con los brazos cruzados. Bermúdez los compadeció. Cuando se aproximaba la Salve, un carmelita viejo salió del confesonario, y frente al altar mayor hizo una gran genuflexión. Algunas

muchachas, con vestidos blancos, iban de un altar á otro. Junto á la puerta se reunían los hombres, y las mujeres procuraban sus sillas. En un reloj de timbres musicales dieron las siete. Un hermano colocó en el suelo una alfombra roja, en la alfombra un atril y en el atril una vestidura de seda y oro. El órgano preludió la Salve y los frailes aparecieron con sus capas blancas, en doble hilera, con cirios ardientes en las manos. La luz de los cirios se quebraba en las grandes tonsuras y ponía su lividez en los párpados caídos. El prior, entre los ciriales, llegó al atril y abrió el cantoral. El órgano resonaba en un concierto de notas agudas y de notas graves. Los motivos de la Salve tenían en sus flautas un temblor de lamento y de queja; luego, una frase larga, noble, de resignación, y después un desprendimiennto alegre, de trino, lleno de esperanza y de amor.

De los labios pálidos de los religiosos fluía grave, voluptuosa y armónica la salutación:

—*¡Salve Regina!..* Y seguían las jaculatorias nobles, líricas: *Mater misericordiæ... Vita, dulcedo, spes nostra, Salve...* El órgano

y las voces se inflamaban de tristeza y de bondad... *Ad te clamamus exules filii Ævae... Ad te suspiramus gementes et flentes in hac lacrymarum valle...*

Don Alfredo, al contemplar la escena con recogimiento, experimentaba una sensación de calma. Había visto á Asunción al lado de sus hermanas, arrodillada, con el rumor de un rezo en los labios. No se atrevió á aproximarse. Frente á él, un carmelita anciano, de cara magra y actitud beatífica, entreabría sus labios suavemente y las jaculatorias de la Salve brotaban de ellos como flores de humildad y de bien. Don Alfredo envidió la suerte de aquel anciano, y mirando su ropaje blanco de pliegues estatuarios, su faz macilenta y sus manos ascéticas con el cirio entre ellas, creyó ver un santo bondadoso y enfermo de Zurbarán. Envidió la fe, la vida serena, la ausencia de pasión y de duda. Hubiese querido ser aquel fraile carmelita y como él llevar un hábito blanco para contener su cuerpo macerado, lleno de resignación y de alma. Lloró la muerte de toda ilusión y se sobrecogió ante su espí-

ritu desolado de escéptico. ¡Ser aquel fraile, tener un rosario, un cilicio y un libro! ¡Amar sólo con amor abstracto! ¡Haber domeñado la ambición y la carne, y aguardar la gran hora estoicamente, adormecidos los ojos en una visión de gloria!.. Todo le hablaba de la fe en una voz inefable. El órgano con sus finas resonancias y sus audiciones solemnes. Los religiosos elevando á las naves su deprecación florida. Los fieles con el murmullo de sus rezos. Y don Alfredo, emocionado, abrió su alma á las creencias y volvió á sentir amor por todas las ideas, por todas las cosas y por los hombres todos.

La Salve terminaba. Ya el prior había recorrido la doble hilera de religiosos moviendo frente á cada uno el aspersorio. Luego lo volvió á los fieles: á un lado, á otro. Los bendijo. El turiferario perfumó con incienso el ámbito de la iglesia. Los padres carmelitas apagaron sus cirios, y antes de irse se prosternaron frente al altar mayor.

Entonces don Alfredo se encontró con Bermúdez. El secretario le dijo:

— Ahora va á salir Asunción. ¿Quiere usted darle la carta?

— No, aquí no — repuso don Alfredo.

Y este escrúpulo hizo reir sardónicamente á Bermúdez.

XI

El misterioso revuelo de sotanas continuaba en casa del señor Batalla. Había llegado Septiembre. Los pájaros de Bermúdez probaron el fruto de la parra que él se encargó de vendimiar. Las noches eran frías, y ya Bermúdez no disputaba en el patio, mirando las estrellas, con el señor Batalla. Prefería el abrigo de la cocina, y alguna vez logró que lo acompañase don Alfredo. El vaivén de la cocinera encantaba al secretario. Don Alfredo hacía sus observaciones filosóficas y amables y soñaba de nuevo una vida familiar, quieta y mesurada, sin exaltaciones y sin tedio.

Desde la tarde en que fué á la Santa no había vuelto á ver á Asunción. Bermúdez le aconsejaba que la persiguiera, que le hablase; pero

él no tenía arrestos para eso. Muchas veces quiso llegar á un renunciamiento total de aquella pasión naciente y tuvo entre sus dedos la carta de amor para romperla. Tampoco pudo. Su falta de voluntad para todo le asustó.

Bermúdez frecuentemente le traía noticias. Andaba desorientado. Había querido sonsacar al señor Batalla una aclaración; pero el señor Batalla, cauto y en guardia por sus bromas, no le dijo nada interesante. Aquel cura viejo venía tres veces por semana á hablar con Asunción. Era un cura muy viejo, de andar trabajoso y mirada hostil. Bermúdez le había perseguido para mirarlo á la luz del día.

—¡Buen pájaro!, don Alfredo. Ni cuervo, ni buho. Es un grandísimo y solapado buitre.

Algunos otros sacerdotes aparecían por el zaguán y espantaban á las palomas con los aletazos de sus manteos. De cuando en cuando, el señor Batalla los sentaba á su mesa, y en tales días, su mujer sacrificaba dos ó tres aves del corral mientras él desempolvaba algunas botellas de vino añejo.

A últimos de Septiembre, don Alfredo, muy hostigado por Bermúdez, se resolvió á dar su carta á Asunción. Bermúdez le había dicho: «Si, como yo creo, hay algo de monjío, esa carta irá á deshacerlo.» Don Alfredo no pensaba lo mismo, pero creyó que debía abandonar aquella actitud pusilánime y dejarse de conjeturas. El creía que la carta iba á ser inútil. Bermúdez lo contrario. Ambos se fundaban en presentimientos. Debía, pues, echar la suerte á ver...

Esta idea le dió fuerzas para sentirse esperanzado. Tal vez la vocación de aquella muchacha fuera débil y la carta acabase de minarla. Tal vez no tuviese propósito de hacerse monja y las visitas de los sacerdotes se explicasen con otras razones. Era indudable que Asunción tenía gran fervor religioso. Sus actitudes, rezando, eran actitudes de santa en éxtasis. En sus ojos negros no había un solo resplandor de lujuria. Sus labios rojos no modelaban besos, sino que insinuaban preces. Pero nada de esto impediría el amor humano... Los ojos negros — pensaba don Alfredo —

aprenderán la ciencia de las largas miradas voluptuosas. Los labios rojos tendrán momentos de fiebre, y las manos blancas, de nácar, como las cuentas de su rosario, se rendirán á una adoración de erotismo y de arte... Pensando así, don Alfredo se consideró dichoso y volvió á presentir la vida del hogar: la madre vestida de blanco, como una sacerdotisa; los ojos azules de un niño, que sonríen... Don Alfredo hubiese querido ir junto á Asunción para decirle: «Asunción: no vaya usted al convento. Si usted quiere ser santa, lo será dos veces siendo madre. Asunción: si usted quiere redimir un alma, redimirá la más triste si redime la mía.» Pero Asunción estaba lejos. Todas las mujeres están lejos—pensó—cuando hay más elocuencia y más amor en el corazón de los hombres.

Se proponía entregar por sí mismo la carta. Una tarde volvió á ver sola á Asunción á la hora en que acostumbraba llegar el cura viejo, el grandísimo y solapado buitre, según Bermúdez. A pesar de esto, salió al patio. Asunción estaba leyendo en un devocionario.

Al sentir los pasos de don Alfredo, levantó los ojos y se ruborizó intensamente. Don Alfredo, emocionado, no pudo hablarla, dejó caer la carta á sus pies y salió á la calle. En la puerta se vió frente á frente con el cura, y su mirada inquisitiva y fría le inquietó.

Anduvo errante por las calles de Avila, al ras de las tapias de los conventos y bajo las luces eléctricas temblorosas y exiguas. Echó de menos á Bermúdez. Las preguntas que mentalmente se iba haciendo hubiese querido hacérselas al secretario. ¿El cura se habría apoderado de la carta? Entonces... ¿estaba todo perdido? Acaso Asunción pudo esconderla, en el pecho, que es donde esconden las mujeres las cartas de amor. ¡Oh, si estuviese su carta en el pecho de Asunción! Todas las palabras serían labios para besarlo... Y luego, cuando el buitre desapareciese, Asunción leería su carta... Pero si donde estaba era en los bolsillos del sacerdote, las palabras de amor se retorcerían inflamadas por la ira.

Don Alfredo, con tales dudas, sufrió. Le parecía que toda la tristeza de la ciudad dormida

se le entraba en el alma. Al volver á la casa, Bermúdez le abrió la puerta para preguntarle:

— ¿Le dió usted la carta?

— Sí.

Y le explicó.

— Hay que esperar — dijo Bermúdez.

La espera fué de muchos días. Los álamos de la carretera comenzaban á desprenderse de sus hojas. A los paseos llegaba melancólico el otoño. Don Alfredo se recluyó en sus habitaciones. A veces daba una vuelta por el jardín, pero las plantas desmayadas y las hojas secas le entristecían. El cisne de la fuente, con su jinete desnudo, disparaba el agua, y el chorro caía luego en el tazón verdoso y enfermo, donde nadaban algunas hojas mustias.

Los pájaros de Bermúdez cantaban á pleno sol, y cuando, al atardecer, llegaba un viento frío, Bermúdez y su amiga los recluían en sus habitaciones.

Asunción no había vuelto á salir al patio. Don Alfredo y Bermúdez hablaron de ello.

— ¿Será por el frío, amigo Bermúdez?

— Sí, y por usted. El buitre sigue viniendo. Ahora las pláticas son arriba, en la casa... Aquí lo que nos convenía saber era si Asunción está prisionera á la fuerza ó por su voluntad. ¿Vamos á tener una novela?.. ¿Usted cree que no? La Iglesia no varía nunca. Si quiere á Asunción para sí, luchará por todos los medios contra usted. El asunto es bien claro. ¿Ha leído Asunción la carta de usted, ha flaqueado en su fervor, titubeado en su vocación? Encierro. ¿La ha leído sin conmoverse, segura de sí misma? Encierro, por si acaso. ¿No la ha leído porque el buitre se la quitó de entre las manos? Doble encierro para evitar las persecuciones de usted... La estrategia es esa: encierro, encierro y encierro... Hay otra cosa: al señor Batalla podría parecerle una buena boda para su hija mejor que la entrada en un convento. Pero el señor Batalla es un gran fanático, lo tengo bien sondeado, y lo menos que se figura es que su hija va á ser una santa. ¡Majadero! ¡Cuánto mejor no estaría Asunción llamándose Asunción Batalla de Sangil, que no Sor Rudesinda ó Sor Eufemia! En fin... ¿Por

qué no le habla usted al señor Batalla? Tal vez...

—No, no le hablo. Ya sabe usted que no quiero luchar, que no puedo... Sólo de un modo lucharía.

—¿Cómo?

—Si supiera que Asunción lo deseaba. Con una palabra de ella... Pero esa palabra no llega, ya lo ve usted. No sabemos nada. No averiguamos nada. Lo mejor es rendirse... Todo esto ha sido una ilusión del verano. Yo sigo estando enfermo, triste, con un tedio incurable. Volvamos al plan que trajimos de Madrid: vida obscura y tranquila, sin noticias de nadie, sin amigos, sin mujeres, sin libros.

—No —repuso Bermúdez—; yo creo que nunca llega la hora de morirse. ¿Sin amigos? ¿Sin libros? Está bien. Sin mujer, no. Eso nunca. Ya ve usted á lo que yo he recurrido... Aquí no tenemos que hacer más que una cosa: esperar. Si el asunto se tuerce no vamos á pasarnos aquí el invierno. ¡Sería horrible! Nos remos á un pueblo de Levante, tranquilo y ti-

bio; alquilaremos una casa con palmeras, frente al mar. Pero, eso sí, hemos de pasar unos días en Madrid, á ver si usted se anima... Mire usted, creo sinceramente, don Alfredo, que comete usted un gran delito no queriendo luchar en cualquier sentido. Un hombre íntegro, desprendido de bajas pasiones, como usted, rico y culto además, hace mucha falta en España. Yo puedo decir de mí, y decírselo á usted solo, que me avergüenzo de ser español. Yo quisiera ser hijo de una gran nación, y que esta gran nación fuese España. ¿Por qué no trabaja usted á ver si lo conseguimos? Yo creo que hay un grupo de gente nueva, sin un solo lazo con la España antigua, que se iría con un político joven y revolucionario que no tuviese historia y que llegase de pronto como de otro mundo...

Estas palabras de Bermúdez quedaron flotando en el ánimo de don Alfredo, y le distrajeron un poco de sus preocupaciones amorosas. Bermúdez, soñador, le hizo gracia. ¿Iba á ser él, precisamente él, quien levantase á España? Por lo visto, Bermúdez creía en los apostola-

dos. Creía en los hombres quiméricos y milagrosos que, de pronto, con heroísmos y genialidades, reformaban y engrandecían á los pueblos. ¡Era admirable Bermúdez! De sus viajes le había nacido aquel patriotismo. La pesada magnificencia de New-York, la actividad mágica de Londres, el cosmopolitismo amplio y risueño de París y la vida urbana y apacible de los cantones suizos le parecían envidiables. Pero no iba á lo íntimo de aquellos pueblos: veía el panorama como buen turista y se quedaba sin noción de lo familiar, de lo recóndito, de lo que es igualmente triste en todos los pueblos. No; don Alfredo, de decidirse á reformar á España, no tomaría de modelo á ninguna otra nación. Pensaba que debían reformarse las almas, y para las almas y para las pasiones no conocía ni razas ni fronteras. No se le ocultaba que su teoría era antipolítica, pero no estaba dispuesto á limitar sus pensamientos y á concretar sus ensueños vagos por complacer á Bermúdez. Decididamente, él no reformaba á España. Allá Bermúdez y los suyos. El, no...

Por aquellos días recibió carta de Ruiz-Prieto. «¿Qué haces ahí? — le decía —. Ven, hombre. No te cases aún. Aquí la temporada de invierno comienza ya. Hay una elección parcial de diputado. ¿Quieres ir á ella? El gobierno te apoyaría. Como no tienes historia ni compromisos, lo mismo debe darte ir con Moret ó con Maura. Eso de ser conservador ó demócrata, republicano ó monárquico, es una majadería. De no ser anarquista... Pero ¿vamos á ser anarquistas tú y yo? ¿Para qué? Yo no sé si tú, como eres tan raro, á pesar de tu juventud, de tu renta, de tu talento indiscutible y de tu suerte con ellas... (á propósito, no he visto á Luisita; me dicen que está enferma; ¿será por ti?) tendrás, es decir, exteriorizarás ideas peligrosas. Harías mal en molestarte. Todos te esperamos con los brazos abiertos. Si quieres, voy á buscarte en mi auto, un cuarenta Gobrón. ¿Hace?»

«Querido Ruiz-Prieto — le respondió una tarde don Alfredo, por distraerse —: No voy á poder casarme. Como en una novela de Galdós, un cura me ha salido al encuentro. Yo no

pienso darle que hacer. Mi secretario y amigo, el insigne Bermúdez, por esta causa está más rabiosamente anticlerical que nunca. No le he leído tu carta, porque si se la leyese me obligaría á aceptar ese acta de que me hablas. Yo no la quiero, pero es posible que á él le sirviese. Consúltalo con tu jefe. Es cierto; yo no tengo «historia ni compromisos,» y puedo irme con éste ó con aquél. Pero yo he decidido no moverme, no estorbar. Si un día — ¡ni pensarlo! — entrase en la vida pública, os reiríais de mí. Entraría creyendo en el honor, en el bien, en la libertad, en la justicia... ¿De qué sirve entre vosotros un hombre así, ingenuo, primitivo? No, gracias por tu ofrecimiento. Aún no sé cuándo saldré de aquí. No me aburro más que en cualquier otra parte. Si acaso, siento la nostalgia de un río, de un lago ó del mar. Hace poco Bermúdez, para distraerme, compró una pareja de gansos y los echó á navegar en una fuente pequeña que tenemos. Y mira tú cómo estaré de la cabeza, que me puse á hacer unos versos en los que mis gansos, con sus plumas de nieve y sus picos rojos, lloran

porque quisieran ser cisnes. ¡Los pobres!.. Es decir, yo los calumnio suponiéndoles ambiciones humanas. Son gansos, afortunadamente para ellos, gansos, y parecen satisfechos de sí mismos, de su cuerpo torpe y amazacotado, y de sus pescuezos, que no tienen la admirable y nerviosa longitud de sus hermanos los cisnes. La enfermedad de Luisita me preocupa. Te agradezco el aviso. No me atrevo á ir á verla, pero tú, de mi parte, puedes acercarte á su casa después de hacer efectivo el cheque que te adjunto. Luego me escribes una carta diciéndome cómo está.»

Y don Alfredo, después de firmar la carta de Ruiz-Prieto, pensó en Luisita. Recordó sus días de pasión al lado de ella, cuando, anegado en los mares afrodisíacos, comenzó á sentir escrúpulos de castidad y ciertos temblores de ascetismo. Tuvo entonces una gran vergüenza interior y todo, la mujer y la vida, le parecieron cosas frágiles y despreciables. En aquellas horas crueles sólo un libro le había confortado: el de los soliloquios del Emperador Marco-Aurelio: «Tú, como quien en breve ha de

morir, desprecia tu cuerpezuelo, que no es otro que una crasa sangre, unos huesecillos y un tejidillo de nervios, de pequeñas venas y de arterias. Mira qué cosa viene á ser tu espíritu: viento es; ni siempre un mismo viento, antes bien, de un instante á otro renovado...» «Entrégate de todo tu corazón al hado, estando pronto á que te destine á los fines que quisiere...» «Ya dentro de poco habrás de morir. ¡Y que aún no acabes de ser sincero é imperturbable, libre del error y sospecha de que lo que está fuera de ti pueda dañarte, benévolo para con todos y persuadido de que no hay otro saber que el bien obrar!..»

Don Alfredo, leyendo á Marco-Aurelio, creyó beber en una fuente de linfa sosegada y medicinal. Sin embargo, la filosofía estoica no lograba reducir por completo su espíritu. Pero hacía bastante con refrescarlo en las horas de angustia en que se siente la pesadumbre de la vida.

Así entonces, cuando el afecto por una mujer le renovaba las pasiones y los ensueños de la juventud, sólo recurriendo al estoicismo

podía ir preparándose para la resignación. Esperaría con firmeza el desengaño. Al recibirlo, tendría una noble actitud de indiferencia y de bondad. Su amor hacia Asunción, todavía espiritual, ¿no era, según el filósofo, como todas las cosas propias del alma, «un sueño y un poco de humo»? Pues he aquí que despertaba y que el humo, azul, mórbido y fantasmagórico, iba desvaneciéndose en el espacio, en la luz vibrante de la fatalidad. He aquí que volvía á verse solo, á contemplarse espiritualmente huérfano de toda ilusión, de cuanto pudiese apartarle de la gran verdad que consiste en no esperar de las pasiones de los hombres nada que no sea frágil y mezquino y breve... Nada que no sea egoismo... Nada que no sea instinto.

Don Alfredo pensó así cuando ya el otoño se había señoreado de su jardín, cuando el paisaje, desde su terraza, era más triste y melancólico. Pero don Alfredo, estoico, imperturbable y conforme con todo lo que viniere, pisó sin compasión las hojas secas, vió sin afligirse la ausencia de sus flores y abrió sin temblar

una carta de Ruiz-Prieto en la que éste le decía: «Luisita me agradeció mucho la visita y tu recuerdo. ¡Cuántas preguntas me hizo! Está mejor; me parece más linda que nunca. Me dijo que sólo piensa en ti.»

«Me dijo que sólo piensa en ti», volvió á leer don Alfredo, y luego cerró la carta, la guardó y tuvo una mirada amable para las aves blancas—casi cisnes—que nadaban sobre el agua enferma del tazón de la fuente.

XII

En la mañana del día 14 de Octubre un repique general de las campanas de Avila despertó á don Alfredo. Oía de cerca las de San Vicente y la Catedral, con un sonido grave, de amplia vibración. Luego, á distancia, confundidas casi, las campanas de los conventos y de las parroquias, de sones algareros y estridentes y de sones rotundos. Algunas volteaban con alegría y otras con un temblor funeral. Don Altredo pensó en las cigüeñas, huyendo espantadas hacia lo azul; en los campanarios, ebrios de ruido, volteando sus campanas, y en las propias campanas, en las que quiso suponer un alma...

Luego, el silbido de los voladores y su detonación seca le aturdieron. Por la carretera

pasaron varios coches rápidamente, rechinando sus ejes y sus ruedas, y el tamboril y la dulzaina dieron al aire sus notas primitivas y agrestes. Don Alfredo fué á ver á Bermúdez, que estaba entre sus pájaros.

—¿Qué es hoy?

—Víspera de la Santa. Estamos en fiestas. ¿Irá usted á ellas?

—Yo, no.

—Yo me prometo no perder nada: ni el reparto de limosnas; ni la procesión general con la concurrencia de Autoridades, Corporaciones, Hermandades y Cofradías; ni la función que se consagra á la Seráfica Virgen del Carmelo, con asistencia del Ayuntamiento en pleno; ni la que se dedica á la Excelsa Patrona; ni la que se celebra para milagroso fomento de la industria y el comercio de este bendito pueblo. Además haré el novenario de la Santa. Me ha convertido el señor Batalla. Usted debía venir conmigo.

—No, yo no pienso salir de casa.

—Hace usted muy mal. Avila está transformada, tiene un aspecto nuevo. El espíritu de la

Santa lo llena todo. Todo el mundo bendice á la Santa. Ella, desde el cielo, protege á los comerciantes, y éstos ven sus tiendas llenas de gente que solicita un par de zapatos, un sombrero ó un grabado que da idea de la transverberación.

—¿Y eso le parece á usted mal, Bermúdez? A mí, no. Para el comerciante el asunto es vender, y todo lo que le haga esto posible es respetable, es lo único, mejor dicho. Un hombre que se haya hecho rico vendiendo retratos del papa no puede dudar de la infalibilidad pontificia. El análisis de la vida y del origen de la vida no preocupa sino á unos cuantos filósofos y poetas que no tienen tienda de nada. En todo pueblo en que haya un santo de importancia, un gran recuerdo histórico ó un manantial milagroso, el santo, el recuerdo histórico y la fuente tendrán sus más apasionados defensores en los comerciantes. Vamos, sea usted bravo. Váyase á Tierra Santa y trate de demostrar que Cristo no murió en la cruz. Váyase á Lourdes y trate de cegar el manantial... En fin, haga aquí en Avila la prueba: váyase á

un comercio y permítase una ironía acerca de la Santa... Lo matarían.

—Eso habría de verse. Pero no haré la prueba. Tiene usted razón; si de aquí desaparece la Santa, no queda nada.

—Claro. Créame usted, Bermúdez. No se puede pensar en Avila sin pensar en Santa Teresa; fué una mujer tan grande, una pensadora tan profunda, un espíritu de tal misticismo y de tal sensibilidad, que ha dejado para mucho tiempo su recuerdo. Sólo que yo me permito pensar que sería más grande si no la hubiesen canonizado, que sería más grande si no se quisiera hacer de ella una suerte de ángel que vivió sólo espiritualmente. ¿Espiritualmente?... Es más noble haber dominado el instinto carnal; ¡hay tal sacrificio en esta dominación! El recuerdo de Teresa de Jesús está empañado por el fanatismo y por la ignorancia de este pueblo. Yo, por mi parte, lo deploro, y pienso que soy más devoto de esta mujer singular, á quien leo y á la que no rezo, que la mayor parte de los teresianos... Y, por otro lado, que los comerciantes vendan sus sombreros y sus

estampas, que los carmelitas suban al púlpito y nos describan y ensalcen nuevamente los éxtasis y arrobamientos de la Santa... A cada uno lo suyo: para los comerciantes y los frailes, una santa; para mí, una mujer sin par.

Don Alfredo y Bermúdez siguieron conversando un largo rato. Luego don Alfredo se quedó solo.

Bermúdez, al día siguiente, ya de noche, le preguntó:

—¿Está usted dispuesto á todo?

—¿A qué, hombre?

—¿A oir una gran noticia?

—¿Referente á Asunción? ¿Ha ido ya al convento?

—Sí, señor. Hoy, 15 de Octubre, Santa Teresa, el gran día de Avila, la señorita doña Asunción Batalla ha entrado de novicia en el convento de las Madres. Su beatífico padre, su amantísima madre y sus anémicas y virginales hermanas, en unión del Reverendo Buitre, la acompañaron para despedirse de ella. Asunción, con su cuerpo robusto y con sus

labios de cereza partida, va al claustro. Si fuese cualquiera de sus dos hermanas, ya pasadas, lo comprendería; pero ella, con tanta vida, tan bien dispuesta para el amor físico... ¡Increíble! Por primera vez en la vida, Bermúdez, el gran filósofo-fisiólogo se ha equivocado. ¿No recuerda usted?.. Yo decía de las hijas del señor Batalla: las dos mayores van para santas, á la fuerza; pero la menor... Y vea usted...

Don Alfredo no respondió. Con una sonrisa resignada é irónica dejó hablar á Bermúdez. De toda la filosofía del secretario brotaba lealtad y cariño para él. Y le era grato en aquella hora de decepción oir una voz amiga que se alteraba y se apasionaba como si expresase un dolor propio. Bermúdez continuó:

—Yo no creía que pasaban estas cosas. Diga usted que aquí no ha habido lucha. Tal vez Asunción se ha ido al convento sin saber que un hombre como usted la amaba hasta cometer por ella la majadería de casarse. La falta de voluntad de usted tiene la culpa de todo. Usted debió hablar y asediar á Asunción. Se la han llevado sin trabajo. Si á última hora la mucha-

cha dudó algo, allí estuvo el Buitre para convencerla y para herirla con sus garras en último caso... Ahora bien: esa carta de usted debe volver á nuestro poder. Y quien va á devolverla va á ser el Buitre. Yo lo buscaré.

Durante varios días Bermúdez se dedicó á perseguir al cura viejo. Pronto averiguó que era capellán de monjas y la iglesia donde decía misa.

Entretanto don Alfredo se consagraba á una tristeza mansa, á una vida quieta de íntima y disfrazada tortura. Cuando reflexionaba sentía la impresión de mirar á una oquedad tenebrosa. No daba á su afecto por Asunción sino la categoría de un accidente pasional: á lo sumo, había detenido el curso de su pesimismo y de su tedio que, en definiva, le llevaba á un acabamiento por voluntad pasiva, á un dejarse morir sin temblores trágicos. Sólo deseaba poder graduar su enfermedad; acelerarla hacia el fin si se obstinaba en retardarlo... Ya todo lo había vivido. Bajo su aspecto de hombre imperturbable, un alma voluptuosa y quimérica aleteaba, un alma que había sentido la intuición

de todas las grandezas y de las flaquezas humanas. Y pensaba en el misterio de la muerte con la elegancia mental de un filósofo latino que no dudase en herirse las venas después de crear un sofisma nuevo.

Bermúdez llegaba á la casa por las noches, cansado de ver funciones religiosas, bailes populares, cucañas y fuegos artificiales. Se aburría. Su entretenimiento doméstico le iba cansando también; lo único que deseaba era hablar con el Buitre. El señor Batalla apenas se dejaba ver, y se había puesto tan serio, tan reservado, con una cara tal, que Bermúdez, no se atrevía á hablarle sino de cosas triviales.

Una tarde, concluídas las fiestas, don Alfredo recibió la visita del cura. Le sorprendió. El cura le esperaba en la sala, de pie, con los manteos recogidos.

—Yo no sé á qué debo... — comenzó á decirle don Alfredo.

—Un caballero que, según tengo entendido, vive con usted — repuso el sacerdote —, me dijo que usted deseaba recuperar una carta que no hace muchos días puso en poder de Asun-

ción. Es muy justo. Yo intercepté aquella carta, que venía á perturbar á mi hija espiritual en la paz de su alma cuando preparaba su noviciado; pero pensé siempre en devolvérsela á usted.

—Yo no la quiero— contestó don Alfredo—. Sólo una cosa deseo saber: ¿leyó mi carta, Asunción?

—No, señor. Ya le he dicho que yo la intercepté. No podía permitirle que la leyese. Ya Asunción pertenecía al Señor.

—¡Qué había de pertenecer! — interrumpió Bermúdez, entrando de pronto en la sala—. Si usted estuviese seguro de la vocación de ella se la dejaba leer. Puede usted estar satisfecho de haber consumado una buena obra llevando al claustro á una joven que hubiese sido una perfecta casada, una madre admirable.

—Más perfecto—dijo el sacerdote—es el estado á que va á consagrarse. He cumplido con mi deber. Aquí está esa carta.

Don Alfredo la tomó y la puso tranquilamente sobre una mesa. El sacerdote hizo ademán de retirarse.

—¡Más perfecto! — dijo riendo Bermúdez—. No, no se vaya usted. ¡Si tenemos que hablar!

El sacerdote contestó, levantándose:

—Con usted, de nada. He puesto en manos del interesado la carta. Adiós.

—Bermúdez — dijo don Alfredo —: le ruego que no discuta con el señor.

—Bueno, que se vaya; pero si fuese yo el burlado...

Y vió, rabioso, salir al sacerdote con los manteos recogidos y la cabeza baja, renqueando. ¡Pero aquel don Alfredo no tenía sangre! ¡Bah!.. El Buitre iba por la carretera. Bermúdez salió á la ventana, y haciendo bocina con las manos, gritó muchas veces:

—¡Cuá! ¡cuá! ¡cuá!

Lo vió entrar por la puerta de San Vicente. Entonces sacó medio cuerpo de la ventana, y con la cara roja de ira y la voz estentórea, volvió á gritar:

—¡Cuá! ¡cuá! ¡cuá!

Luego se derribó en una butaca, frente á don Alfredo. Estaba apenadísimo.

—¡Ah, don Alfredo!—exclamó—. No puedo perdonárselo á usted. Yo quería pisar al Buitre. Yo había simbolizado en él á la Iglesia, y á esta ciudad aburrida é hipócrita. Le hice el cuervo — ¡cuá! ¡cuá! ¡cuá! — porque no sé cómo hace el buitre. ¡Qué odio! Vámonos de aquí, don Alfredo. Yo no puedo seguir viviendo aquí. Estoy harto de clérigos y del cuerpo de nuestra maritornes. Vámonos á un pueblo alegre. A Sevilla, por ejemplo. Ahora hace allí un tiempo precioso. Yo quiero vivir. Yo quiero beber vida y manzanilla. Yo quiero que usted viva y que usted beba al lado mío, al lado de Bermúdez el Magnífico, el Vividor, el Grande.

— Nos iremos pronto adonde usted quiera; pero déjeme unos días más, sin preguntarme nada... En último caso, váyase usted por de pronto...

—Eso no.

—¿Por qué?

—Porque usted solo es capaz de todo, hasta de matarse...

—No, hombre.

—¡Vaya! Si es usted un caso de tristeza aguda é incomprensible. ¡Si no fuera por mí! Pero yo he de vencer... Hace tiempo que me he constituído en la voluntad artificial de usted. Yo, que, dicho sea en el más profundo secreto, tengo una barbaridad de talento, he comprendido que á los hombres como usted, de catadura quijotesca, no del Quijote bravo de los leones y los molinos, sino del Quijote cursi de Altisidora, hay que rehacerlos, y al rehacerlos ponerles más tierra en la masa que otra cosa. La tierra es fecunda. Ustedes, los hombres de nácar y de marfil, no son más que elegantes. ¡Pues me caso en la elegancia, y en las almas azules y en los corazones místicos! ¡Vida, amor y vicio! «Enaltezcamos lo superficial», he escrito yo una noche con vino en la superficie de una mesa de mi *cabaret* de Montmartre. Aquella noche una mujer acababa de engañarme, y yo me reí de ella y de todo el mundo, y escribí con vino mi sentencia profunda acerca del amor y del culto á lo superficial... Créame usted á mí, D. Alfredo, se lo suplico.

A don Alfredo no podían convencerle los discursos contradictorios y pintorescos de Bermúdez. En aquellos últimos tiempos él apenas hablaba, dejaba hablar á Bermúdez y se distraía escuhándole.

No quería irse de Avila. En una noche de insomnio proyectó el suicidio á plazo indefinido. Pensaba despojarlo de todo aire trágico y teatral. Se lo aplicaría como quien se aplica un remedio, con discreción. Tal vez bajo la máscara de una enfermedad ó de un accidente. Y ya en posesión de esta idea, una gran calma se entró por su espíritu. Todo le parecía bien. El otoño no era triste. Sólo bondad y belleza encontraba en los hombres y en las cosas. Asunción y Luisita eran un mismo sueño, y tanto se apagaba el recuerdo de la novicia, recuerdo de lirios y romanticismo, como el de Luisita, hecho de sensualidad y perversión. Nada tan grato para don Alfredo como ir viviendo su agonía. Aquellas horas suaves y sentimentales como una despedida y serenas y apacibles como una esperanza eran las horas blancas y buenas de su vida... Y Bermúdez,

sin saberlo, con sólo una sospecha vaga, creyendo impedir lo irreparable... ¡Bondadoso Bermúdez! ¡Amigo fiel! «¿Conoces tú— le decía don Alfredo espiritualmente — la intimidad de mi alma? ¿Vienes por las noches, cuando tengo lo infinito y lo inefable á mi lado, á distraerme, á marearme con el humo azul de tu cigarro? Es cierto, yo no soy de tierra, de tierra fecunda, como tú. Yo soy de quebradiza nácar. Deja que me vaya. Soy inútil. Soy triste. Yo debo morir...»

Don Alfredo no se hubiese atrevido á decirle nada de esto, frente á frente, á Bermúdez. Bermúdez atravesaba una crisis apostólica. Constantemente le hablaba de la patria y de la humanidad, empeñado en que don Alfredo con sólo quererlo, podría ser el redentor de ambas. Don Alfredo pensaba, cada día con más fe, en que la humanidad es irredimible, por el simple hecho de no tener nada que redimir. Bermúdez se obstinaba. No, no era cierto, como decía lánguidamente don Alfredo, que todo redentor acarrease, con un nuevo ideal, un dolor nuevo á los hombres. Pero Bermúdez no estaba para

discutir con don Alfredo, en primer lugar, porque don Alfredo no quería ni sabía discutir; y en segundo, porque entonces don Alfredo parecía medio loco. Bermúdez lo puso en observación. «Este hombre — se dijo — se me va á chiflar.» Don Alfredo pasaba largas horas escribiendo en su gabinete. Cuando tenía un buen número de páginas hechas se iba al jardín, mustio y casi invernal, y allí, junto á la fuente, las leía. Una tarde Bermúdez le sorprendió. Don Alfredo estaba solo. Leía en voz alta y accionaba con la mano libre de papeles.

— ¿A quién le lee? — se preguntó Bermúdez—. A ver. No hay nadie. Este hombre le lee al niño de la fuente. Este hombre se ha vuelto loco...

Entonces Bermúdez creyó conveniente santiguarse y sorprenderse y exclamar:

—¡Alabado sea Dios! ¡El pobre!..

Después, de puntillas, fué bajo la parra, ya desnuda, y se arrimó á la pared para escuchar.

Don Alfredo leía despacio. Leía con solemnidad y reposo en la voz, cosas al principio un

poco incomprensibles para Bermúdez. Este pronto se dió cuenta. Don Alfredo estaba desarrollando una disertación sobre el amor, no sobre el amor-idealismo, sino acerca del amor físico de lujuria y de fiebre. Era paradójico lo que decía don Alfredo. Bermúdez dió un suspiro y, resignado y curioso, se puso á escuchar.

Don Alfredo leía así:

«...Sólo el hombre primitivo y casto persigue á las ninfas de hoy con el propio ímpetu salvaje con que las persiguiera el Sátiro en una época fantasmagórica y pagana. El caprípedo cazando á la faunesa en los bosques druídicos, era como el orgiofante de un rito placentero y fecundo. Toda la liturgia estaba en la posesión de la ninfa, sobre los céspedes y bajo el sol. El Sátiro dejaba algo de su vida en el vientre de su amante efímera. Pronto la ninfa fecundada se libraba de los brazos de un Sátiro para caer en los de otro. No había más ley que la ley de la Fecundidad ó de perpetuación de la especie. El Sátiro desconocía la Voluptuosidad, que es la ley de los sátiros-hombres, de los sátiros fal-

sos. Sus lujurias no eran arbitrarias y recreativas como las de los hombres. Eran heroicas, rápidas y relampagueantes. El Sátiro no se prosternaba ante la Ninfa, ni trataba de saber sus ocultas bellezas, ni libaba en fuentes prohibidas, pródigas en sensaciones refinadas y dolorosas. El Sátiro era brutal y dominador. Por eso era casto... Cuando huyeron los sátiros, en un ocaso rojo, perseguidos por el cisne de Leda, el reinado de los sátiros-hombres comenzó...

»Entonces los bosques no fueron ya el tálamo de la Vida. Los sátiros falsos levantaron las ciudades. Las ciudades sin umbrías, sin árboles de fruto, sin arroyos de frescura y cristal. En los bosques, las flores y las aguas, las fieras y las aves continuaron sus uniones libres y fugaces, sin otro fin que el noble y casto de perpetuar la especie.

»Los sátiros se asomaban alguna vez en la hora encendida del ocaso; pero el cisne vicioso, con el pico, encendido también, los espantaba. Las ninfas cubrieron sus carnes para ocultar el rubor de los pecados nuevos, y los

hombres consideraron como un mal su don de ser fecundos... Las ciudades eran estrechas, y los hombres, en lugar de tornar á la selva, á ser libres, inventaron la Voluptuosidad.

»La Voluptuosidad hizo la guerra á la Fecundidad. Los sátiros, como tenían muchas ninfas que poseer y fecundar, no pudieron detenerse á gustarlas de mil modos. Los hombres sí, porque con su cambio de vida se hicieron egoístas y reflexivos, y cada hombre sólo pudo tener por suya una ninfa. Existió ya la propiedad sobre la ninfa, y la conquista de la ajena se llenó de dificultades. Entonces el hombre tuvo el temor horrible del hastío y pensó en sus antepasados sátiros, que habían tenido una existencia lujuriosa, saludable y alegre. El hastío de la carne llegó. Era el hastío de lo conocido. Fué preciso obtener lo desconocido, y saber encontrar mil laberintos y sinuosidades en un mismo cuerpo. Nació la Arbitrariedad, toda hecha de flores y de perfumes y de sabores exóticos. Nació la Estética del placer, toda llena de enseñanzas y de preceptos diabólicos. Los hombres se entregaron... El Vicio ¡tiene

alas de oro y brazos de marfil, y de sus labios rojos y procaces brota un aliento perturbador.

»Pero el Sátiro primitivo sólo huyó, y es preciso que lo reconquistemos. Tal vez no sea posible, porque, para conseguirlo, tendríamos que aniquilar á la Voluptuosidad. Estamos demasiado enfermos y nos hemos enamorado de nuestro mal. Como la belleza es cosa circunstancial, nosotros hemos llenado de belleza á nuestro mal. Nos abismamos en lo hondo de nuestro ser, allí donde estamos con todas nuestras tristezas, y tenemos el valor de mirar hasta el fin. Nos hemos convertido en espectadores de nosotros mismos... Los ojos han de estar abiertos, mirando á la vida siempre. Luego los labios pueden elevar un himno á las alturas ó quejarse amargamente.

»¿Cómo podríamos redimirnos? Una religión renovadora y una ética rígida, surgida de ella, se han opuesto á la libertad de los instintos y han visto crímenes donde sólo existen expansiones de la materia. Esa religión y esa ética han hecho al hombre hipócrita y pusilánime. El Sátiro hizo bien en huir. Su gesto paternal

y lascivo debía borrarse para siempre. Sobre la Tierra imperaba en adelante una deidad de gesto doloroso y sombrío. Los hombres se ocultaron y, dejando su primitividad ingenua, se hicieron pensadores y meditativos. Como los grandes y fecundos placeres les fueron negados, tuvieron que inventar los placeres artificiosos.

»Ya mucho antes del surgimiento de la religión renovadora, los hombres estaban cansados de vivir. El momento en que apareció el Cristianismo era el más intenso de su desfallecimiento y el apropiado para recomendarles el regreso á la vida salvaje y opulenta. Era el momento en que debía triunfar el Sátiro, y no el Mártir. La tierra entonces no debió llorar y verter la sangre de sus hijos. Debió reir y gozar sobre los céspedes y bajo el sol. Pero aquel momento fué tenebroso y trágico, y un Dios que aparecía con humildad, sin la altivez y el imperio de los viejos dioses, prefirió morir desgarrado antes que enaltecer la libertad de los egoísmos. Creía en la Gracia y en el Bien...

»Toda esta vida tangible se cubrió de pesimismo, y fué preciso poner esperanza en otra, sospechada en momentos de ensueño. Y la obra verdadera hubiese consistido en abandonar toda ficción y toda oferta de eternidad feliz y toda amenaza de atormentada eternidad, para alegrar y rejuvenecer y refrescar la vida de los hombres sobre la tierra. La marcha debió ser hacia un paraíso de regocijo y de salud, y no hacia un huerto melancólico donde todo — Naturaleza y hombres — respiraba amargura.

»La virtud de la castidad, que aquella religión recomendaba, fué causa de grandes tristezas. Los hombres de temperamento sensual, que apetecían la glorificación, al tratar de hacerse castos, hubieron de sustituir unos goces por otros. Hubo entonces una fuerte lujuria en flagelarse, en torturarse y en lamer las llagas de los lacerados. El dolor llegó á ser voluptuoso. Los éxtasis y los arrobamientos fueron tanto como deliquios de amor. Los varones desprendidos de la mujer, en alto sacrificio de su sensualismo, pocas veces pudieron consumar su voto. Igual aconteció con las mujeres.

Entonces surgieron dramas intimos, nuevas tragedias de la carne, y entonces, en una atmósfera de incienso, se reprodujeron los hechos que sobre ciertas ciudades bíblicas acarrearon el fuego de Jehová.

»El hombre y la mujer, formando una carne sola, fueron un drama y una tortura solos, y pusieron las flores rojas del pecado y el luminar de oro de lo prohibido en el deseo de otro hombre y de otra mujer distintos de sí mismos.

»Un conjunto de leyes respetables y pintorescas opusieron su veto al placer espontáneo. Las plantas proseguían germinando como siempre, cuando su naturaleza lo reclamaba. Los insectos, los reptiles, las aves, las fieras y los peces se unieron sobre la tierra y entre los mares. Ninguna ley prohibió, ni prohibe, á la bestia virgen entregarse al celo en su época predestinada. Los padres, en el mundo de los irracionales, para nada se preocupan de las determinaciones amorosas de sus hijos. Esto es privilegio de los hombres. La virginidad de los irracionales nunca fué profanada por los placeres solitarios. Acaso algunas bestias domes-

ticadas los aprenden de los hombres, bestias caídas en desgracia, porque están á punto de humanizarse.

Es vana pretensión la de que el mundo vaya bien. Aherrojando los instintos, nos hemos echado encima la mayor pesadumbre. La lucha de los hombres no es sino la lucha del instinto contra la falsedad que quiere domeñarlo. Toda la tierra es un sitio de Troya. Todo nuestro mal se encuentra en haber proclamado la propiedad sobre la ninfa. Hemos querido volar por cima de la materia, y la materia se venga de nosotros... ¡Oh si volviese el Sátiro!.. Pero he aquí al cisne vicioso, con su plumaje cándido y su pico perverso, con su pico rojo y estremecido, que ha sondeado las entrañas de Leda, espantando para siempre al Sátiro primitivo y casto...»

Al concluir, don Alfredo rompió aquellas páginas sobre el agua inmóvil de la fuente. Bermúdez, confuso, sin ser visto se escapó. «¿Qué es esto del Sátiro? — iba pensando—. ¡Si volviese el Sátiro! Pobre don Alfredo. ¿Se irá á volver loco?»

XIII

El día 4 de Noviembre don Alfredo no pudo levantarse de la cama. Bermúdez, á los pies, con el puro apagado, le preguntó:

— ¿Qué va á ser esto, don Alfredo? ¿Enfermarse ahora? Pasar el invierno aquí... No. Es preciso que usted se ponga bueno, que no escriba esas cosas que luego rompe en el jardín...

— ¡Ah! — le interrumpió don Alfredo — ¿me ha oído usted? No. Si no me enfado. Yo leía aquello en voz alta, á la Naturaleza. No creí que ningún hombre me escuchase. Ya veo que usted...

— No, si yo no...

— Y usted habrá pensado que yo estaba loco...

— No, yo no.

— Vamos, sea sincero. Usted se cree que yo estoy medio loco, y probablemente me tiene lástima. Pues no hay tal. Nada tengo de desequilibrado. Leer alto estando solo es, sencillamente, una voluptuosidad. Parece entonces, amigo Bermúdez, que nuestra voz es otra voz, una voz exterior que nos conmueve, una voz ondulante que conoce todos los secretos del que escucha: por eso sabe ser trágica y suave y sentimental. ¿Qué me oyó usted? ¿La disertación sobre el suicidio?

— No, señor, afortunadamente no fué eso. Habría sufrido. Ya sabe usted lo que pienso: á pesar de todo, hay que vivir. Escuché una especie de discurso sobre el amor libre, muy raro, pero fuerte. Parecía escrito por mí...

— Me alegro de eso. Tal discurso, Bermúdez, lo he escrito en un momento en que el tedio me abrumaba demasiado. En uno de esos momentos de frialdad espiritual en que las grandes verdades pueden llegar á ser dichas. Si usted me pide que le diga dónde radica el infortunio de los hombres, yo le diré que radica en la falsa constitución del amor. Los hombres

se han empeñado en retorcer la única ley ineludible. El Cristianismo ha ido contra un instinto bueno: el del amor; y en pro de un instinto cruel: el de la propiedad. Y ha hecho algo peor, Bermúdez...

— ¿Qué ha hecho, don Alfredo?

Don Alfredo respondió melancólicamente:

— Ha hecho del amor otra propiedad. Si yo no me fuese á morir una de estas tardes, escribiría un estudio con el título de «La propiedad de la mujer». Sería un estudio paradójico y convenientemente incomprensible... Pero yo no lo escribo, porque, ya le digo, una de estas tardes, con la última hoja seca, me voy á morir...

— Está usted — dijo Bermúdez — extraordinariamente cursi. ¡Qué se ha de morir usted! Morirse á los treinta años de amor es, como morirse á los veinticinco ó á los setenta, una ridiculez. Usted no tiene más que aburrimiento y miedo. Usted es de esos que toman la vida con solemnidad, de esos que crean todo un sistema filosófico con motivo del menor accidente doméstico. Como yo lo quiero á usted

tanto, me atrevo á hablarle así. Usted es de la raza inútil de los misántropos. Usted es, como otros muchos, un onanista espiritual. ¿Qué empeño es este de vivir solitario?

—Ninguno. Si la soledad no está en el exterior vacío. Yo estoy solo teniéndolo á usted á mi lado, enmedio de una multitud, en un salón donde hablen muchas personas, y aun estoy solo cuando alguien me habla y yo le contesto. Verá usted. Coja aquel libro que está sobre la mesa.

Bermúdez le llevó el libro á don Alfredo. Este leyó:

— «Muchos buscan para su retiro las casas de campo, las orillas del mar, los montes; cosas que tú mismo solías desear con anhelo; pero todo esto es una vulgaridad, teniendo uno en su mano el recogerse en su interior y retirarse dentro de sí en la hora que quisiere; porque en ninguna parte tiene el hombre un retiro más quieto ni más desocupado que dentro de su mismo espíritu, especialmente aquel que dentro de sí tiene tal provisión de documentos, que, al punto, dándoles una ojeada, se halla en

suma tranquilidad: la que yo ahora llamo tranquilidad no es otra cosa que un ánimo bien dispuesto y ordenado.»

Don Alfredo cerró el libro.

— Bueno. ¿Y qué? — preguntó Bermúdez.

—Esto lo ha escrito Marco Aurelio.

—Tiene razón ese señor; pero no veo á qué viene lo que usted acaba de leerme.

— Viene á cuento de que yo no hago vida solitaria por estar en Avila, como usted cree. Viviré solo en todas partes. Para demostrárselo, en cuanto me levante, nos iremos de aquí, adonde usted quiera.

— Está bien; pero es preciso que usted se levante pronto. Ya los días son tristes y en la cama no se pasan bien.

No obstante la afirmación de Bermúdez, don Alfredo se pasaba los días en la cama. Hacía descorrer los visillos de su ventana y abrir la puerta de su alcoba. Así, con el torso descansando en varias almohadas, veía algo de la carretera: un pedazo de la tapia, el álamo, escueto ya, y un poco de cielo que los vidrios de la ventana encuadraban. Veía pasar curas y

mujeres enlutadas, y algunas muchachas con el cántaro en la cadera. Veía pasar, rápidamente, los coches de la estación y las diligencias empolvadas, con estrépito de ejes y de cascabeles. Algunos mendigos se paraban frente á la ventana y herían con los nudillos el cristal, implorando:

—¡Alabado sea Dios!

Don Alfredo entonces llamaba á Bermúdez para que los socorriese y después se quedaba muy triste.

— Mire usted — le decía á su amigo —, no hay más remedio que ser triste, se lo juro. Para ser alegre hay que no pensar en el viejo sufrimiento humano. El alma de la vida es la tristeza, y la risa y el placer la ponen en olvido. Yo sé cómo se llega á la alegría: se llega después de todos los escepticismos y se da entonces la alegría epicúrea, con sus fugas de tedio y su ilusión del suicidio. Se llega por voluntad, á veces, y nos encontramos frente á un egoísmo que tiene en su fuerza su defensa. Se nace alegre, se vive y se muere alegre, y hemos asistido á una vida saludable,

donde la humanidad física triunfa de la espiritual.

»Hay la dulce alegría infantil y la desbordante alegría de la juventud. Y ni aun éstas existen siempre. Muchos niños heredan la melancolía senil de sus abuelos, y muchos jóvenes han visto en su niñez, en su hogar, la intensa y desgarrante tristeza de la vida.

»La defensa de la alegría es un capítulo de la filosofía de la tristeza. Pero en él no ha podido demostrarse que la verdad de la vida esté en gozar de la misma. En cambio, se sabe de cierto que la humana tristeza conduce y mantiene y mejora la vida. Los grandes sentimientos se levantan en los pechos tristes. Los apóstoles y los revolucionarios son hombres tristes. Son tristes los poetas, y los sabios no podrían ser contemplativos y laboriosos si un velo de tristeza no les separase de la inconsciencia del mundo.

»El amor es el origen de los más duros tormentos. El amor familiar tiene con frecuencia temblores de tragedia. La mujer que deseábamos y que hemos hecho nuestra, pierde su he-

chizo al perder su misterio. Los padres, con su autoridad y su experiencia, amargan la juventud de sus hijos; y éstos, aturdidamente, preparan su libertad, que es un cambio de servidumbre. Luego hay desgracias irremediables. Si pensáramos serenamente, deberíamos ser tristes.

»Pero creo que se puede ser alegre, no obstante la pesadumbre de la vida, y sé que, regularmente, á la hora del abatimiento sucede el momento venturoso. Para mí, sin embargo, el más elevado espíritu es el que está pleno de tristeza.

»Yo hablo de una tristeza noble, limpia de fatal hipocondría, y, sobre todas, de la benévola tristeza de los humoristas, que dicen con frases risueñas los conceptos de los místicos y con palabras místicas las rebeldías de los hombres.»

Bermúdez no se atrevía á contradecir á don Alfredo. Con buen sentido pensaba que aquellos días grises y silenciosos de Avila no podían inspirar á un enfermo pensamientos de otro género. El mismo estaba, si no triste, lleno de aburrimiento y de mal humor.

El señor Batalla había estado una tarde á ver á don Alfredo. Hablaron de todo, menos de Asunción. Bermúdez se pasaba largas horas al lado de don Alfredo, sentado en un sillón de mimbre, contándole mil cosas para distraerle. Estaba un poco asustado: encontraba á don Alfredo muy pálido y con los ojos hundidos y mortecinos. ¿Se iría á morir de verdad? Era preciso salvarle. Se prolongaban ya los días de la enfermedad. Don Alfredo desvariaba á cada rato. Una tarde un ciego se puso frente á su ventana, como los otros mendigos, implorando. Tenía el ciego las órbitas vacías, rojas, temblorosas. Su cabeza era toda blanca, y sus manos parecían talladas en madera carcomida. Don Alfredo vió fijas en él las cuencas exháustas, y la mirada, roja y muerta, le asustó. Tuvo que llamar á Bermúdez.

—¡Ay! no puedo resistir la mirada de ese hombre.

—Por Dios, don Alfredo, si es un ciego.

—No importa. Me ve. Sabe que estoy aquí.

Y se tapó los ojos.

—Vamos, don Alfredo — dijo Bermúdez —; parece usted un niño. ¿Qué miedo es ese?

Luego abrió la ventana y dió al ciego una limosna para que se fuese. El ciego se fué. Los golpes de su cayada brotaron de la acera.

Otra tarde Bermúdez sorprendió á don Alfredo con el retrato de Luisita entre los brazos, contemplándole amorosamente. Entonces fué á Telégrafos y redactó en una hoja:

«Luisa Amor. Hortaleza, 30, Madrid. Venga en seguida. Don Alfredo mal de la cabeza. Estamos Avila. Pregunte casa señor Batalla... Bermúdez.»

Y quedó satisfecho de su resolución. Que viniese Luisita, á ver qué le pasaba á don Alfredo. La vida, así, no podía continuar. A don Alfredo, según Bermúdez, le estaban haciendo mucha falta un par de cosas: duchas frías, de presión bien fuerte, y una mujer. Una mujer —pensaba Bermúdez— es casi siempre un objeto que distrae. En ocasiones la mujer se convertía en un espectáculo aburrido. La natura-

leza de ciertas mujeres era tan simplicísima, que reclamaba la conformidad de un estoico y la resistencia de un mártir en el hombre que la soportaba. Como él no era ni estoico ni mártir, se había cansado hasta la amargura de su querida. Aquel amor de pueblo, de mujer sudorosa, sin agua de Colonia, sin tocador, le iba enfureciendo.

Aquello se ponía inaguantable. El invierno llegaba á toda prisa. Ya, á mediados de Noviembre, había caído la primer nevada... Hubiese querido salir á la carretera, coger una gran bocina y gritar:

—¡Señor Ruiz-Prieto: venga usted por nosotros! ¡Luisa: hágame el favor de venir en seguida!.. ¡Don Alfredo está loco!..

Pero había que esperar. Ruiz-Prieto estaría ocupado en el Congreso. ¿Y Luisita? ¿Estaría ocupada también? Ante esta duda, Bermúdez se inmutó. Recordó á Luisita, con sus batas claras y vaporosas, sentada en las rodillas de don Alfredo, jugando á ahogarle entre sus brazos blancos, de una morbidez que mareaba. Cuando él sorprendía una escena de és-

tas, le tomaba rabia á Luisita por descocada, por amiga de lucirse en grupo de lujuria, en preludios con su amante. Como si él, Bermúdez, fuese un animal doméstico, un gato que, en actitud de esfinge, contemplase aquello indiferente, por encima de toda sugestión erótica. Sobre esto Bermúdez había hecho grandes observaciones. El gato era un animal impasible. El perro, en cambio, se ofuscaba frente á los actos lascivos de los hombres, y sentía, de pronto, una sublevación del celo...

En definitiva, lo que hacía falta era que Luisita pudiese venir á Avila. Nada le convenía tanto á ella como la intimidad con don Alfredo. En un tiempo Bermúdez había ido contra aquellos amores; pero en la actualidad anhelaba que se renovasen. Quería salvar á don Alfredo de su aburrimiento mortal y de su melancolía, que comenzaba á parecerle siniestra. Luisita ú otra cualquiera. Había que concluir con aquella vida de Avila, ridícula y absurda. Por si Luisita no llegaba á venir, Bermúdez tomó aquel mismo día otra gran resolución. Volvió á Telégrafos, y puso en otra hoja:

«Ruiz-Prieto. Preciados, 12. Madrid. Si le es posible venga ver don Alfredo. Síntomas chifladura. Hay que llevárselo de aquí. Bermúdez.»

Luego, más tranquilo, esperó. Creía en su plan. Deseaba irse á Madrid por tres cosas: por don Alfredo, por su querida y por los pájaros. Don Alfredo, en Avila, se iba á morir. La querida era muy pedigüeña, y se permitía hablarle de matrimonio. Esto le indignaba. ¿Casarse? ¡No había más! Los pájaros estaban mejor acondicionados en Madrid, en su gran pajarera dorada. Además, ya él mismo comenzaba á sentir un aburrimiento, no pacífico como el de don Alfredo, sino rabioso y homicida. Le había tomado un odio inexplicable al señor Batalla, y de buena gana, si el asesinato no tuviera consecuencias, lo esperaría á la salida del rosario en la Soterraña, de noche cerrada, para estrangularlo.

Al otro día por la tarde recibió carta de Ruiz-Prieto.

«Amigo Bermúdez — le decía el diputado — me ha asustado usted. ¿Con que se va á chiflar Alfredo? Eso tenemos que impedirlo. Yo no puedo ir lo menos en un par de semanas. Vienen escalonadas varias votaciones y le hago falta al gobierno para decir en ellas que sí ó que no. Con su telegrama en la mano me fuí á casa de Luisita Amor. Lo estaba preparando todo para irse en seguida á Avila. Me enseñó la orden de usted. Muy bien ha hecho usted en llamarla. Ella curará á Alfredo. No creo que el hombre se le resista. Está más linda que nunca, y se ha puesto inabordable. Creo que se ha enamorado de verdad de Alfredo. ¡Suerte de hombre! ¡Y después se queja! Ahí tiene usted, Bermúdez, lo que dan la filosofía y la vida antisocial. Abráceme á Alfredo y dígale muchas cosas de mi parte. Sabe es muy suyo, Ruiz-Prieto.»

XIV

Al día siguiente Bermúdez se fué temprano á la estación. Iba dispuesto á esperar á Luisita sin saber la hora á que llegaría. Daba largos paseos por el andén, y en cuanto aparecía un convoy buscaba en las ventanillas el busto de una mujer rubia. En los primeros trenes no llegó á Avila ninguna mujer rubia. Bermúdez comenzaba á desesperar. A la tarde, en un expreso, pudo ofrecerle el brazo á Luisita para que bajase de su departamento. Luisita venía sola.

— ¡Hola, Bermúdez! — gritó.

— Buenas tardes, Luisa.

Y mientras ella entregaba á un mozo las maletas, las sombrereras, el talón de equipajes, Bermúdez la contempló.

Bajo el guarda-polvo gris se notaba la grata ondulación del pecho y las caderas. La cara, blanca y pálida, con los ojos brillantes y los labios lascivamente rojos, tomaba vaguedad al través del velo malva, que caía, en pliegue de abanico, por bajo de la nuca, tan tersa, tan blanca, que hizo estremecer á Bermúdez. Ya antes, al bajar del vagón, Luisita había descubierto las miniaturas de sus zapatos y el comienzo feliz de sus piernas. Y Bermúdez, en aquel relámpago de sedas, creyó que iba á desvanecerse. ¡Estupenda mujer! Bermúdez aspiró con ansia el perfume de ella, perfume de mujer de ahora, elegante, frívola y sentimental; perfume evocador que excitaba... Luisita exclamó con viveza:

—¡Pero hombre, ese Alfredo!

Y luego, con ternura:

—No será nada, ¿verdad?

—No; creo que entre usted y yo lo sanaremos.

—¡Eso, eso! — exclamó ella —; usted y yo, por esta vez, nos asociamos para sanarlo y para llevárnoslo de aquí; porque esto debe de ser horrible, ¿verdad?

—Ya lo irá usted viendo — contestó Bermúdez.

En el coche, hasta la casa, fueron hablando. Luisita recogió el velo alrededor de su sombrero de viaje, y entonces Bermúdez la encontró más linda que nunca, como había dicho Ruiz-Prieto. Estaba pálida. Los ojos alumbraban en el fondo violado de las ojeras, y los labios, rojos, hacían resaltar la nitidez y la armonía de los dientes.

—¡Ah!—dijo —, he pasado una temporada horrible. Usted es muy malo, Bermúdez.

—¿Por qué, Luisa?

—Porque me engañó usted. Cuando fué á llevarme dinero la última vez, no me dijo que se iban ustedes de Madrid. Yo no hubiese dejado marchar á Alfredo. Hizo usted mal, muy mal.

Y tuvo una larga sonrisa de reproche. Bermúdez le dijo:

—Yo no hice sino cumplir el encargo de don Alfredo. Él huía. A usted debe de satisfacerle eso.

—¿Que huyese de mí?

—Sí, que huyese.

—Hombre, ¿por qué? ¿Soy yo alguna fiera?

—Sí, y no. Pero á toda mujer debe de satisfacerle que el hombre la tema. No hay nada peor para ambos sexos que ser inofensivo. Don Alfredo la temía á usted con razón. Verá usted cómo ahora, después de la sorpresa...

—¡Cómo!—exclamó Luisita—, ¿no sabe él que yo vengo? ¿No me ha mandado á llamar?.. Porque yo—prosiguió vivamente—sabía que estaba aquí por Ruiz Prieto y no quise venir sin que él me llamase. Yo no soy entremetida, y si llego á saber que él no me llamaba, no vengo; no, señor... porque...

Bermúdez la detuvo:

—Él no la ha mandado á llamar porque está enfermo, malo, al parecer, de la cabeza. El otro día lo sorprendí acostado con el retrato de usted...

—¿Con el retrato?..

—Sí, señora; besando el vidrio por el lado en que cubre los labios de usted...

Luisita se emocionó.

—¡El pobre! ¡Qué bueno es! ¡Tengo unas ganas de verle!..

— Y yo entonces me dije: «Hay que llamar á Luisa.» Y la llamé á usted en calidad de médico. Después que usted cure á don Alfredo ha de ser cosa de ustedes lo demás...

— Claro; no se lo vamos á consultar á usted...

— ¡Ah, desde luego!.. ¡Lo que es á mí!

Luisita contempló los árboles, por entre los cuales iba el coche, sin hojas, destacando su ramaje escueto en el cielo gris.

— ¡Qué triste debe de ser esto!—murmuró—. O tal vez sea yo... He estado enferma, muy enferma. Me pasé el verano en la cama. ¿No me encuentra usted pálida?

— Sí; pero le va bien...

— Más interesante, ¿verdad?

— Sí, las mujeres pálidas son más interesantes. Ahora, que no conviene estar pálida por enfermedad. Yo, por mi parte, no soy romántico, y prefiero las mujeres saludables, más bien gruesas...

— Gracias.

— ¡Qué quiere usted, Luisa; soy sincero!.. Además, la palidez de usted es cosa temporal...

Luisa le interrumpió:

—...No; y aunque fuese para siempre...

Bermúdez se mordió los labios.

— Hablemos de Alfredo — prosiguió ella —. ¿Ha preguntado mucho por mí? Ruiz-Prieto me dijo...

— Verá usted — repuso Bermúdez —; no le puedo contestar ahora detenidamente, porque hemos llegado. Esta es la casa...

Bajaron del coche. El señor Batalla y su familia salieron á la puerta del zaguán. Luisita, al pasar junto á ellos, les hizo un saludo gentilísimo. Bermúdez, cuando la cocinera recogió el equipaje de Luisita, la despreció hasta lo profundo de su alma. No volvería á acerçarse á la mujer aquella. Con Luisita le llegaba un anhelo de amor aristocrático. No amaba á Luisita. La deseaba, pero sentía por ella el respeto que le inspiraba todo lo de don Alfredo.

La condujo á la habitación ya preparada. Luisita preguntó:

— ¿Dónde está Alfredo? Voy á verlo...

— No — le dijo Bermúdez —; ahora no

puede usted verlo. Tengo yo que prepararlo. Verla á usted así, de repente, le haría daño.

Entonces Luisita se resignó. En su alcoba, desprendida del guarda-polvo y del sombrero, se miró en el espejo. ¡Qué pálida! Luego se puso á pensar, desnudándose: ¿La querría Alfredo? ¿La había querido?.. El agua fría con que se lavaba el cuello, los brazos, los pechos blancos y mórbidos, el torso todo de mujer divinamente hecha, la hizo estremecerse... Si no la había querido, en cambio le había gustado mucho, mucho... Y recordó escenas, frases, caprichos. ¡Qué cosas!.. Completamente desnuda se contempló en el espejo... Lo principal era gustarle... El amor, ¿no era eso? Ella sí que lo amaba. Después de conocerlo, ningún otro hombre... Se calzó las medias de seda, negras, con ligas color malva, el antojo de Alfredo... Las babuchas de tafilete rojo... Se cubrió con la camisa de encajes, salpicada de Piel de España... Acabó de vestirse con una bata azul... De las mangas perdidas brotaban los brazos blancos, de una blancura de perla. Tenía en el izquierdo tres aros de oro y en el

derecho una pulsera de amatistas. Las manos sonrosadas, con las uñas de nácar, se hundían en los cabellos rubios, arreglándolos.

Salió de su alcoba. Iba, sin permiso de Bermúdez, á ver á don Alfredo. Pero Bermúdez la sorprendió en el pasillo, y deslumbrado, le dijo:

— Haga usted lo que quiera. Ahora está dormido. No he podido hablarle todavía...

— Lléveme usted á su alcoba — suplicó Luisita — ; quiero velar su sueño.

Bermúdez bajó la cabeza y llevó á Luisita á las habitaciones de don Alfredo para que velase su sueño. Y vió perderse en la penumbra del gabinete del enfermo la alegría y la vida de la bata azul.

XV

A Luisita Amor la había conocido don Alfredo en Sevilla, en Eritaña. Un amigo suyo, alegre donjuán de medio siglo, se la presentó.

— Esta Luisita — le dijo — es la mujer más linda y más rara de Sevilla. Dice que no quiere á ningún hombre... Ni á mí. Le llaman la Señorita por ser huérfana de un coronel. Pero hay sus distancias entre la Señorita y la Modernista, la Tarifeña, la Gozadora, la Macilenta y Carmen la del Coronil... La Modernista — y don Alfredo tuvo que oir la historia de todas las cocotas de Sevilla — vale mucho, tiene una figura alta, se peina con bandós á lo Cleo; pero no sabe apreciarse: con su aspecto de tarjeta postal, deja que cualquiera,

poco ó mucho, en la feria ó sin feria, escriba sobre ella lo que le da la gana... ¡Lástima de muchacha! Tiene, en cambio, en Triana una hermanita que sabe ponerse moños... Hace bien... La Tarifeña sabe lo que se hace: en todas las ferias atrapa un inglés... En casa de la Felisa la traen en palmitas, porque lleva gente... La Gozadora, la pobre, se va á morir. Todo el sol de Andalucía lo tiene en la sangre. Ella dice que es dichosa porque en cada amante encuentra un novio. Es una muchacha interesante; se la recomiendo... La Macilenta es esa que vimos ayer en las Delicias, en su coche, muy pálida, con una niña vestida de blanco... Está con un banquero y se da mucho tono... Carmen la del Coronil es muy linda, pero su belleza es salvaje. Es ignorante y cerril. Dos ó tres veces se ha querido suicidar con fósforos... Manolito — un afeminado — es su secretario... Lo mejor de Sevilla, créame usted, es Luisita. Su novela, hasta ahora, es sencilla. Ha bailado. Luego, un muchacho de San Fernando, amo de la mitad de las salinas, pareciéndole poca aquella sal, se llevó á Luisita. Luisita me ha

confesado que, á pesar de todo, lo encontró muy soso. Volvió á Sevilla. Una noche estuvo con ella un soberano de Europa; muy comedido: no hizo más que poner sus manos regias sobre el cuerpo de Luisita y darle un beso por entre su barba y sus bigotes grises... El rey le regaló cien francos. Por tocar no podía dar más. En la lista civil de su nación, de su pueblo neutralizado y libre, hay una cláusula secreta para gastos de amor. Por tocar una mujer extranjera el monarca no puede abonar más de cien francos. La Felisa, porque aquello pasó en casa de la Felisa, se indignó cuando supo que el caballero alto, del pelo gris y los cien francos, era un rey... Luego, todas se burlaban de Luisita: «¿Dónde te tocó? ¿Cómo te tocó? Hija, dichosa tú...» Lo demás de la vida de Luisita no tiene nada de extraordinario. Sólo ha visto, al dejar de ser mocita, dos ferias, y ha despreciado ya á un inglés que le ofreció una buena renta en libras y un castillo en Lancáster.

Don Alfredo sintió una gran simpatía por Luisita. Le atrajo su mirada entre pícara é ingenua. Le regocijó su charla andaluza, un

poco desmayada á veces, y casi respetuosamente, le acarició las manos.

—Yo estoy dispuesto á quererla á usted — le dijo.

A Luisita le sorprendió la actitud de don Alfredo. Aquel hombre, con cara de haber amado mucho, le estaba haciendo el amor. No le proponía, como era su derecho, pasar con ella una noche. Le proponía irse á Madrid para vivir con él hasta cansarse. Bueno; pues iría. Ya estaba hecho. ¡Ea! ¡Adiós, Felisa; adiós, Sevilla, y sus hombres y su feria y sus juergas!.. Luisita Amor se comprometía con un hombre simpático, con un hombre fino...

Del brazo de él aún pasó una temporada en Sevilla, por la primavera. Bermúdez iba siempre con ellos, unas veces con la Modernista, otras con la Gozadora. En Eritaña las parejas se disgregaban. Don Alfredo y Luisita se escondían en el merendero que figura la Torre del Oro. Luego paseaban por entre los bojes y los jazmineros. Oían la música del organillo, y á su compás ella invitaba á dar una vuelta á don Alfredo.

Después regresaban á la ciudad, por la orilla del río, entre palmeras y plátanos orientales. Iban en coche y todo el mundo se fijaba en ellos. Luisita aspiraba el aroma de una magnolia. Se ponía el sol y su última luz temblaba en la superficie gris-verde-azul del río. La Torre del Oro quedaba detrás. Luego surgía, muriendo en la noche, la Giralda...

A Bermúdez le gustaba pasear por la calle de las Sierpes, mirar los círculos llenos de socios arrellanados en sus butacas; las betunerías, las tiendas de aperitivos. Don Alfredo y Luisita, cerrada la noche, entraban en la calle, y él le compraba á ella un ramo de flores: jazmines para el oro de su pelo; claveles rojos para la nieve de su pecho, palpitante bajo las blusas blancas.

Muchas noches iban con el donjuán de medio siglo, un periodista muy cortesano y varios amigos más, todos con su pareja, á la Venta de la Vega, á la azotea. Veían á Sevilla dormida, con el temblor luminoso del Guadalquivir. Tomaban champán y manzanilla. Bermúdez prefería la manzanilla, y aspiraba cañas

hasta embriagarse. Entonces la Modernista lo despreciaba. El donjuán de medio siglo ponía un madrigal en cada oído de mujer, y en cada oído de hombre una desvergüenza. Don Alfredo y Luisita parecían enamorados. Todos bromeaban con ellos.

— Hija, desde que el rey...

Y Luisita levantaba los bigotes lacios de don Alfredo y lo besaba en toda la boca, gritando:

— ¡Mi rey es éste!

Manolito, el afeminado, iba algunas noches con la guitarra. La del Coronil, desbordante, bailaba. Don Alfredo la compadecía... Y la Gozadora cantaba unas cosas muy tristes que emocionaban á Bermúdez...

En Madrid, don Alfredo y Luisita vivieron una temporada idílicamente. Ella, al principio, se acordaba de Sevilla. Don Alfredo, poco á poco, la hizo madrileña y la hizo cosmopolita. Viajaron. A Luisita le encantó París, sobre todo. Allí aprendió la ciencia de la elegancia: la sobriedad y la entonación de los vestidos, la ampulosidad estudiada, el dislocamiento de un

color, de una cinta, de una postura del sombrero...

Don Alfredo convirtió el tocador de Luisita en un santuario; pero el día en que sintió el tedio de la carne y de la vida; cuando se contempló impasible y frío, más allá del amor y del odio, todo tuvo que terminar. Fué entonces cuando, en un paseo melancólico por el Jardín Botánico, proyectó con Bermúdez la huída de Madrid, de Luisita, del mundo...

El no creía que Luisita le amase. Por si acaso, se lo consultó á Bermúdez.

— ¿Usted cree que me ama?

— ¡Qué ha de amarle á usted!

Aquella negación tan rotunda de Bermúdez le causó amargura. ¡Phs!... ¡Qué había de amarle! ¿Sabía Luisita lo que era el amor? ¿Era darse, acceder á todo?.. Tampoco él sabía lo que era el amor. Una preocupación, tal vez. Una cosa de costumbre, de hábito... Y desde luego, esto sin duda, algo intermitente y desequilibrado: deseos, fiebres de lujuria y cansancios... Y luego, sin saberse cuándo era un sentimiento mutuo... Aquellas reflexiones

lo aniquilaron y entre ellas, Bermúdez y ciertas lecturas de mansos estoicos de la antigüedad y de atrabiliarios filósofos de ahora, le hicieron abandonar á Luisita...

Luisita, sentada á los pies de la cama, en el sillón de Bermúdez, contemplaba á don Alfredo, dormido. En la penumbra apenas veía el rostro de su amante. Un finísimo haz de luz, atravesando las contras de la ventana, se derramaba en la frente del enfermo, y por contraste, hacía más profundas las ojeras y más salientes los pómulos. La blancura de sus manos se apagaba sobre la colcha obscura. La respiración era cansada, y de tiempo en tiempo un temblor nervioso recorría todo su cuerpo.

Luisita no se arriesgaba á despertarlo. Sus ojos iban haciéndose á la obscuridad y ya reconocían al San Sebastián, traspasado de flechas, en su cuadro vetusto y renegrido. Y ya notaban mejor la intensa palidez de don Alfredo, los huecos de las mejillas, el aguzamiento de la nariz y el desmayo de los grandes bigotes negros... Sí, estaba malo aquel

hombre. Y como ella lo quería, iba á curarlo, iba á ser su enfermera: una enfermera alegre, no con manto de luto, toca blanca y ojos melancólicos, sino con batas transparentes, con flores en el pelo y con besos y sonrisas, en lugar de oraciones, en los labios... Porque aquel hombre no tenía otro mal que el de la tristeza, y había que alegrarlo, que darle luz y sol,.. Pero, ¿cómo no iba á estar triste? Si con sólo entrar en aquel pueblo ya se respiraba tristeza y aburrimiento... Una cosa atroz...

Estas reflexiones dieron valor á Luisita. Fué de la alcoba al gabinete, extendiendo los brazos para no tropezar con los muebles, y abrió una hoja de la ventana poco antes cerrada por Bermúdez. Entonces, en la luz mansa del atardecer, vió los santos esparcidos por las paredes, y la mirada angustiosa de Teresa de Jesús le inspiró lástima. Luego vió su retrato sobre una silla. Recordó al pintor: un joven elegante y simpático, amigo de Alfredo, que se pasó la vida retratando mujeres y que había muerto tísico y seco por las mujeres. El pobre la había «sacado» muy bien. Era aquel

rosa pálido el color de su escote; aquel rojo vivo el de su boca; aquel azul ó aquel verde el color misterioso de sus ojos... ¿Y Alfredo besaba aquel retrato? ¿Entonces?..

Y Luisita sonrió satisfecha. En el espejo del armario se contempló. Estaba linda, de verdad. Un poco pálida; pero, mejor, más interesante... Al volverse para entrar en la alcoba de don Alfredo, se encontró los ojos de éste fijos en ella, con naturalidad, con agrado, con la luz de una sonrisa que luego descendía por toda la faz pálida y se posaba en los labios finos, entreabiertos y exangües. Ella se asustó. Don Alfredo hizo temblar sus manos en el espacio, y le dijo:

—Ven. Te esperaba.

Luisita fué. Se sentó á su lado, en el borde de la cama, y lo besó muchas veces.

— ¿Me esperabas?

— Sí, te esperaba...

— Pero no me mandaste á llamar...

— No; porque sabía que tú vendrías...

— ¿Por qué?

— Porque sí... Porque debías venir.

— ¡Ah!...

Y Luisita lo estrechó contra su pecho y puso en la delgadez del enfermo el estremecimiento y la belleza de sus brazos desnudos. Luego murmuró:

— ¡Ay, Alfredo, cuánto sufro al verte enfermo!.. Yo también he sufrido mucho... Vengo á curarte. ¿Sabes?

— Yo no estoy malo, Luisa.

— No, si ya lo sé. Vengo á sacarte de aquí...

— Yo aquí estoy bien, Luisa. Bermúdez es el que se quiere ir.

Luisita tembló. Las frases de su amante eran desconsoladoras. No había correspondido á su abrazo, ni la había besado. Deseó llorar, y se contuvo.

— Pero esto es tan triste... — murmuró.

— Para mí — dijo muy bajo don Alfredo — es lo mismo. Yo tengo la tristeza dentro. Créeme, Luisa, Luisita; ya no hay remedio para mí.

Luisita sollozó.

— No — repuso don Alfredo, rozando sus manos en los cabellos rubios — ; no te aflijas...

Si yo á ti te quiero... te quiero mucho; pero ahora como á una hermana. Mientras tú quieras que te quieran así, puedes estar á mi lado... Después, si te cansas, te querré también; ¿por qué no?

Luisita se enjugó el llanto.

— No, yo te quiero con toda mi alma. Estaré á tu lado siempre, como hermana, como tú quieras... No me cansaré nunca de ti, Alfredo.

Luisita se dedicó á cuidarlo. A veces lo besaba con un beso largo, en la frente. Sentía la tentación de poner sus labios en los ojos mustios del que había sido su amante y de ponerlos y apretarlos luego con los labios de él. Pero lograba contenerse... No; aquello no. Debía ser como una hermana, y las hermanas sólo besaban en la frente á sus hermanos... Sí; pero era imposible olvidar... ¡El cuerpo enfermo le recordaba tantas cosas!

Ella, cuando él se quedaba dormido, solía hablar con Bermúdez:

— ¡Cómo ha cambiado, Bermúdez! Yo lo desconozco, se lo juro. ¿Qué le ha pasado? Cuénteme.

Bermúdez, caritativamente, no quiso contarle nada de aquel deseo romántico que don Alfredo había sentido por Asunción.

— No le ha pasado nada.

De todas suertes, don Alfredo iba mejorando. Luisita le arreglaba la alcoba y el gabinete. Hacía traer de Madrid flores de estufa para ponerlas en la jarra de Talavera, en la mesa de noche... Cuando él se dormía ella sacaba las flores.

— Porque las flores — le decía á Bermúdez — son muy traidoras y esperan á que uno se duerma para robarle la vida. Una vez en Sevilla, yo por poco me muero... Mejor hubiera sido...

Pero luego rectificaba:

— No, porque á éste lo voy á curar yo, lo voy á resucitar yo; se lo juro.

Apenas salía de las habitaciones del enfermo, puestas por ella á media luz. Andaba de un lado á otro, atendiéndolo, con su bata azul ó con una bata blanca, estilo Imperio, que la convertía en una damisela de Lionel Peraux. Sus movimientos eran exquisitos y elegantes

al ofrecerle una taza de te ó al proponerle una cápsula de quinina. El se lo agradecía todo y le besaba las manos devotamente. Ella le contaba mil cuentos para entretenerle, mil cosas frívolas... Siempre como una hermana. El pasado de los dos no lo recordaban, y, sin embargo, era aquello lo que vivía y palpitaba entre ambos.

XVI

Don Alfredo se admiraba de no desear á Luisita. La nuca desnuda y blanca no le enardecía. Los cabellos de oro no le deslumbraban como en otro tiempo. Los ojos verdes no tenian ya su mirada entre viciosa é ingenua: era sólo ingenua, inexpresiva, muerta para toda seducción. La boca no le atraía con su rojo de fuego. Rojas y tibias podían ser las bocas de las hermanas y de las hijas, y no se deseaban, sin embargo... No las deseaba él... Y veía impasible los brazos de ella, al través del encaje y de la seda sutil de sus batas. Y veía el pecho blanco y rosa, tembloroso y sensual... Besarle las manos, sí... Refrescar la fiebre de las suyas en las de ella, ¿por qué no?

Había llegado el invierno. Las horas de luz eran cortas, y don Alfredo, desde su cama, sentía el crepúsculo cruel, sin la lentitud, sin la mansedumbre de los crepúsculos de estío que había contemplado, románticamente, tantas veces... Toda su vida le parecía crepuscular. Se consideraba en su verdadera intimidad de espíritu y pensaba que ningún hombre ni ninguna idea firme le hacían falta para seguir viviendo. «Yo no espero nada de los hombres — se decía —. Acepto lo que quieren darme, y todo lo que me dan me sorprende. Y me sorprende sin dejar de parecerme bien, porque todo hombre da lo que tiene, y es inútil que trate de evadirse del determinismo que le obliga á dar lo único que posee... Todo lo determinado está bien. Sólo de este modo puede comprenderse el concepto abstracto del Bien. El Bien es lo Fatal. Luego los hombres, en cada caso concreto, pueden llamar bueno ó malo á lo Fatal.»

Después don Alfredo se preguntaba si era por pensar de este modo por lo que él no había llegado, porque él «no había llegado», se-

gún le repetía Bermúdez. ¿Llegar? ¿Adónde? «Llegar — murmuraba, pensando en su secretario —, quiere decir «echar á andar», no tener ya el obstáculo que impedía emprender la marcha. El que dice «llegar», dando al verbo todo su valor, es digno de lástima. Yo sé que no se llega nunca y que sería deplorable que un día nos detuviésemos. La ruta que se nos señala no concluye. Somos nosotros los que nos cansamos, los que nos concluímos. A veces — y esto me pasa á mí — queremos concluirnos cuanto antes. Esto merece respeto. Y á veces pensamos que hemos llegado, lo cual, siendo falso, es una verdad interna que merece también respeto. Hay derecho á creer en lo Fantasmagórico. Lo Fantasmagórico en lo Interior. Lo Interior es la verdad más cercana á nosotros mismos. Cada emoción es una afirmación ó una negación. Cada empuje y cada derrota de la carne, la base de un sistema filosófico y la base de una estética de la vida. Conocerse á sí mismo es llegar á comprender estas cosas, que no están, que no pueden estar más que en nosotros mismos... Pero yo creo,

que, á pesar de todo, es imposible llegar á conocerse; por mucho que nos ahondemos, no llegamos á más que sospecharnos, á más que vislumbrarnos... En ocasiones se toma la sospecha por hallazgo y exclamamos con lastimoso orgullo: «¡Me he encontrado!»; pero pronto nos arrepentimos, murmurando: «Me he vuelto á perder...» Y esto: la propia persecución: el huir y el correr delante de nosotros mismos, no es sino el divertido juego cerebral de la introspección y el origen de todas las filosofías»

Así, laberínticamente, pensaba don Alfredo en las horas crepusculares. Sentía una gran frialdad en torno suyo, y una vez murmuró:

— También se pone el sol de mi juventud... Tú, Luisita, estás deseando conservar al sol; tú quieres resucitarme... No, Luisita; ya no hay fuego... No, Bermúdez; ya no hay hombre...

Luisita y Bermúdez le quitaron la razón cariñosamente. Ella dijo:

— Yo estoy segura de que hay fuego. ¿Sabes quién me lo dice?

— No.

— Uno que no se equivoca nunca: el corazón.

Bermúdez afirmó:

— Usted va á ponerse bueno en seguida. Usted no tiene nada. Lo que le pasa es una cosa pasajera... Una crisis... Usted va á levantarse hecho otro hombre; usted está cambiando la piel. A Luisa le da esperanzas el corazón, y á mí también. Además, yo soy profeta.

Don Alfredo, poco á poco, se hacía más locuaz y conversaba largamente con sus amigos. Luisita hablaba de Madrid, de la visita de Ruiz-Prieto:

— Me dijo que hacías muy mal en estar aquí, que debías volverte á Madrid y coger un acta que te dan, si la quieres... Yo creo que debías querer: un diputado ya es algo.

— Sí; es algo...

— Ya ves á Ruiz-Prieto...

— Sí; Ruiz-Prieto es un hombre envidiable. Verás tú: busca por los espacios infinitos un planeta minúsculo, una especie de guijarro sin

luz, que se llama la Tierra; busca en la Tierra á una pequeña parte de ella que se llama Europa; busca en Europa á España y en España á un hombrecito insignificante que se llama Maura y que dirige á otros hombrecitos más insignificantes todavía, que son sus partidarios. Uno de estos hombrecitos es Ruiz-Prieto: un hombrecito que, naturalmente, se cree muy grande y que piensa que el centro del universo está en el hemiciclo del Congreso, y el centro del hemiciclo en su escaño.

Luisita confesó:

— No te entiendo.

Bermúdez dijo:

— No; esa no es manera de discurrir; vamos, sí lo es, pero no conduce á nada más que á la postración. Además, esa filosofía lo mismo es de un estoico que de un despechado que pretende consolarse despreciando lo que no ha podido conseguir. Ahora bien, don Alfredo, usted no está en ese caso, de ningún modo. Yo le invito á darse una vuelta por la realidad. Usted ha nacido y usted vive en un pedacito del minúsculo planeta que se llama España. En

este pedacito del planeta pasan muchas cosas que debieran preocuparle á usted.

Luego Bermúdez hablaba mal del pueblo, del invierno intolerable con sus nevadas; del señor Batalla, recluído con los suyos en su madriguera; de los gansos, abandonados en el jardín... Y se asombraba de que Luisita anduviese aún de verano.

— Esto no es Sevilla, Luisita.

— ¡Qué ha de ser! Bien lo veo; pero yo tengo calor en la sangre.

Don Alfredo se sentía mejor. La constante presencia de Luisita lo animaba. Cuando estaban junto á él ella y Bermúdez pensaba que los dos lo querían y lo toleraban, y que eran, por lo tanto, muy buenos.

Seguía extrañándose de no desear á Luisita, tan linda. Pero se extrañaba aún más de la circunspección y del respeto de ella... Sí, como una hermana, se portaba como una hermana, muy solícita y cariñosa... Pensaba, no deseando pensar, en Asunción, y se la imaginaba en el convento, rezando, ayunando, martirizando aquella carne que

él había querido amar. Y esta idea no le hacía sufrir.

Un día hizo un hermoso sol, que llegó á don Alfredo por la ventana. Luisita la abrió de par en par. Ella tenía una bata blanca, ligera y transparente, de verano. Don Alfredo le dijo:

— Tiene razón Bermúdez; te vas á enfermar. ¿Por qué no te abrigas?

— ¿Para qué? Si yo tengo el calor en la sangre.

Y él la vió en el foco de luz, bajo el sol. Brillaba el oro de su pelo, y al través de la bata blanca, indecisas, sin lujuria, se adivinaban sus formas gratas y cautivadoras. Entonces don Alfredo tembló: había experimentado el deseo de darle un beso á Luisita en la nuca: un beso largo, voluptuoso... ¿Era aquello la vida? ¿La salud? ¿Era el sol?.. Luisita le distrajo.

— Mira, como el día está bueno, podías levantarte. El jardín está seco y los pájaros de Bermúdez están cantando. No hay frío. Si tú quieres, yo te ayudo á levantarte y das un paseo por la casa, de mi brazo.

Don Alfredo creyó justo complacer á Luisita. Paseó por la casa del brazo de ella, y con ella se aventuró por el jardín. Bermúdez, al verlos, sonrió largamente.

XVII

Una mañana Bermúdez recibió dos cartas de Ruiz-Prieto, una para él y otra para don Alfredo. El diputado decía que no le iba á ser posible ir por Avila:

«Estoy ocupadísimo, amigo Bermúdez. El Gobierno me obliga á tomar parte en un debate y á refutar los argumentos de un catalanista. Después de este debate hablaré con usted de *Solidaridad*. Pero ahora, vamos á hablar de Luisita. *Solidaridad* va á salvar á España. Luisita va á salvar á Alfredo. Como ya ella está allí, ¿qué falta hago yo? Sin embargo, si usted me cree necesario, avíseme. Le adjunto una carta para Alfredo con la súplica de que la lea usted antes. Como él está enfermo, hay que prevenirlo todo. En la carta le animo, le

digo que... ¡Pero si la va usted á leer! Las dos manos, *Ruiz Prieto.*»

Bermúdez, en su imaginación, estrechó las dos manos, pulcras, hechas á escribir cartas y á desenvolver caramelos en el Congreso, que Ruiz-Prieto le tendía desde Madrid. Después leyó la carta á don Alfredo. Decía así:

«Queridísimo Alfredo: Sé que has estado enfermo. (No quiero pensar que lo estés aún.) Esta carta lleva una intención curativa.

»Insisto en animarte á entrar en la vida que yo hago, vida de farsa, si tu quieres, pero de movimiento y de relación. Fué Aristóteles quien dijo que «el hombre es un ser eminentemente sociable». Ya ves, Aristóteles... Hay que hacer, por lo tanto, vida de sociedad y creer en el *flirt*, en el *auto*, en el duelo y en Dios. Lo demás es de mal tono. ¡Ateos á estas horas! No, hombre. *Jouer notre rôle*, esa es la cosa. Y, créeme á mí, tu papel no es ese de aburrido, de solitario, de misántropo. Eso es, en definitiva, darte importancia, creer que sólo tú sabes lo que es la vida. ¿Qué es cuestión de temperamento? ¿Qué tú no puedes ser de otro modo?

No te lo creo. Un hombre que, como tú, «ha tenido que ver» con tantas mujeres, no puede ser un hombre apático. Tú, que te has conmovido de amor frente al desnudo de tantas, te conmoverás de ideal cuando quieras encontrar ciertas ideas gratas y bondadosas. Además, tú sabes—mejor que yo—que el bien y el mal son cuestiones de óptica. Vamos á ver: ¿por qué llamas un mal á la política? Tú no irás á decir que está prostituída, porque la política ya nació así y lo que en ella indigna es su característica, «lo suyo», su alma. Por otro lado, los que queréis regenerarla, ¿por qué no entráis en ella? ¿Tenéis miedo á la sugestión?

»Te advierto que no soy de los que creen en la eternidad del estado actual de España y de la Humanidad. Ahora bien: el mañana me tiene sin cuidado. A ti no, ¿verdad? Ni á ti ni á Bermúdez. Si á ti te diese lo mismo, unirías á todos tus *sports* el de la política. Veo que hay varias cosas que se te resisten: la política, la literatura, el toreo, etc.; todo lo que obliga á «ponerse en contacto con el público». ¡Pero si no se trata sino de dominarlo! Vamos á otra

cosa: ¿crées tú en el poder de un hombre solo, de un espíritu, para hacer cambiar la marcha de un pueblo? Yo lo creo, bajo la palabra de Tomás Carlyle, y aun sospecho si, después de Napoleón, el último héroe en sentir del filósofo inglés, vendrás tú á iniciar una nueva serie de grandes hombres. Esto va sin ironía. Muévete: tu deber es moverte. Tienes que ver lo que das de ti. Creo en la necesidad de otra política romántica, como período de transición. Tú harías muy bien el apóstol.

»Luisita lleva encargo mío de decirte todas estas cosas. Verdaderamente está adorable. De seguro que ya te ha curado y que estará convirtiendo á aquella Avila tan triste en una sucursal de Sevilla. Cuando acabéis de cansaros de la muy noble ciudad, me avisáis y voy á buscaros en mi cuarenta Gobrón.»

Ruiz-Prieto decía algunas cosas más y abrazaba «muy efusivamente» á don Alfredo. Bermúdez no vió ningún inconveniente en darle á éste la carta del diputado. Don Alfredo se la hizo leer por Luisita. Luisita saltó la afirmación acerca de ella: «Verdaderamente está ado-

rable»; pero como se puso roja, él se la quitó y leyó... «Verdaderamente está adorable. De seguro...» Y la miró con una mirada llena de gratitud y de amor. Más tarde pensaba, serenamente, si no era cierto que Luisita estaba provocativa, con gracia y con juventud suficientes para seducir á un Schopenhauer de última hora y para desarrugarle el ceño con el grandioso argumento de sus muslos hospitalarios. Y tembló. No; no se dejaría seducir. El encanto de Luisita era algo morboso que él, anafrodisíaco, debía despreciar. Estas ideas le hicieron olvidar las demás de la carta de Ruiz-Prieto.

Continuó reflexionando: ¿No debería agradecerle á Luisita sus cuidados y la abnegación de olvidar todo un pasado de lascivia? Sin embargo, nada de esto le obligaba á volver á amarla carnalmente. Además, no sentía la necesidad de amarla. Don Alfredo creía en el poder del instinto y de los nervios para originar las excitaciones sexuales. Por lo visto su enfermedad le obligaba á ser casto, y era conveniente entregarse al dominio de la enfermedad.

Luego, cuando Bermúdez y Luisita le dejaron solo, volvió á leer la carta de Ruiz-Prieto. Era verdad lo que le decía su amigo: á él, inactivo y misántropo, le preocupaba el porvenir. Su epicureísmo tenía mucho de falso. Para epicúreo Ruiz-Prieto, á quien el mañana le tenía sin cuidado. ¡Claro!; por eso era feliz... Y don Alfredo recordó un latín leído no recordaba dónde: *Calamitosus est animus futuri anxius*. Lo que explicado en romance á Ruiz-Prieto sería: «El que se preocupe del mañana será siempre un desdichado y un pobre diablo...» Y él, don Alfredo, á pesar de todo su escepticismo y de toda su ociosidad, era un pobre diablo, porque pensaba frecuentemente, sin quererlo, en el porvenir de sí mismo, de Bermúdez, de España, del sistema planetario, en fin... ¡Una desgracia! Casi, casi debía disfrazarse de apóstol y moverse... Pero no, porque aunque pensaba en el porvenir no lo hacía por considerarlo mejor que el presente. Lo hacía por curiosidad, por agrandar el espectáculo de sus visiones internas... Y al verse, sentado en un sillón, con las manos cruzadas,

las piernas extendidas y los ojos con sueño, comprendió que lo hacía por carecer de otra cosa en que entretenerse. «No soy más que un desocupado, un inútil, un ocioso.» Y como aquel día estaba para latines, recordó este otro: *Variam semper dant otia mentem*, lo que Bermúdez ya le había dicho repetidas veces en castellano vulgar: «Usted, como todos los que no hacen más que contemplarse el ombligo, no piensa sino en majaderías.» Señor: ¿quiénes tenían razón? ¿Séneca y Ruiz-Prieto? ¿Bermúdez y Lucano? ¿Ó él, él solo?..

Así se quedó reflexionando, hundido en su sillón, las manos cruzadas y las piernas extendidas, hasta que Luisita, anunciándose con un rumor de sedas, apareció con el té.

Una tarde, don Alfredo sintió deseos de salir de la casa. Ya estaba bien. Luisita le animó:

— Sí, hombre; hay que salir. Tienes que enseñarme algo de esto.

Era Diciembre. Don Alfredo se puso su gabán de pieles. Estaba tan delgado que le pare-

cía no encontrarse dentro del mismo. Bermúdez se embozó dos veces en su capa. Luisita se abrigó con un capote forrado de armiño y se echó una piel por el cuello. Al verse así, en el espejo, exclamó:

— ¡Qué frío!

— Ya era hora —, le contestó Bermúdez frotándose las manos.

Luego salieron. El señor Batalla, desde los vidrios de su balcón, los espiaba. Pasaron un gran rato en la Catedral. Los canónigos estaban en el coro, y sus voces desacordes, roncas, gangosas y estridentes, los acompañaban en sus vueltas por el templo. Algún canónigo había sonreído al paso de Luisita, mientras la luz turbia de la tarde de invierno, atravesando las vidrieras polícromas de los ventanales ajimezados, caía sobre la seda de las mucetas y sobre el lino eucarístico de los roquetes. Luisita contempló un momento el coro: la sillería plateresca; los canónigos aburridos, cantando maquinalmente, con las manos entrelazadas; los cantorales inmensos de grandes letras góticas debajo del pentágrama por donde trepa-

ban las escasas notas del canto llano. Y luego la mancha roja y movediza de los niños de coro que de rato en rato elevaban sus voces finas y agudas, como voces de andróginos.

Bermúdez era el guía. Llevó á Luisita y á don Alfredo al altar mayor para que viesen el retablo.

— Un retablo de Berruguete, de lo bueno. ¿Ve usted, Luisa? aquellos son los cuatro Doctores de la Iglesia.

—¿Cómo se llaman?

—No sé. Aquel es San Pedro; aquel, San Pablo. Estos los cuatro Evangelistas.

Luisita, señalando á uno de los cuatro, preguntó:

—Ese es San Juan, ¿verdad?

—Sí, precisamente.

—¡Qué lindo era San Juan! Fíjate, Alfredo. ¡Qué ojos!

Don Alfredo reconoció que San Juan estaba «lindísimo» en el cuadro de Berruguete, y encontró un inefable encanto en la contemplación de aquella imagen afeminada del más sutil y amoroso de los amigos de Jesús.

Bermúdez, muy entendido, elogiaba técnicamente.

—Vean ustedes qué portento de talla—y señalaba á un retablito de alabastro—. Sin duda alguna el señor de Berruguete era una gran cosa. ¡Qué sagrada Cena! ¡Y ese beso de Judas! Qué bien está Judas, ¿eh? Y todo entonado, comprendido, con estudio del contraste, con acierto de composición y armonía de líneas...

Luego señalaba á los púlpitos y confundía uno gótico con otro del Renacimiento. Don Alfredo, en caso de poder hacerlo, no le habría rectificado. Lo que más le interesaba era el ambiente que la presencia frívola y elegante de Luisita daba al templo, noble y amplio en la altura, con los capiteles de traza bizantina destruyendo la severidad gótica de las naves.

Encontraba amable don Alfredo ver perderse á Luisita en la curva del trasaltar, contemplando los retablos de alabastro de los cuatro Evangelistas y el sepulcro del Tostado, con la estatua del implacable polígrafo, revestido de mitra y capa pluvial, que conduce por las páginas de un infolio la pluma sapientísi-

ma, conocedora del trivio y del cuadrivio y de esta vida y de la otra.

Luisita se detenía amedrentada frente á los viejos sepulcros de las capillas. Contemplaba los caballeros y los obispos mitrados, y la piedra y el mármol le daban una impresión de terror y de frío. Pero Bermúdez logró convencerla: las estatuas yacentes eran muy divertidas. El pensaba robarse una, cualquier tarde, sobornando á un hombre vestido de rojo, que era el guardián de la Catedral. Luego llevó á Luisita y á don Alfredo á una capilla llena de enterramientos: un verdadero panteón, á pesar de un altar en cuyo retablo San Miguel pone sus pies de arcángel sobre el simpático rostro de Satán. A Bermúdez le hacía feliz un sepulcro de piedra con la arquivolta exornada de ángeles que van siguiendo la curva ojival. Debajo de la urna hay cuatro leones de frente y en el zócalo un grupo de plañideras se muere de dolor, mientras un cortejo sacerdotal ruega serenamente por el alma del amortajado, un cuadrillero de Avila que hizo, en la Edad Media, proezas inenarrables. En la misma capilla

Bermúdez obligó á Luisita á contemplar otros dos nichos mientras don Alfredo iba contando, por los muros y el pavimento, las repeticiones de un mismo escudo de trece roeles.

Había cesado el coro. La Catedral comenzaba á entenebrecerse. El crepúsculo se desmayaba por las ventanas y los ajimeces, por los vidrios de colores vibrantes para posarse manso en los rosetones interiores; para resbalar por los altos pilares y confundir sus aristas; para poner un temblor en los florones de la nerviatura é ir atenuando la amplitud de los arcos ojivales. Y la luz suave agonizaba en los sepulcros y parecía adormecerse en los altares al pie de las imágenes de ojos melancólicos y actitudes estáticas.

El hombre vestido de rojo paseaba lentamente por el crucero. Una mujer enlutada oraba ante un altar. Hacía frío, y Luisita se rebozó en su armiño.

—Vámonos de aquí, Alfredo.

Entonces se fueron. Don Alfredo le dió el brazo. Bermúdez iba delante. Pasearon por las calles de Avila, donde comenzaban á encen-

derse las luces eléctricas de fluido pobre y amarillento.

Anochecía, y la tristeza, el aplanamiento y la frialdad del pueblo gravitaban sobre las casas, sobre las iglesias y en las calles, estrechas y tortuosas. El cielo estaba lleno de nubes de un gris de plomo. Al través de ellas se veían manchas de azul obscuro, casi negro, tenebroso. Y las nubes pasaban lentas, muy bajas, rasando las alturas de los torreones y de las torres.

—Va á volver á nevar — afirmó Bermúdez.

Don Alfredo y Luisita seguían yendo del brazo por las aceras estrechísimas, que les obligaban á marchar muy unidos. Desde el fondo de las tiendas recibían miradas de una curiosidad estúpida. La figura elegante y nerviosa de Luisita desentonaba, en pleno invierno, en aquella ciudad de beatas y de vírgenes mal vestidas. Bajo el capote de armiño, la seda de las enaguas producía su frívolo frufru, y el aire, al paso de Luisita, quedaba impregnado de aquel perfume grato que mareaba á Bermúdez.

Don Alfredo se asombraba de no tener pensamientos lúgubres. Ni la tristeza, ni el silencio, ni el frío de la ciudad entraban en su ánimo. No estaba alegre; pero tenía una tranquilidad y una humildad en el espíritu tan nobles, tan suaves, que todo le parecía lleno de gracia y de bien. Se extrañaba de sentir aquel amor infinito cuando, sobre él, los cielos eran hoscos y siniestros y la ciudad de piedra más tétrica y más apagada y funeral que nunca. El veía los cabellos rubios de Luisita, ondulados bajo el sombrero. De tiempo en tiempo las luces de la calle ponían un resplandor rápido en la cara sonrosada, donde los ojos verdes fulguraban amorosamente. El sentía la opresión del cuerpo de ella, de todo el cuerpo tembloroso que se le desmayaba, que se le ofrecía. Y, sin poder evitarlo, sus ojos de enfermo contemplaron los labios rojos y el cuello blanco y mórbido de Luisita, y sus manos apretaron las de ella, heladas y frágiles, bajo los guantes tersos. Luisita se conmovió, y hubo en todo su ser un temblor de agradecimiento y de victoria.

Comenzaba á nevar. En la capa negra de Bermúdez se posaban los primeros copos, que él, indignado, se sacudía.

— ¡Nevar ahora! ¡Qué pueblo!

Estaban cerca de la casa, y aunque aceleraron el paso, al entrar en ella tuvieron que despojarse de los sombreros y los abrigos, húmedos y casi blancos. Nevó. Después de la cena, don Alfredo conversó con Luisita y Bermúdez. Aquella noche, como todas, Luisita fué á despedirse de él cuando ya estaba acostado.

—Vengo á darte el beso en la frente—le dijo.

Y don Alfredo le respondió, tembloroso:

— En los labios, Luisa.

Entonces Luisa lo besó en los labios, con un beso tibio y fugaz. Don Alfredo le habló, atrayéndola.

— Parece increíble, Luisa...

— ¿Qué?

— Que me dé vergüenza...

— ¿Qué?

El la miró intensamente, con una larga mirada de deseo, y Luisita se puso roja y le dijo:

— Pero eso, entre hermanos, no estaría

bien. Tú sabes cuánto yo te quiero, y te lo he probado obedeciéndote. ¿No he sido una hermana?

Las palabras fluían de los labios húmedos, mientras las manos acariciaban el rostro pálido del amante.

— ¿No es pecado entre hermanos?..

— Incesto — le respondió él.

Y comenzó á desprenderla de la bata: blanca, íntima, cargada de perfumes y estremecida por contener el misterio de una carne joven, placentera y feliz.

XVIII

Por la mañana los pasos de Bermúdez en la casa y sus golpes de tos, fingidos, tuvieron la intención de un epitalamio. Bermúdez quería hacer notar á Luisita y á don Alfredo que estaba enterado y que aprobaba con toda su alma aquella renovación de sus amores. Con ella le volvía la salud al cuerpo á don Alfredo y el regocijo al alma. Bermúdez se lo agradeció á Luisita. Ya era segura la marcha á Madrid ó á cualquier otro punto del planeta. El caso estaba en poder salir de Avila. Bermúdez, en aquel momento, odiaba dos cosas cordialmente: la ciudad y la cocinera, su querida. Odiaba á la ciudad por su aburrimiento y su estrechez, y á la querida, por una multitud de razones que él habría expuesto al primero que

hubiese querido oírselas. Era una cosa triste presenciar los amores elegantes de Luisita y don Alfredo, mientras él se dedicaba á un concubinato ordinario y grotesco. Bermúdez, por primera vez en su vida, sintió una gran repugnancia hacia la carne que le obligaba á descender, á mancharse... ¡Oh, Luisita, con sus batas transparentes y su onda de perfume y de luz! Y la idea diabólica de un *menage à trois* relampagueó en la frente de Bermúdez. No... No... Don Alfredo podía estar tranquilo. Que viviese con Luisita, que la gozase toda la vida. El contemplaría aquella felicidad sin envidia.

Bermúdez, por la ventana de la sala, vió la carretera nevada, con la huella de los carros, de los zapatones aldeanos y de las herraduras. El remate de la tapia frontera y las ramas desnudas del álamo, tenían un contorno blanco. La nieve marcaba el perfil en las almenas de la puerta de San Vicente. Bermúdez tuvo que desempañar los cristales para ver. Pensó con angustia en la posibilidad de pasar el invierno allí... Pero no, Luisita arrastraría á don Alfredo. Don Alfredo carecía de voluntad, y lo

que antes había sido un mal, iba ahora á ser un bien. Don Alfredo, por no negarse, iría adonde lo llevasen. Y Bermúdez quería que fuese á la lucha, á la vida. Como no pensaba separarse nunca de él, participaría, á su tiempo, de la gloria y de las utilidades de don Alfredo.

La idea del invierno, de todo el invierno en Avila, volvió á asustarle. Además, le habían amanecido dos pájaros, un ruiseñor y un canario, helados. ¡Intolerable! Y luego, la cocinera, la barragana hedionda, mil veces poseída por hombres distintos, hablaba de casarse. ¡No había más! Entonces Bermúdez, encendiendo su primer puro de aquel día, tomó una grave resolución.

Cuando Luisita y don Alfredo aparecieron en la sala, á mediodía casi, Bermúdez los saludó, y contemplándolos — las ojeras de Luisita le turbaban; la sonrisa bondadosa de don Alfredo no le sorprendía — , les dijo:

— Tengo que comunicarles algo muy grave y trascendental.

— ¿Qué, Bermúdez?

— Que voy á cometer un crimen. Estoy dispuesto á asesinar á la cocinera...

Luisita intercedió. Pero Bermúdez repuso, implacable:

—Nada, hoy mismo la estrangulo; á no ser...

— A no ser, ¿qué? — preguntó, fingiendo ansiedad, don Alfredo.

— A no ser que nos vayamos de aquí y que se me consienta retirar á esa mujer.

Los tres deliberaron. Luisita no podía ir á la cocina. Ignoraba completamente aquello, y, aunque lo supiese, don Alfredo no le habría consentido...

— Comeremos fiambres — dijo ella — . Con *foies-grass* y pavo trufado, se puede ir pasando.

— Aquí no hay de eso. Lo mejor es irse á Madrid — contestó Bermúdez.

Don Alfredo no quiso creerle.

— ¿No ha de haber, hombre?

— Se lo juro á usted. No hay nada de eso. Debemos irnos á Madrid, ó nos moriremos de hambre.

— ¿No habrá otra cocinera?

— No, señor.

— Es increíble...

— ¿Duda usted de mí?

— ¡Nunca! — exclamó don Alfredo.

— ¡Jamás! — dijo Luisita.

— Entonces — repuso Bermúdez —, en vista de que Avila es un pueblo ridículo, donde no se conoce el *foies-grass*, donde no hay cocinera que pueda satisfacer nuestros paladares y donde faltan las demás condiciones que la vida exige, decidimos marcharnos hoy mismo, ahora mismo, sin pérdida de tiempo, para Madrid ó para el Senegal. El caso es huir.

Y Bermúdez, por el pasillo, huyó. Iba á hacer los baúles y á despedir á la cocinera. Luisita y don Alfredo sonrieron bondadosamente, El habló con una mano de ella entre las suyas.

— ¡Este Bermúdez! Ya no hay más remedio; tenemos que irnos.. ¿Tú quieres irte, Luisita?

— Yo quiero lo que tú digas. Estoy bien á tu lado en todas partes.

— Sí; pero ya ves á Bermúdez... Habrá que ceder. Nos amenaza con el hambre... Tiene gracia el odio que le inspira esta ciudad. ¿Por

qué? Bermúdez es injusto, pero como es pintoresco no se le puede discutir. Yo habría querido vivir aquí contigo, pasar el invierno... En las tardes de sol pasearíamos al borde de las murallas y subiríamos á los molinos. Te llevaría á la Catedral, á San Vicente, á Santo Tomás. Santo Tomás te gustaría mucho. Es el templo mejor de Avila. Te llevaría los sábados á la Salve en Santa Teresa, y te enseñaría un carmelita muy pálido y muy delgado que á mi me parece un santo. Verías las reliquias de la Santa con el respeto con que no las vió ese loco de Bermúdez... En fin: yo te demostraría que en Avila se puede vivir, como en todas partes. Encargaríamos una cocinera y fiambres á Madrid... Pero ya... En fin: nos iremos. Lo quiere Bermúdez.

Don Alfredo, levantándose, puso la vista en la carretera, blanca. Luisita descansó la cabeza en un hombro de él para mirar también el camino de nieve.

— A mí me gusta la nieve — afirmó.

— El valle Amblés—dijo don Alfredo—debe de estar precioso.

Y se figuró el valle todo blanco bajo la serenidad del cielo, y la sierra suavizada y mórbida, toda blanca, y los techos de las casas y las torres de las iglesias y los árboles sin hojas, con la pureza y con la poesía de la nieve. Un paisaje blanco, de silencio, de mansedumbre y de alma...

Y pensó en su vida, en los días de tragedia de ensueños y de combate interior doloroso y estéril. ¡Qué lejano le parecía lo que estaba tan cerca! ¡Cómo le asombraba el misterio de lo vivido, de lo pasado... Retirarse del mundo... Un secreto llanto sobre su juventud marchita... Una duda grata ante el romanticismo que renacía, que no se había muerto aún... Divagaciones acerca de su destino y de su misión en la vida. ¿Luchar? ¿Querer? ¿O solo contemplar y sonreir?.. Y luego un renacimiento sentimental, un regreso á la pasión, un ansia de amor lírico, de poema... El alma llena de azul... Asunción. Y después, un desengaño nuevo y un nuevo naufragio de la bondad y de la fe... Para resucitar... ¿Hasta cuándo?.. Y verse al lado de una mujer feliz, y amoro-

sa, y sensual, y sentirse feliz, y amoroso, y sensual!..

Al lado de ella tomó asiento en el sofá. Los brazos de Luisita, blancos como la nieve que acababa de contemplar, pero con la gracia y el calor de la vida, le parecieron dos ídolos en urnas de encaje. Se asustó de su derrota. Todo misticismo y toda ansia de pureza física habían concluído. Casi encontró ridículos los días de quietud, los días en que fué un alma: los días de su enfermedad... Ahora, á vivir. Renacía. Era aquello, no el regreso á Madrid, sino el regreso á la vida. ¿Creía ya? ¿En qué? Deseaba creer. Se proponía constituirse una fe. Tal vez la de aceptar y hallar buena á la vida tal como se presentase. Y la de ser él, con la vida ó en contra de la vida, bondadoso, tolerante y humilde. Estaba dispuesto á practicar las virtudes primarias: Amor á la patria, á la familia... Amor á todo, á todos. Quería ser algo irreflexivo é ingenuo para poder ser bueno. Haría un bien y cerraría los ojos para no ver el mal que el bien originaba. Y no haría un bien si tenía que comenzar haciendo un

mal. Sería inofensivo... Pero entonces, al pensar esto, le pareció oir una voz y una risa que le decían: «¡Pues serás inútil!» ¿Era la voz de Bermúdez? ¿Inútil?.. ¿Ser útil?.. ¿A todos? ¿Cómo, señor? ¿Más allá de..?

Afortunadamente, Luisita emenzó á besarlo en los ojos, y lo distrajo.

—Te seré útil á ti—murmuró.

—¿Qué dices?—preguntó ella.

—Nada, que esto es hecho; que nos vamos.

Se levantó para llamar á Bermúdez.

—¿Qué hay, Bermúdez?

—¡Que nos largamos!—contestó el secretario alegremente—. Ya está fuera ésa... Sin trabajo. Propina fuerte, y se acabó.

—¿Cuándo nos vamos?—preguntó Luisita.

—Mañana por la mañana.

Y los tres amigos, en la sala, pasaron el día hablando de la vida nueva que preparaban.

— Usted, don Alfredo — dijo Bermúdez — tiene que empezar á vivir de una manera lógica. Usted debe intrigar, debe querer, debe despreciar: la vida es eso. Como usted es rico, usted puede ser digno y orgulloso. Como us-

ted tiene talento, usted puede aspirar á lo que le dé la gana, por derecho propio. Como usted tiene un aspecto distinguido y noble, usted debe ser mundano y caballeresco. Esto es: una usted las tres cosas y déjese de inquietudes ridículas. Triunfe aquí en la Tierra y en España, ya que le sería más difícil triunfar en el planeta Marte... ¿Qué es el triunfo? Conseguir que le envidien y le adulen á uno; que la boca que á sus espaldas le escupe, por delante babée lisonjas. ¡Ser rey! Nada más. Ser tirano. Créame usted á mí. Yo, aún he de ser rey... ¡Ah, y que yo he de ahogar!..

Y Bermúdez hizo ademán de estrangular á alguien. Luisita y don Alfredo lo contuvieron.

— No, hombre — le dijo éste —; ser rey, bueno; pero verdugo, no. Yo quiero ser poderoso para ser bueno...

— ¡Qué manía! Ser bueno, lo que llaman ser bueno, es ser débil...

— No voy á convencerle á usted, Bermúdez, ya lo sé. Por de pronto, estoy dispuesto á luchar por algo indefinido que ya la vida se en-

cargará de concretar. No tengo plan. Ni falta, ¿verdad?..

Bermúdez no respondió.

Al día siguiente, por la mañana, los tres amigos salieron de Avila. El señor Batalla los despidió cariñosamente.

— ¿Vendrán el verano próximo? — preguntó.

Bermúdez tuvo su última humorada.

— ¡Ah, desde luego!..

La mujer y las hijas del señor Batalla no fueron aquel día á misa para presenciar la marcha de Luisita. Y Luisita, á su paso por el zaguán hasta el coche, las deslumbró con el brillo de su pelo y de sus ojos. Las aturdió con el rumor cortesano de sus sedas. Y las tres mujeres, correspondiendo torpemente al saludo gentil de Luisita, vieron cómo huían aquella pecadora elegante y alegre; aquel caballero noble, bondadoso y enfermo, y aquel señor Bermúdez, tan burlón, tan hereje. Huían. Huían de Avila la austera, la recogida, la tris-

te... Iban á otros pueblos donde el viejo reinado de los santos y de los dogmas no impedía la risa, el movimiento, la vida...

Esto pensaba Bermúdez camino de la estación. El coche iba trabajosamente sobre la nieve. Bermúdez despreció al paisaje: prefería contemplar á don Alfredo junto á Luisa. ¿Qué haría, en adelante, aquel hombre? Esto era lo que se iba á ver... De todas suertes, él, muy embozado en su capa, se sentía bien, con un calor y un optimismo confortables...

AVILA Y MADRID. JULIO Á SEPTIEMBRE DE 1907.

ÍNDICE

DON QUIJOTE EN LOS ALPES

VIAJES Y CRÍTICA NOVELESCA

POR

ALBERTO INSÚA

«Señor: su libro me ha sencillamente encantado. He ahí un libro de joven — creo que usted debe serlo — que tiene tal ponderación de pensamiento, que sólo dan los años, al par de las frescas y caprichosas cosas que son de la primavera. Don Quijote, para las gentes, había he-hecho el viaje á los Alpes muy de otro modo—en la piel de Tartarín, que no es sino un Sancho tarasconés—. Por lo tanto, no había ido á los Alpes, sino por Tell y por su amigo Luis Duchosal.

»Amiel es un antiguo conocimiento que me ha complacido volver á ver. Todo, gracias á su bella y fina prosa, que espero en otros próximos libros.»—RUBEN DARÍO

«Alberto Insúa nos entrega toda su alma atormentada. Como Anthero de Quental, lleva en su cabeza un

mundo fantasmagórico que le tortura incesantemente. Duda de sí mismo y nos lo dice con llaneza. Sobre el haz de sus páginas vaga una sonrisa escéptica, dubitante, como una ráfaga de aire otoñal...»—PEDRO LUIS DR GÁLVEZ.—(*El Intransigente.*)

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES es obra de nuestro colaborador Alberto Insúa: un joven que en menos de dos años ha ganado en nuestra literatura las espuelas de oro.»—*(El Liberal.)*

«El mayor interés de la obra radica en las páginas dedicadas al estudio del filósofo ginebrino Enrique Federico Amiel. Insúa, en un feliz ensayo de crítica novelesca, analiza la labor de los críticos, cuenta curiosas anécdotas de antiguos amigos y deudos del filósofo y hace pasar la figura de éste con el nimbo de incertidumbre y de bondad que le aureoló en vida y que es perpetua herencia luminosa en las páginas del *Diario Intimo.*» —(*El Cuento Semanal.)*

«El libro de Alberto Insúa tiene tres partes. «Las páginas desprendidas de un libro de viajes» nos trasladan á una pensión cosmopolita de Ginebra, donde se esboza un idilio de amor, y de paso nos enteran de los libros es

pañoles que se leen en la ciudad, ó que al menos se conservan en su biblioteca.

»En los «Recuerdos de un colegio de señoritas» esboza el autor, con delicadeza, un tema escabroso. Entre las flores de candor de la «Villa Violette», hay orquídeas morbosas, tema para un epigrama griego. Pero lo sustancial de este libro es el estudio sobre Enrique Federico Amiel, el pensador ginebrino, á quien su *Diario* ha reportado una celebridad póstuma, haciendo de él uno de los *Dii minores* del pensamiento moderno, admirado por almas exquisitas, descontentadizas y recogidas en sí mismas.

»Insúa glosa con perspicacia psicológica los pensamientos del *Diario íntimo;* pasa revista á los críticos de Amiel. Ha visto á la amiga del filósofo mademoiselle Berthe Vadier, ha platicado de él con su discípulo monsieur Blanchier, y con todos estos materiales de lectura y de información directa ha formado una interesante monografía literaria.»—E. GÓMEZ DE BAQUERO.—(*Los lunes de El Imparcial.*)

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES es la correría de un artista culto á través de los libros y á través de la vida. El animado cotejo de ambas fuentes de saber atrae á los pensadores de imaginación lozana, á los que pintan las ideas, á los que sienten cuando cavilan; tales como Taine, cuyas primorosas notas de viaje han influído tanto en el turismo intelectual de nuestros días.

»Insúa sabe, por experiencia propia, cuán agradable es el trato de este compañero de viaje: el humorismo. Procura que no le abandone. Y puesto á elegir entre varios humorismos, Insúa, que sabe cuán distintas son la imitación y la asimilación, se asimila el que mejor conviene á su temperamento latino; un humorismo sin nebulosidades, que se desliza sin caer por las pendientes sentimentales; que cuando va á caer se alza con un ademán discretamente malicioso, el humorismo á lo Anatolio France, sabio y socarrón, elegante é incisivo. ¡Lectores recelosos de aburrirse con los enrevesados logogrífos ó con las presuntuosas puerilidades al uso, coged sin miedo el libro de Insúa! Lo leeréis de cabo á rabo, os hará sonreir y os hará pensar, os deleitará como una serie de paisajes de pintorescos aspectos que cruzan rápidos ante vuestros ojos, y notaréis, con ese interés que nos despierta el retrato de una persona querida, que el autor se refleja en su obra, que es un espíritu sinceramente enamorado del de Amiel y que sinceramente se engaña al identificarse con su ídolo, á quien en nada se parece. Observaréis el picante contraste entre el caviloso pensador y su devoto comentarista, y reconoceréis que jamás el redactor del *Diario Intimo* hubiera sacado el gusto á los cuadros vivos de la *pensión Huguenin*, ni hubiera coqueteado con Poppy, ni se hubiera colado en los jardines escabrosos de la *Villa Violette*, donde se cultivan las venenosas flores del sensualismo sentimental.»—Un curioso lector.—(*Vida Intelectual*.)

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES resulta artísticamente incoherente y deja en el espíritu lector una estela que, siendo espejo de tormentos, es también baño de bella dulcedumbre.»—JOSÉ FRANCÉS.—(*El Porvenir* de Cartagena.)

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES es una serie de impresiones sobre un viaje á Suiza, ó, más concretamente, á Ginebra. El autor ha tenido el acierto de no pretender añadir una pintura más á las innumerables que de la naturaleza y costumbres campesinas de los Alpes se han hecho desde tan diferentes puntos de vista. Insúa nos pinta el medio ambiente de la ciudad, sus interiores: una casa de pensión, una biblioteca, un colegio de señoritas...; sus tipos; y entre éstos un desaparecido de la vida, pero que no se fué sin dejar inmortalizado su nombre. Este desaparecido es Enrique Federico Amiel, pensador y poeta, cuya memoria ha quedado unida á la ciudad del Lehman.

»Los buscadores de *asunto*, acaso encuentren muy poco en esta producción; pero los amantes de las bellezas literarias se deleitarán con ella. Su mérito, de mucha significación tratándose de un primer libro, es ese precisamente: un estilo primoroso, modelo de sobriedad, en que toda frase está seleccionada, y con el cual se llega derecho al sentimiento del lector.

»La forma literaria revela en el autor una personalidad hecha.» —EMILIO H. DEL VILLAR.—*(Nuevo Mundo.)*

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES tiene la amenidad de un libro de viajes, la intensidad de un diario íntimo, y en algunas páginas la perspicacia y el juicio sereno de una obra de alta crítica.» — *(El Imparcial.)*

«DON QUIJOTE EN LOS ALPES es una obra vivida por Insúa en la falda del Mont-Blanc, y que tiene la poesía y la pureza de la altísima cumbre nevada. Hay en el nuevo libro un paisajista, un humorista, un crítico, un creador de arte y, sobre todo, un alma serena. El mayor número de hojas se consagra al estudio del poeta ginebrino Enrique Federico Amiel, digno de que en España se le conozca y se le admire. Otras son los *Recuerdos de un colegio de señoritas;* entre sus líneas se adivinan líneas que son versos de Safo, y la lectura de ellas es verdaderamente deliciosa.»—JOAQUÍN LÓPEZ BARBADILLO.— *(El Intransigente.)*

«La característica de Alberto Insúa entre el movimiento literario de la España contemporánea á ambos lados del Atlántico es el tener talento, el ser sutil, el atreverse con abstractas divagaciones, el no dejar pasar un párrafo sin trabada y maciza enjundia. Es este libro de aquellos en que se vive doble, porque á la llamada del pensador audaz va desfilando nuestra vida entera, con

sus vacilaciones y sus crisis.»—Jesús Castellanos.—(*El Fígaro*, de la Habana.)

«Tenía fe en el estilo brillante, fuerte y vigoroso de Insúa; en su temperamento de artista, y creía, sobre todo, fecunda su pasmosa inquietud intelectual. Todo ello concretado, cristalizado, en Don Quijote en los Alpes, es la afirmación valiente de una personalidad en que el artista y el hombre no están distanciados, sino íntimamente unidos, formando un espíritu complejo, vario, de idealismos y de sentimentalismos, de fe y de decaimientos, de esperanzas y de escepticismos, de amor y de indiferencia, de voluntad y de largos abandonos voluptuosos, en los cuales la vida pierde todo sentido.»—Bernardo G. de Candamo.—(*La República de las Letras.*)

«Libro fragante, plácido, amoroso, es este que Alberto Insúa nos brinda editado con resplandeciente sencillez. Libro primaveral, fresco, como si su juventud empapara las páginas mismas, borrando hasta la materialidad de la obra de imprenta. Porque creo propicia la ocasión para hablar acerca de una emoción tan subjetiva, que podría considerarse como de ínfima vulgaridad, ó como retorcimiento más inútil del intelecto, aludo á la sensación táctil y á la conclusión espiritual. Por las cuales he llegado á imaginarme—y en este libro de Insúa lo corro-

boro—que, ateniéndonos en principio á la investidura, al aire, al suspirillo del misterio que recogen las páginas de casi todos los libros, los hay que nacen con vejez eterna y con juvenil empaque inmortal.»—E. RAMÍREZ ANGEL.—(*Nuestro Tiempo.*)

«Insúa es fuerte sin serlo demasiado, es sano; es, me parece, orgánicamente optimista; y al propio tiempo tiene todas las principales cualidades que hacen á un artista: sensibilidad, imaginación, pasión, sensualidad refinada... por esta mezcla de cualidades, al parecer antípodas, se hace admirar y amar; y por su corazón simpático (en el sentido inglés de la palabra), y á veces encantadoramente contradictorio.»—LUIS RODRÍGUEZ EMBIL.—(*Letras*, de la Habana.)

«Alonso Quijano vive aún y no es de extrañar la noticia, dado el temple que puso en su espíritu aquel famoso D. Miguel de Cervantes. Cierto que el tal compañero inventor del *Quijote* afirma en sus últimas páginas el fenecer del andante caballero; pero somos muy dueños de pensar que aquella muerte no pasó de una siesta prolongada, y tenemos facultad de darle un espaldarazo con su propia tizona y decirle seca y autoritariamente: «Levántate y cabalga.»

»Acaso él nos conteste que aquello de cabalgar era moda al comienzo de su sueño y que hoy se viaja en el

sudexpreso ó en el auto, si no con más seguridad, al menos con cierta rapidez, por entonces desconocida.

»Ved al de la Triste Figura abrochándose su guardapolvo de dril; vedle calzándose una gorra con anteojos de roca y unos guantes de gamuza, y vedle en su cuarenta Gobron, á noventa por hora, desempolvando carreteras camino de Mont-Blanc.

»Insúa es el autor de este último espaldarazo que despertó al durmiente, y á fe que le desquita de un sueño monótono con un bello viaje. El espíritu romántico de Don Quijote vuela aquilinamente hacia las cumbres de Suiza. Rocinante—que murió definitivamente—acaso no habría podido subir al Salève, pues al primer resbalón de sus cascos en la nieve hubiérase roto alguna de las patas.»—Miguel A. Ródenas.—(*Renacimiento.*)

OBRAS DE ALBERTO INSÚA

DON QUIJOTE EN LOS ALPES. Viajes y crítica novelesca.

Historia de un escéptico: EN TIERRA DE SANTOS. Novela.

LAS SEÑORITAS. Novela.

PROXIMAMENTE:

Historia de un escéptico: LA VIDA EN MADRID. Novela.

ACABÓSE DE IMPRIMIR
EL DÍA 8 DE NOVIEMBRE DE 1907
ES PROPIEDAD DE LA CASA EDITORIAL
VILLAVICENCIO

